

ROMA BETTONI



LOS LABERINTOS DEL AMOR

HISTORIAS ANALIZADAS CON
INTELIGENCIA EMOCIONAL

Los laberintos del amor

Historias analizadas con Inteligencia Emocional

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Prólogo

Nociones de Inteligencia Emocional

Amor

Amor, empatía, perdón

50 años de casados

La culpa fue mía por perdonar tantas veces

No me quiero casar

Y hasta cambié de barrio

Te esperé 25 años

¡Déjame ir al baile, por favor!

Ocultar y mentir

La viva imagen de mi padre

Me enteré por su testamento

Amor de la infancia

Me dejó por un crucero

Se fue el amor de mi vida

No puedo más con la culpa

Mi madre me abandonó de chiquita

Una ayuda final para tus propias conclusiones

Los laberintos del amor

Historias analizadas con Inteligencia Emocional

Roma Bettoni

© 2016, Roma Bettoni
Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:
© 2016, Editorial Planeta S.A.
Cuareim 1647, Montevideo - Uruguay

Primera edición en formato digital: octubre de 2016
Digitalización: Proyecto451

De acuerdo con el artículo 15 de la Ley N° 17.616: “El que edite, venda, reproduzca o hiciere reproducir por cualquier medio o instrumento -total o parcialmente-; distribuya; almacene con miras a la distribución al público, o ponga a disposición del mismo en cualquier forma o medio, con ánimo de lucro o de causar un perjuicio injustificado, una obra inédita o publicada, una interpretación, un fonograma o emisión, sin la autorización escrita de sus respectivos titulares o causahabientes a cualquier título, o se la atribuyere para sí o a persona distinta del respectivo titular, contraviniendo en cualquier forma lo dispuesto en la presente ley, será castigado con pena de tres meses de prisión a tres años de penitenciaría”, por lo que el editor se reserva el derecho de denunciar ante la justicia Penal competente toda forma de reproducción ilícita.

ISBN edición digital (ePub): 978-9974-737-98-3

PRÓLOGO

Hace más de veinticinco años que estoy dedicada al aprendizaje y la enseñanza de diversas disciplinas que ayudan al crecimiento personal.

Dinámicas Mentales, Meditación, Técnicas de Actitud Mental Positiva, Inteligencia Emocional, Ley de Atracción, Lectura del Lenguaje Gestual, Gestos de Seducción, Sistema de Creencias son algunos de los temas a los que he dedicado mucho tiempo de mi vida. Todos ellos han inspirado libros. Primero he debido aprender para luego enseñar.

Cualquier instructor, de la materia que sea, debe en primera instancia conocer y practicar lo que pretende predicar. Años de estudio, horas intensas de clases, muchos grupos, centenares de personas en todo el país y en algunas ciudades extranjeras me han dado un conocimiento del ser humano lo suficientemente vasto como para afirmar que lo que mueve al mundo y a las personas es el amor. El amor o su falta son el meollo de todas las historias de vida.

He escuchado los relatos de amor más diversos: desde aquellos que tienen el deseado final feliz, a los otros que dejan a sus actores sumidos en la más profunda tristeza. En las clases, intento analizarlos a la luz de la Inteligencia Emocional con la persona protagonista de la historia. Hace ya mucho, muchísimo, que no doy consejos. Creo que es imposible ser objetiva, desprenderse de los sentimientos y de las creencias personales, y se corre el riesgo de sugerir que se haga lo que uno piensa que es lo mejor para la situación y las personas involucradas. Con el tiempo y algunas sorpresas, aprendí que las personas cuentan la historia como la viven o como la sienten. Es solamente una percepción personal de lo acontecido. En consecuencia, muchas veces se está muy lejos de la realidad.

Estoy gratamente sorprendida con las historias de amor que voy conociendo de personas que están por llegar a los 50 años o los pasaron recientemente. Varios de mis alumnas y alumnos han encontrado el amor cuando se aproximaban o habían pasado esa edad: María, Beatriz, María del Carmen, Ricardo, y más jóvenes: Karina, Romina y Fernando son ejemplos de haber alcanzado la felicidad a través de la pareja, luego de una búsqueda insistente, agotadora y no siempre feliz.

He escrito nueve libros que contienen recetas para ser feliz. Suena cursi pero es muy

interesante, y el que diga que no le atrae el tema está mintiendo. Cuando se le pregunta a alguien qué quiere de la vida, cuál es su deseo más ambicioso, todos responden: ser feliz. Bueno, modestamente, yo he hecho algunos aportes para que esto suceda.

En esta ocasión, hice una recopilación de historias de amor, con los más disímiles orígenes y variados finales. Algunas las escuché en clase, otras por los caminos de la vida. Todas tienen detalles fantasiosos, sin origen verídico. Las que se asemejan mucho a la realidad tienen los nombres y muchas situaciones cambiadas para poder decir, como en las telenovelas: esta historia es pura ficción y cualquier semejanza con la realidad es mera coincidencia.

Estás comenzando a leer un libro de los que comúnmente se califican de “autoayuda”. Personalmente, prefiero decir que es lectura inspiradora. Todo su contenido proviene de lo que he aprendido de otros autores y de las historias de las personas que se han acercado a contarme algún relato que pudiera iluminar otra vida. Seguramente te sentirás identificado con varios de los protagonistas de esas historias y hasta creas que alguna fue escrita para ti. Sí, lo está. Fue escrita para todos y cada uno. El que quepa dentro de la historia que se la apodere.

Después de terminar la escritura de este texto, al releerlo, pude percibir que la mayoría de las historias tienen un final feliz. No sé si es que soy biológicamente optimista o que siempre todo termina bien para alguien. No son solamente historias de amor de pareja; también quise incluir amor filial, paterno, materno, fraterno.

Cada historia tiene una conclusión aplicando Inteligencia Emocional. Esta disciplina relativamente nueva se puede definir como el manejo inteligente de las emociones o el sentido práctico de las emociones. Si por emoción entendemos el movimiento generado por un estímulo, la acción física como respuesta a un estímulo, vaya si el amor es una de las más importantes emociones.

La conclusión no es un juicio. Nadie debería hacerlo, porque cada uno actúa lo mejor que puede en determinado momento, con los conocimientos que posee en esa etapa. Claro, si uno mira para atrás, pensará que pudo hacer las cosas mejor, decir lo que no se atrevió o no se le ocurrió en el instante; pero esa percepción se da alejada del momento emocional vivido. Tranquilos; como expresa el dicho popular, con el diario del lunes todos sabemos la verdad: quién ganará el partido de fútbol, qué números saldrán en la lotería, quién es el bueno y quién es el malo.

Antes de que inicies la lectura de estas historias –con las que te sentirás identificado o encontrarás que alguna se asemeja bastante a la de tus padres, tu mejor amiga o tu vecino, o una tuya que tenías olvidada–, quiero anunciarte que el tema no se termina aquí y muy pronto tendrás en tus manos la segunda parte de este compilado de historias de amor miradas con Inteligencia Emocional. En este volumen he incluido relatos en los que se destacaron como emociones guía (entre otras): amor, empatía, perdón, culpa, reconciliación.

En el próximo volumen encontrarás historias sobre amor (obviamente, es el tema central), tolerancia, autoestima, agradecimiento, amistad, valentía. También en ellas encontrarás situaciones que se parecen muchísimo a las que viviste alguna vez... o quizá

se trate de la que me contaste en alguna ocasión.

Espero que disfrutes de estas como yo al recordarlas y escribirlas, y comiences a saborear las próximas.

Roma Bettoni
Montevideo
www.romabettoni.com

NOCIONES DE INTELIGENCIA EMOCIONAL

Si tenemos delante un texto con historias de amor vistas desde la perspectiva de la Inteligencia Emocional, debemos dar una somera explicación sobre ella.

De acuerdo con una definición muy práctica y sencilla, Inteligencia Emocional es “el uso inteligente e intencional de las emociones”. Para ello, primeramente será preciso conocer las emociones y su influencia en nuestra persona. Recordemos que cada uno de nosotros es un ser único e irrepetible, y por lo tanto no servirán las experiencias ni las reacciones ajenas.

Así como el ADN posee componentes básicos, la Inteligencia Emocional tiene elementos fundamentales que la definen; puede desarrollarse y aumentar de manera notable. Estos elementos cardinales, vistos como sus habilidades, fueron descritos por los pioneros en este tema, quienes en 1990 (ayer nomás) acuñaron para toda la humanidad esa expresión. Se trata de los psicólogos John Mayer, de la Universidad de New Hampshire, y Peter Salovey, de Yale. Su referencia más inmediata está en una de las Inteligencias Múltiples que definió Howard Gardner.

Esas habilidades son, básicamente, cinco, organizadas jerárquicamente de modo que cada una incorpora y desarrolla las capacidades de los escalones precedentes:

1. Autoconocimiento. Conocer las propias emociones. La capacidad de percibir, valorar y expresar las emociones. Es decir, examinarlas, darles el valor que poseen para cada uno y, finalmente, ser capaz de expresarlas. Es la aptitud para entender lo que nos está ocurriendo. La diferencia entre los seres humanos, en muchas ocasiones, la señala el nivel de autoconocimiento, la capacidad para comunicarse con las otras personas y el saber escuchar. Cuando uno está entrenado en el autoconocimiento, llega a adelantarse a la emoción. Porque el desarrollo de la capacidad de conocer las propias emociones y sus consecuencias personales nos permite percibir los cambios físicos que nos predicen una reacción no deseada.

2. Manejo de las emociones. Control de ellas. La capacidad de experimentar voluntariamente determinadas emociones y el manejo de las inevitables, siempre que

puedan utilizarse para el entendimiento con uno mismo y con los demás. Es darles a las emociones la dirección correcta. La represión angustia; el control libera. Se trata de dejar pasar la emoción, pero vigilando el mensaje proporcionado. Las preguntas son: ¿De qué manera debo expresarme? ¿Para qué sirve esta forma de expresión?

3. Automotivación. La propia motivación. La capacidad de automotivación es necesaria para llevar una vida equilibrada y exitosa en todos los aspectos. Ordenar las emociones hacia un objetivo es esencial para el que desee triunfar en este mundo. La motivación sin un componente emocional es imposible de concebir. Es el combustible que nos permite alcanzar el objetivo. La motivación debe tener: un motivo; autoconfianza que, en este caso, equivale a autoestima (creer que yo puedo); optimismo (creer que es posible); entusiasmo (energía inicial que nos mueve); persistencia (lograr la concreción de la idea); resistencia (enfrentar las adversidades y los fracasos, no bajar los brazos al primer inconveniente).

4. Reconocer las emociones en los demás. Empatía. Es la capacidad de comprender las emociones ajenas. Junto con la característica siguiente, es decir, las habilidades sociales, forma la Inteligencia Interpersonal. Encontramos en este nivel, como reina absoluta, a la empatía. No basta con entender al otro desde lo interior, sino que se debe manifestarlo. No es entender al otro desde mi percepción y sensibilidad, sino que es hacer el esfuerzo de pensar y sentir como lo hace él, con los elementos que tiene.

5. Habilidades sociales. Manejar el arte de las relaciones. Lograr relaciones interpersonales satisfactorias, así como mejorar la comunicación con el entorno. Incluye la capacidad de liderazgo, de trabajar en grupo, la capacidad de servicio y la de persuadir.

El descubrimiento de la Inteligencia Emocional es relativamente reciente, por lo cual no hay, todavía, exhaustivos estudios científicos sobre sus características. Pero del análisis y la comparación de varias personas brillantes intelectualmente, se ha podido concluir que el que triunfa totalmente en la vida es aquel que maneja acertadamente sus emociones, por oposición al que solo puede conducir su trabajo o sus estudios intelectuales.

La persona con Inteligencia Emocional se conduce bien en el aspecto práctico de la vida.

Las emociones son reacciones físicas a determinados estímulos. Se ve claramente cuando lloramos de tristeza o alegría, cuando traspiramos las manos de “nervios” o “miedo”, se nos hace un nudo en la garganta o en el estómago por una pena importante, nos quedamos fríos por una sorpresa, se enrojece nuestro rostro por la vergüenza, entre otros ejemplos. En consecuencia, no se las puede definir, sino describir.

Panorama emocional ajeno

Las buenas relaciones interpersonales son la base del éxito social. Una persona que, por medio de la Inteligencia Emocional, pueda relacionarse mejor consigo misma y con sus semejantes, tiene el triunfo asegurado en todos los órdenes de su vida. En todos los aspectos de la existencia del hombre, las relaciones interpersonales eficaces son la clave del éxito. Si hablamos de trabajo, estudio, pareja, prosperidad, viajes, ventas, amistad, vecindad, entretenimientos... estamos refiriéndonos a vínculos entre seres humanos.

Para relacionarnos adecuadamente con beneficios para todas las personas involucradas, la palabra clave es: comunicación. Si deseamos establecer relaciones interpersonales de las cuales salgamos beneficiados todos, debemos tener presente las emociones de los otros, además de las nuestras. Tengamos presente que el 70% de la comunicación es no verbal y que lo que no decimos, muchas veces, grita el mensaje más fuerte que las palabras.

Al desarrollar la Inteligencia Emocional podemos detectar, por ejemplo: una ira detrás de una sonrisa entrecortada, el malhumor detrás de la ironía, la tristeza disfrazada de silencio.

Si conocemos nuestras emociones, estamos más capacitados para entender el mensaje ajeno.

Si tenemos Inteligencia Emocional, estaremos más aptos para que nuestro mensaje llegue al destinatario de la mejor forma y aprovecharemos al máximo nuestras capacidades y talentos.

Se dice en Programación Neuro-Lingüística: si no te gusta la respuesta que obtienes, cambia el mensaje. Pero ¿de qué forma?, ¿por cuál? Por uno efectivo. Pero ¿cuál es el más efectivo? El que tenga en cuenta, además de nuestras palabras, de nuestras intenciones y objetivos, las emociones propias y ajenas.

¿Cuántos casos conoces de personas que se quejan por su mala suerte en el amor y siempre se conectan con la persona equivocada? Equivocada ¿por qué? Porque no participa, ni cerca, de nuestras emociones, sentimientos ni sensibilidad; porque no las expresa; porque es un torbellino indomable de emociones; porque vive en un caos emocional; porque hoy nos hiere y destrata y mañana nos jura amor eterno; solo por mencionar algunas situaciones.

Lo que buscamos es el equilibrio entre el frenesí o el ataque de furia violento y la abulia anodina que aburre. Procuramos salir todos beneficiados con las relaciones y con la mejor comunicación de los sentimientos en el momento oportuno. Claro que para saber lo que es la luz hay que conocer la oscuridad. Nuestra meta es controlar las emociones, no hacerlas desaparecer ni reprimirlas.

De la misma forma que tenemos una grabadora interior que está todo el tiempo pensando, poseemos un torbellino de emociones pujando por sobresalir. Aun cuando estemos dedicados a una tarea que requiera mucha concentración, en nuestro interior se libra una batalla entre las emociones. Todas quieren primar y finalmente ganará una, que

será la que domine la situación.

Lo que indica la existencia de una buena Inteligencia Emocional es el control de las emociones que nos hacen pasar mal y la búsqueda y exaltación de las que nos producen momentos de plenitud, siempre persiguiendo el equilibrio entre ambas.

AMOR

Todas las historias que integran este texto están relacionadas con el Amor. Junto con la empatía, son las emociones estrellas de la Inteligencia Emocional. El amor nunca está solo. Siempre lo adornan y acompañan otras emociones.

La palabra ‘amor’ tiene diferentes significados, quizá tantos como personas lo sientan; para algunos es algo sagrado y para otros, los menos, es indiferente. Por tratarse de una emoción, no puede definirse, sino describirse. Es el afecto, el sentido de unión que se tiene por una persona o animal; no así por objetos, ya que en este caso hablaríamos de apego.

Algunos usan el vocablo amor para referirse a deseos sexuales y otros para el amor romántico; otros para el cariño. Muchos hablan del amor incondicional como la fuerza que mueve al Universo.

Se lo puede llamar, según el caso:

- cariño
- ternura
- afecto
- atracción
- pasión
- flechazo
- éxtasis

Una descripción clásica del amor es la que aparece en la *Biblia*, en la primera “Carta a los Corintios”, del apóstol San Pablo, 13, 4-8 del “Nuevo Testamento”.

El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no es jactancioso, no es arrogante; es decoroso; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. El amor no acaba nunca.

Formas puras y distorsiones del amor

FORMAS PURAS	DISTORSIONES
aceptación	apego
compasión	celos
confianza	conformidad
cooperación	dependencia
franqueza	egocentrismo
generalidad	exclusividad
receptividad	necesidad
respeto	posesión
empatía	sentimentalismo
unión-unidad	temor al rechazo
sinceridad	falta de respeto

Cuando uno se refiere al amor, sabe exactamente qué está mencionando y la variedad dependerá de la situación concreta, pues si bien no coincidimos en una definición, somos contestes en la clasificación.

De esta forma se habla de amor:

- a uno mismo
- al prójimo
- incondicional
- romántico
- sexual
- autoestima

Vinculadas con el amor surgen otras emociones:

- tolerancia
- gratitud
- merecimiento
- prosperidad
- humor

Cuando se habla de amor sin dar detalles concretos, las personas suelen asociarlo con el amor de pareja, sea este romántico o sexual.

Veamos cada uno, entendiendo que el volumen de un texto de este estilo solo permite dar aproximaciones.

Amor a uno mismo

Es el afecto que se siente por uno; es quererse con responsabilidad; mimarse, ser feliz; es buscar la dicha, tenerse respeto y actuar con responsabilidad, en relación con uno mismo. Los éxitos son muy íntimos y pueden no interesarle a nadie más que a uno.

El amor a uno mismo implica actuar con responsabilidad e integridad: es cuidar del cuerpo, de la mente y del espíritu, de las emociones y sentimientos. Resumiendo: es vivir en paz.

Amarse a uno mismo significa ser congruente al pensar, hacer y hablar. Es tratar de ser, antes que tratar de tener; es trabajar por el crecimiento personal permanentemente, sin sentimientos limitantes; es vivir perdonando y perdonándose; es no sentir miedos ni culpas: vivir plenamente.

Amarse representa aceptarse pero sin necesidad de aprobarse. Puede una persona aceptarse tal cual es, pero ser crítica y buscar las formas de corregir lo que no le gusta o no está bien. Creo que la persona sana emocionalmente busca corregir lo que puede y acepta lo que no puede cambiar. Pero hagamos una precisión: lo que no se puede variar a voluntad es lo que se debe aceptar sin condiciones; en todo lo demás se tiene que asumir la responsabilidad de crecer y hacer lo posible por modificar. Por ejemplo, una persona deberá aceptar su lugar en la familia (mayor, del medio, menor, ser hijo único o tener hermanos), haber nacido en determinado país, su estatura o su cuerpo, color de ojos o de piel, etc. Pero es obligación, responsabilidad de cada uno, aceptar primero –para modificar después– todo aquello con lo que no se está de acuerdo y que obstaculiza el crecimiento, la evolución personal; se deberá generar el proceso requerido, en procura de los cambios que sí se pueden lograr. Por ejemplo, buscar una mayor espiritualidad, crecer culturalmente, dominar las emociones con consecuencias negativas o violentas, perdonar para vivir sin rencores, obtener el bienestar material suficiente para ser feliz.

Analizarse, criticarse, si fuera necesario; pero no para quedarse en la aceptación pacífica del error, sino para modificar, para cambiar hacia lo mejor para sí y el entorno.

La persona que se ama realmente se respeta y exige lo mismo de los otros. No se escuda en el mal carácter inmodificable o la apatía porque “soy así”. Busca reverenciar el ser perfecto, único e irrepetible que es, y cultivarlo.

Cuando amas a otra persona, intentas hacerla feliz. Trátate con la mayor calidez de que eres capaz. Tú eres la compañía que tendrás toda la vida, cultívala. No te aburras con ella, intenta crecer; que no te gane el tedio. No repitas frases negativas sobre ti; no te critiques, salvo que sea para corregirte, pues aunque nadie te escuche, te estás oyendo tú. Cuando alguna persona que está viviendo un mal momento me pregunta cómo puede solucionarlo, le respondo que piense qué le aconsejaría en un caso similar a su mejor amigo o amiga. Intento que reflexione sobre la respuesta que le daría a su mejor compañero. La gente suele tratar con más amor a los amigos o parientes que a sí mismo. Es frecuente observar con qué rudeza muchos se tratan a sí mismos y con qué paciencia, eficacia y compasión solucionan los problemas ajenos.

Si eres capaz de negar tus propias necesidades y las de los seres queridos, si tus hijos están creciendo sin tu presencia porque no tienes tiempo, si debes postergar tus ratos de ocio por el trabajo y por tu debilidad para negarte a los requerimientos laborales en pos del éxito, es que no te quieres nada.

Cuando estamos convencidos de que merecemos un tiempo dedicado a nosotros mismos, hemos comenzado el viaje a nuestro interior. Estamos prontos para tomar conciencia de nuestras necesidades más íntimas y podemos empezar a conseguirlas.

En clase, muchas personas, sobre todo señoras, cuando les indico unos minutos de meditación diarios, responden que no tienen tiempo suficiente; que envueltas en trabajo, hijos, tareas domésticas, estudios y otros roles, apenas pueden ducharse y arreglarse un poco. Las mujeres, generalmente, viven el tiempo para ellas con culpa, sin entender que es una inversión personal que también beneficia a su entorno. Si la respuesta es muy tajante, les sugiero revisar el concepto del amor a sí mismas. Mal pueden pensar en amarse si no disponen ni de unos pocos minutos para meditar y relajarse.

En esta búsqueda, hay dos cuestiones que nos conectan directamente con el amor a uno mismo: la espiritualidad y el perdón.

A la espiritualidad se llega mediante una búsqueda incesante, quizá infinita. Es otro concepto imposible de definir. Yo diría que se siente, se percibe cuando uno toma contacto con su ser interior, que a su vez es universal. Cuando uno toma conciencia de que es una partícula divina de un Ser Superior y establece contacto directo con este, está comenzando su camino hacia la espiritualidad. Los pasajes que te llevan a ese viaje interior son de dos clases: llegas por iluminación o por desesperación.

Se llega al crecimiento personal por iluminación (queremos algo más) o por desesperación (la vida que llevamos ya no da para más). Por lo tanto, alcanzado este segundo punto, solo corresponde evolucionar. No se puede invertir la energía en ir hacia atrás y al mismo tiempo, hacia adelante.

Es decir que, en un período de calma y paz, te planteas que debe haber algo más que deseas conocer, y te pones en camino de hacerlo. También puede suceder que una crisis personal (fallecimiento de un ser querido, desocupación laboral, enfermedad personal, separación de una pareja, por mencionar solo algunos motivos) te haga percibir que una buena vida no era lo que venías desarrollando e intentes buscar algo más. Cuando logras escuchar otros sonidos y descubrir otras percepciones más allá de los sentidos, has descubierto tu naturaleza espiritual y con ella la conexión inexorable con el Universo. Es paradójico, porque por un lado descubres que eres un granito de arena en el desierto, y por otro, percibes que el desierto no vive sin tu aporte.

La relación más prolongada de tu vida será contigo. La única persona con la que tendrás que tratar toda tu vida eres tú. ¿Te parece que no merece, ese vínculo, toda tu dedicación?

Es necesario distinguir el amor a uno mismo de la autoestima. Ya lo haremos más adelante, para evitar la confusión que suele darse.

Indicadores de falta de amor a uno mismo

1. Desórdenes alimenticios: obesidad, anorexia, bulimia.
2. Problemas en las relaciones: dificultad para comprometerse, intimar, comunicarse.
3. Trastornos físicos: enfermedades crónicas.
4. Abuso de drogas, alcohol, tabaco.
5. Adicción al trabajo, actividades frenéticas, exceso de ejercicio físico.
6. Compulsión respecto de las compras, juegos de azar, sexo o amor.
7. Dependencia de otras personas: familiares, amigos.

Es un proceso que se retroalimenta: sentimientos negativos, exagerados o dañinos despiertan la necesidad de beber, trabajar, jugar, gastar dinero, etc.; con ello aumenta la culpa, el dolor, la tristeza, por lo cual se vuelve a beber, trabajar, comer, gastar, jugar...

Pero el proceso se puede detener, destruir o modificar. Lo primero a tener en cuenta es que así como decidimos ser dependientes de situaciones, sustancias o personas, podemos poner fin a ello y decir ¡BASTA!

En segundo lugar, tenemos que hacer una introspección honesta y decidida para evaluar el grado de compromiso de nuestra voluntad.

Es preciso saber que tenemos muchos defectos y virtudes que están siempre cambiando, y que lo que era cierto ayer hoy puede no serlo. Esta misma dinámica de los valores debe gobernar nuestras dependencias y no llevarnos a restringir la vida con adicciones.

Amor al prójimo

Cuando se hace referencia al amor al prójimo surge, inevitablemente, la máxima bíblica que, más allá de las creencias religiosas que se posean, se debe reconocer como una verdad que trasciende la fe. Ella es: “*Ama a tu prójimo como a ti mismo*”.

Del análisis de la frase surge sin esfuerzo que:

1. se impone un equilibrio entre lo que se siente por uno y por los demás;
2. se debe partir del amor a uno mismo para conocer lo que es el sentimiento y poder brindarlo a los demás.

Veamos por partes cada una de estas precisiones.

Para que el amor al prójimo tenga valor, debe ser igual al que sentimos por nosotros mismos. Es posible que esto suceda, pero no con toda la frecuencia que debería. Las personas, generalmente, aman demasiado a los otros y muy poco a sí mismas, o se quieren tanto que no tienen lugar para nadie más. Lo mejor, lo recomendable, es “*amar al prójimo como a ti mismo*”. Esto es, ni más ni menos, en igual medida, con la misma intensidad.

La medida del equilibrio es no hacerle al otro lo que no me gustaría que me hiciera

pero... (muy importante) no permitir que me haga lo que no sería capaz de hacerle. Esta es la esencia del amor al prójimo.

Con el amor de pareja, que es una suerte de amor al prójimo, se corre, aún más, el riesgo de amar desequilibradamente. En el Río de la Plata, se han compuesto y cantado cientos de tangos en los que el hombre es abandonado por la “percanta” que lo deja solo y triste. Los boleros, por otro lado, tan queridos por los latinoamericanos, cuentan historias en que las mujeres, generalmente, son abandonadas por los hombres. Dos caras de la misma moneda: el amor y el abandono o la soledad. Esto es la consecuencia natural de amar más al prójimo que a uno mismo. Cuando el sentimiento por el otro es mayor que el que se tiene por uno y la relación se termina por cualquier motivo (fin del amor, muerte, divorcio, aparición de una tercera persona), quien ama más se sentirá perdido. Todo su caudal amoroso estaba volcado en una sola relación, y al terminar esta, ya no hay interés en continuar con la vida. Muchas mujeres dejan amigas, familiares, trabajos, por seguir a un amor y si este llega a terminar, se encuentran solas, con pocas ganas de empezar de nuevo. Si el plato de la balanza no se hubiera inclinado tanto hacia la otra persona, la que ama podría rescatar los demás sentimientos y refugiarse en amigos, familiares y trabajo, para mitigar su dolor.

Por otra parte, es necesario conocer el amor por uno para poder amar a los demás. Si no se sabe qué es la emoción amor, ¿cómo se puede afirmar que se ama al prójimo? Por eso la gente dice, habitualmente, “si no me amo, no puedo amar a nadie”. Es cierto, pero hay que evitar que esta frase sea solamente un reflejo del egoísmo, del falso amor propio que habilita a dejar fuera del círculo del amor a todo lo que no sea la propia persona. Obviamente, si no experimento amor por mí, no podré saber qué es lo que siento por el otro, ni cómo aumentarlo o incentivarlo.

Lauro Trevisan, el sacerdote brasileño que ha escrito varias decenas de libros sobre autoayuda, mentalidad positiva, prosperidad, entre otros temas, tiene una página estupenda en su libro *Meditaciones*.

Ame al prójimo, sin olvidar que su prójimo más próximo es usted.

Usted solo puede amar a los otros, si, ante todo, se ama a sí mismo.

Si está sacrificando y perjudicando su vida por su dedicación a los otros, comete una grave equivocación, incluso porque un día obligará a los otros a sacrificarse por usted, ya que no cuidó de usted mismo como era su total responsabilidad.

A los otros les dará lo que ya posee. Salud si la posee, alegría y energía positiva, si las tiene.

Este párrafo es absolutamente ilustrativo, pues señala la inutilidad del sacrificio por otra persona cuando, finalmente, esa misma persona por la cual hemos dejado de vivir se verá perjudicada debiéndose encargar de nosotros. Detengámonos a tiempo.

Amor incondicional

Como su nombre lo indica, es el amor que se siente sin condiciones, sin juicios, sin preguntas, sin cuestionamientos, sin pedir reciprocidad.

Es muy difícil de lograr y, posiblemente, sea casi exclusivo de aquellas grandes figuras de la historia, conocidas por su amor generoso y desprendido. Hablamos, por ejemplo, de Cristo, Buda, Sai Baba, el papa Juan Pablo II, la Madre Teresa y muy pocos más. Para el resto de los mortales, resulta complejo poder amar sin pedir nada a cambio, sin hacer reproches, sin poseer, sin cuestionar, sin juzgar: amar a la persona más allá de cualquier límite.

Lo que se practica es la **aceptación incondicional**: es la aceptación del otro sin juicios previos. Ejercitar el amor incondicional y la empatía requiere mayor apertura aún en el que ama, dado que debe despojarse de creencias y preconceptos a la hora de escuchar a su semejante. Obliga a tomar lo que el otro es, siente, piensa, hace, desde la óptica del otro; sin suponer lo que nosotros haríamos o sentiríamos en esas circunstancias. Es, a mi criterio, la condición más difícil de lograr, porque nuestro diálogo interno no cesa nunca e, inconscientemente, estamos siempre pasando todo por el tamiz de nuestra personalidad. Pensamos que si se tiene determinada edad, posición social, instrucción, cultura, raza, religión, nacionalidad y otras características, debería ser y responder de una determinada forma, sin entender que la trama interna del sujeto pudo haberse tejido en forma diferente a lo que suponemos. No es necesario que nos guste lo que ha dicho, ni que estemos de acuerdo con él: solo debemos respetarlo lo suficiente como para escuchar atentamente y demostrar que hemos oído su punto de vista con amor y aceptación incondicional.

¿Cómo se hace para practicar esta clase de amor? Bueno, no es fácil, pero requiere nuestra atención permanente; debemos estar alertas a cualquier indicio de actuar con preconceptos. De todas formas, es la sublimación del amor y debemos comenzar por practicar el amor al prójimo con sabiduría, sin fisuras, para entender que vamos transitando el sendero hacia el amor incondicional.

En mis clases, me suelen decir que el amor de una madre es incondicional, que es el ejemplo más claro de que cualquier mortal puede sentirlo. Sin embargo, si partimos de la base de que debe ser madre, ya estamos poniendo una condición. Esa mujer no ama a cualquiera, ama a su hijo. Esa es la primera y quizá única condición. Por lo tanto será entrañable, inconmensurable, pero no incondicional.

Amor romántico

El amor romántico, que no tiene por qué ser solamente platónico, es el afecto, el sentido de unión que tenemos por una persona. Hay personas que pueden pasar la vida

sin conocerlo, otras que lo buscan inútilmente durante toda la existencia y algunos, más afortunados, que lo sienten en varias oportunidades a lo largo de los años. De todas formas, una vez que lo conoces no puedes volver a vivir sin él, lo cual hace que si por fatalidad lo pierdes, conviertas la vida en una búsqueda incesante. Pero no todas las personas poseen la misma apertura mental, espiritual y emocional para reconocer, recibir y vivir el amor.

¿Quién más que los involucrados pueden determinar las reglas del amor? ¿Es la infidelidad una traición? ¿Se puede perdonar? ¿Es posible amar con locura, aceptándolo todo? ¿El amor admite el aburrimiento y la rutina?

No hay respuestas exactas porque las personas son únicas e irrepetibles y las parejas que forman, también. Algunas de ellas, que parecen predestinadas a durar toda la vida, se deshacen al poco tiempo, y otras, por las que nadie apostaría a favor de su permanencia, viven años de felicidad. Nadie lo puede predecir, pero a pesar de todo no es azar. El amor tiene una enorme cuota de inteligencia: intelectual y emocional. El trabajo amoroso es inevitable.

El amor es lo real; lo demás son barreras irreales

En el libro *Un curso de milagros (Foundation for Inner Peace)*, se dice:

Tu tarea no es buscar amor sino, simplemente, buscar y encontrar todas las barreras que internamente has levantado contra eso. No es necesario buscar lo que es verdadero, sino que es necesario buscar lo que es falso.

El amor es la verdad; cuando este falta o nos es esquivo, hemos levantado alguna falsa barrera para impedir que se acerque. Como dice el texto, no es necesario buscar el amor sino detectar lo que está impidiendo que se aproxime.

Poseemos, gracias a la empatía, la capacidad de alcanzar el tipo de amor con que todos soñamos: intimidad y bondad mutua, compromiso real y cuidado amoroso. Pero para alcanzar la cima del romanticismo, precisamos todas las habilidades de una buena Inteligencia Emocional: conciencia emocional, para evitar confundir el enamoramiento o la sensualidad con el amor profundo y duradero; aceptación, para reconocer las emociones que podrían perjudicarnos, y conciencia activa, que nos avise lo que va bien y lo que no.

Por suerte, parte de la educación emocional se ocupa, precisamente, del amor. De manera que no es necesario ser emocionalmente adulto o muy inteligente para conocer el amor. De su práctica, justamente, surgen algunos rasgos de la evolución emocional.

Por supuesto, tienes que ser capaz de reconocer las oportunidades para el amor, cuando se presentan. Como ya sabemos, no es posible alcanzar lo que uno quiere si no se sabe lo que es.

Para amar con Inteligencia Emocional

1. *Cultiva una atención permanente.* Será de gran ayuda para detectar cuándo se acerca el amor, y una vez instalado, cuándo se está en peligro de perderlo. Cuando se vence el temor al cambio, se descubre que diferente no equivale a peor y se pueden operar los cambios que la pareja requiera.

2. *Considera los contratiempos como oportunidades para crecer y no como problemas.* Algunas personas están en nuestra vida solamente para darnos lecciones duras, dolorosas y difíciles pero no estériles, si somos capaces de ver la enseñanza detrás del dolor. Antes de cargar la culpa al otro, fijate qué error has cometido, para no repetirlo.

3. *Respetar los sentimientos del otro.* No siempre gustan. Estar enamorado no significa no estar nunca furioso, celoso, dolido o decepcionado. Lo importante es que puedas procesar estas emociones y, eventualmente, comentarlas. No las razones. Ten en cuenta que hombres y mujeres somos muy distintos a la hora de sentir y comentar las emociones amorosas. Mientras que la mujer necesita hablar siempre, aunque no esté buscando ayuda, el hombre solamente lo hace cuando piensa que de ese comentario puede surgir una solución.

4. *Conserva la risa y el buen humor en tu vida amorosa.* Para no intelectualizar las emociones, necesitas aceptarlas, y una forma de hacerlo es por medio de la risa. Los que no pueden reírse de sí mismos tienen dificultades para enfrentar los defectos propios y de la pareja, y para recibir las sorpresas que la vida depara.

5. *Presta atención a cómo te sientes cuando tu amor no está cerca.* A veces nos cuesta separarnos del ser amado, mientras que si está próximo tenemos una inusitada energía. Este es, indudablemente, un buen indicio de la presencia del amor.

Cómo saber si es realmente amor

Muchas parejas se separan porque dicen que se han equivocado al elegir. ¿Cómo se sabe si esa persona elegida es la adecuada, cómo sabes si te has enamorado de una persona real o del amor? Aquí tienes algunas pautas.

1. *Escucha a tu cuerpo, no a tu mente.* Elegimos compañeros que tienen que ver más con lo que pensamos que con lo que sentimos. La gente cree que “estar enamorado” por

muchas razones es sexo, capricho, deseo de seguridad, posición o aceptación social. Cree que ha encontrado el verdadero amor porque satisface alguna imagen o expectativa. Cada vez que te enfrentes a debates mentales justificando tu elección o atormentándote, respira lentamente, relájate para salir de tu cabeza y examinar el cuerpo. Si persiste la sensación de que algo va mal, probablemente lo que has elegido no es correcto.

2. *Pregúntate: ¿esta relación está llenando de energía la totalidad de mi vida?* El buen amor lo abarca todo con renovada energía positiva.

3. *Contesta: ¿me concentro más y soy más creativo?* El amor da una energía especial inagotable.

4. *Es útil preguntarse: ¿me siento más empático con los amigos, compañeros o extraños?* Porque el amor nos trasciende. Si las respuestas de tu cuerpo no son las que tú quieres oír, trata de superar el miedo natural que todos tenemos a la pérdida y al sufrimiento.

5. *Para encontrar a la persona realmente adecuada, conoce la diferencia entre aquello de lo que puedes prescindir y aquello sobre lo que no puedes transar.* Hace un tiempo vino a verme una señora muy acongojada porque luego de un divorcio complicado, había conocido a un hombre que colmaba sus expectativas emocionales, intelectuales, sociales, pero... ella no podía superar que a él le faltara una pierna, resultado de un accidente. Cada uno sabe, sin que tengamos derecho a juzgar, lo que está dispuesto a admitir y aquello con lo cual no puede transar, más allá de sus sentimientos.

6. *Aprovecha la oportunidad que te da la vida y permanece receptivo.* Por supuesto esto significa estar más vulnerable. Pero si no te entregas, no conocerás el valor del sentimiento. Es un riesgo que es necesario correr.

7. *Averigua si estás creando un muro para tapar el miedo a la intimidad.* Puede que vayas perdiendo interés a medida que la otra parte lo va acrecentando. Pregúntate de qué tienes miedo. Tienes que correr el riesgo de descubrir en el otro actitudes que no te gusten, pero tú tampoco eres moneda de oro que todos acepten. Aceptación, empatía, humor son las herramientas.

El amor requiere atención

En muchas ocasiones, el amor está al lado de nosotros y no lo percibimos. A veces, porque se está más enamorado del amor que de una persona, por lo cual se idealizan las

relaciones y se pierde la noción del amor como trabajo, porque para cultivar un afecto de por vida se requiere una constante atención. Por lo tanto:

- Dedicar tiempo para escuchar al otro cada día.
- No dejes un tema hasta que esté resuelto y luego recién pasa al otro.
- Haz conocer los sentimientos que están detrás de las discusiones.
- Habla de lo que te molesta, desde tu posición, no de lo que supones que el otro desea o piensa.
- Establece límites con tus hijos, familiares y amigos. Es tan fácil decir “no” como decir “sí”.
- Comprométete a descubrir la maravilla de tener una relación emocionalmente sana y estable.
- Elige diferentes formas de pasarlo bien con tu pareja.
- Aprende a discutir de un modo claro y constructivo.
- Es importante encontrar un sentido a tu vida fuera de la pareja y de la familia.

El fin del amor

Esta sensación de unión con otra persona algunas veces desaparece. Lo ideal es que termine para las dos a la vez y que el cierre de la relación sea sin rencores ni heridas. Sin embargo, son más frecuentes las situaciones en que la indiferencia, la ira y el odio sustituyen al amor y llenan el vacío que la muerte de este ha dejado.

Es bueno tener presente que por mala que sea la situación, se consigue mejorar y que siempre se puede recurrir a expertos que ayuden a cerrar el capítulo, sin cicatrices. El proceso, al comienzo, es personal y solo se da participación a la persona involucrada luego de que se ha sanado interiormente. Cuando, forzado por las circunstancias, le das intervención antes, los resultados son inevitablemente dolorosos.

Para auxiliarte mientras no acudes en busca de ayuda, o por si lo vas a resolver por ti mismo, te acerco algunas sugerencias para terminar una relación de la mejor forma posible.

1. *Lo que callé para no herirte.* Expresión de Inteligencia Emocional es no decir todo lo que se siente, para evitar herir. Podrías hacer una lista de todos los temas que no tocaste y las palabras que no dijiste –para no herir a la persona que hasta ayer amabas o que te amaba–, y dejarla bien guardada, para verla cuando estés por decaer, o romperla al instante. Por ejemplo: no estabas a mi altura culturalmente; tu familia no me quería; nunca me gustó cómo te vestías; estaba hart/a de trabajar y no disfrutar de nada.

2. *Lo que te perdono y me perdono.* Siempre las culpas son compartidas. Es

necesario perdonar al otro para liberarse y saber perdonarse uno mismo por los errores cometidos que, en algunos casos, llevaron a la ruptura.

3. *Revalorizar tus puntos buenos.* Que la ruptura no se lleve tu autoestima. Destacar las cualidades que tuviste y seguirás teniendo, a pesar de lo que diga la otra persona.

4. *Ver la vida de otra manera.* Cambiar de enfoque. Intentar ver la vida desde otro punto de vista y analizar cómo juzgarías la situación si le aconteciera a otro. Enumerar qué aspectos de tu vida pudo afectar la desilusión.

5. *Carta a la otra persona involucrada para liberarte de la culpa.* No es necesario enviarla, pero es una buena demostración de sanación interior escribirla. Quizá lo mejor sea romperla luego de redactarla.

6. *Algunos rituales ayudan a cerrar la relación.* Puedes elegir una linda caja y poner en ella todos los objetos que te involucren emocionalmente con la otra persona: el boleto de la primera salida, la entrada al teatro, la flor seca, la cartita, la foto que se sacaron juntos, la ropa interior que dejó en tu casa. Haces con ella un buen paquete y se lo envías. Así se da por terminada la relación. Muchas personas se resisten a enviarlo y lo guardan; cada vez que lo ven, reviven el dolor.

AMOR, EMPATÍA, PERDÓN

Veamos relatos en los que el amor va de la mano del perdón y la tolerancia, situando previamente estas emociones en el campo humano: cómo se distinguen, cómo surgen, cómo se viven y hasta se sufren.

Empatía: la emoción “que está de moda”

Daniel Goleman dice que la empatía es la habilidad fundamental de las personas. Las personas empáticas son líderes naturales que saben expresar el sentimiento colectivo no manifestado y pueden guiar a un grupo hacia sus objetivos. Es la habilidad de saber lo que siente el otro.

Se construye sobre la conciencia y el conocimiento de uno mismo. Cuanto más abiertos estemos a las propias emociones, más hábiles seremos para interpretar los sentimientos ajenos.

La empatía se puede definir como la capacidad de comprender y responder a las experiencias únicas del otro. Es la habilidad de mirar el interior de las personas para conocer sus pensamientos, sentimientos y emociones.

Los investigadores en temas de psicología aún están estudiando las diferentes maneras en que los hombres y mujeres expresan la empatía en sus relaciones. Se distingue entre la empatía automática (espontánea) y la controlada (intencional). Es decir, entre la capacidad de comprender lo que está sintiendo el otro (espontánea) y la de provocar en el prójimo determinada reacción a propósito (intencional). Está siendo objeto de estudio, asimismo, conocer cómo las emociones afectan nuestra conducta y aún más fascinante, cómo las expresiones faciales y los movimientos del cuerpo pueden exteriorizar, involuntariamente, emociones específicas como la ira, el temor o la alegría. Ha de tenerse en cuenta que el 70% de la comunicación es no verbal. Los gestos, los ademanes, la traspiración de las manos o el rostro, el arqueado de las cejas, los tonos de la voz, el color de la piel son algunos ejemplos de todo lo que grita por nosotros, aun sin abrir la boca.

De eso se trata la empatía: de saber lo que está queriendo transmitir el otro, a través de sus expresiones orales o físicas, a veces a pesar suyo. Pero también significa provocar en el otro determinada reacción previsible, como en el caso de la publicidad.

Mientras sepas qué está pasando, puedes decidir si deseas participar. La empatía te enseña cuándo es seguro decir sí y cuándo es mejor, a corto o largo plazo, decir no. La empatía sabe cómo poner límites y establecer vínculos. La empatía te protege al mismo tiempo que te enseña a abrirte a las experiencias de la vida.

Cuando la gente pierde el contacto con el otro, cuando solo se centra en sus propias necesidades y es rápida para juzgar y lenta para perdonar, la vida se vuelve más difícil para todos. La ausencia de empatía, sumada al egoísmo, complica la vida en sociedad y las relaciones interpersonales. Cuando la relación con el otro y con uno mismo está fortalecida por la empatía, las penas y los dolores de la vida son más fáciles de soportar.

Reflejamos lo que vemos. Si cuando somos niños hablamos y nadie nos escucha, reímos y nadie ríe con nosotros, lloramos de miedo o dolor y se nos dice que nuestras lágrimas son inoportunas o un signo de debilidad, comenzamos a evitar la expresión de nuestras emociones. Esto es lo que ha acontecido con los varones durante años; se les inculcaba que las lágrimas eran para las niñas, lo que los formó duros e inexpresivos, incomprendidos y angustiados. Afortunadamente, la vida ha ido cambiando en este aspecto y la mayoría de los hombres, actualmente, se permite expresar lo que siente.

Cuando un niño ve a su alrededor personas negligentes, depresivas o llenas de ira o resentimiento, cree que esa es la realidad. Más adelante, desarrolla el poder de conocer cuándo esa imagen está distorsionada y si es posible sentir y manifestar emociones positivas. Si, por el contrario, los adultos que nos rodean están genuinamente interesados en nosotros y en sí mismos y nos muestran que la vida vale la pena, aun con sus sinsabores, creceremos con una alegría de vivir contagiosa, que nos facilitará la ocurrencia de experiencias positivas.

Por supuesto que la madurez trae una visión menos romántica de la vida y sus acontecimientos; pero si fuimos criados con la idea de que podemos cambiar algunas circunstancias y de que todo depende de la actitud con que enfrentemos los acontecimientos que la vida nos depara, seremos más felices y, a la vez, formaremos hijos más plenos. Es una cadena que debemos continuar o romper, en relación con la educación recibida.

Si no nos han enseñado a cuidarnos y a respetarnos, mal podremos cuidar de los otros o comprenderlos cuando estén angustiados o heridos. Por el contrario, nuestra actitud natural será proyectar la indiferencia que recibimos y centrar la atención solamente en nuestras necesidades, lo cual nos convierte en seres egoístas, ignorantes de las carencias ajenas. Pasaremos por la vida sin saber lo que es la empatía.

Sin embargo, la empatía es una capacidad que se puede enseñar, aprender y hasta contagiar. En los tiempos que corren, en los que aparentemente prima el egoísmo y el falso éxito, en los que cada uno parece atender solo sus problemas y encontrar las soluciones sin mirar al costado, se hace más que nunca imprescindible la práctica de esta emoción tan abarcativa como sanadora.

Si nuestro deseo es llegar a ser personas maduras emocionalmente, debemos aprender a expresar la empatía y la tolerancia en nuestras relaciones personales. Expresar empatía es la clave para experimentarla, porque la empatía es una de esas expresiones (como el amor, la tolerancia, el perdón o la verdad) que más recibimos cuando estamos dispuestos a dar. Dice Louise Hay: “Cuanto más doy, más tengo para dar”, y no se refiere solamente a objetos materiales. Por la ley de causa y efecto, lo que damos vuelve. Cuidado, no vayamos por la vida reclamando amor, respeto, empatía, tolerancia y perdón, cuando lo que ofrecemos es intransigencia, odio o rencor. La vida es justa y nos devuelve lo que le damos, muchas veces, exageradamente multiplicado.

Clave de la empatía: escuchar

Practicar la empatía supone renunciar a una visión del mundo centrada en uno mismo para poder participar, de manera completa, de la experiencia de la otra persona. Para ello, el verbo clave es escuchar. ¿Cómo se puede comprender y ayudar al otro si no se lo escucha? Atender con todo el cuerpo lo que otro nos quiere expresar es la llave de la empatía.

Escuchar con empatía requiere centrarse en el otro y prestarle atención, no solo a las palabras sino también a los gestos, la posición de su cuerpo, sus expresiones faciales. Cuando se escucha con empatía, se hace un esfuerzo, consciente, por dejar de lado los prejuicios, los juicios, las creencias personales. Esta forma de escuchar puede ser enseñada, puede transmitirse de una persona a otra. Se escucha con empatía cuando se da aliento o consejo, pero también se escucha con empatía cuando los aconsejados somos nosotros.

Se requiere dar siempre a la otra persona la oportunidad de explicarse con detalles y confesar sus pensamientos y sentimientos. Resulta, a veces, más que complejo escuchar hasta el final, sin opinar. El que esté libre de culpa que tire la primera piedra, pero todos en algún momento nos hemos lanzado a contestar sin que el otro hubiera terminado de explicar o, aún peor, estuvimos pensando la respuesta mientras el otro hablaba.

En contraposición está la gente que nos quiere dar consejos. Aquí la escucha es nuestra. Luego de expresarnos lo mejor posible para que escuche el otro, este siente la obligación de darnos un consejo. Cuidado, porque debemos analizar de dónde proviene. Analizar la fuente. Entonces, después de saber todo lo necesario sobre los objetivos, motivos, intenciones, temores, sueños y deseos del interlocutor, se debe usar esta información para evaluar la situación. Solo acabado este proceso de escuchar y evaluar, se puede descubrir qué consejos se deben tomar y cuáles será mejor olvidar. Después de analizar el carácter de la otra persona, es posible decidir si su consejo es sólido o si proviene de alguien que solo desea influir en uno para su conveniencia, o si es amiga de inmiscuirse en todo y pretende conocer de todas las materias, lo cual la haría, a su criterio, experta para dar consejos. Por otra parte, ya se sabe que la historia que le

contamos tampoco refleja la realidad objetiva, sino que será nuestra versión de la realidad, la cual, aun con las mejores intenciones, será parcial y subjetiva.

Definir el proceso de conocer la amplitud y profundidad de otro ser humano se denomina **valoración**: saber qué méritos tiene para aconsejarnos y, como decían las abuelas: “tomarlo como de quien viene”. Es la parte central de escuchar con empatía. La buena noticia es que se puede cultivar. La valoración es la habilidad de descubrir la verdad sobre una persona o situación usando la empatía como guía.

Si no sabemos hacer una buena valoración de los demás, terminamos tomando decisiones erróneas, elegimos la persona equivocada para amar, para asociarnos, para trabajar o para cuidar a nuestros niños. Tomamos decisiones basadas en nuestras propias inseguridades. En algunos casos esta valoración es instantánea porque se maneja con la intuición. Pero hay que tener mucha práctica y confianza en la intuición para valerse solo de ella. Muchos son los casos en que a primera vista no nos gusta alguien, para luego descubrir que es tímido, reservado, sufrido, y no grosero, egoísta o malintencionado, como nos pareció. Con práctica y tiempo se llega a confiar en la intuición y se la convierte en la maravillosa herramienta que realmente es.

Si te guías por la intuición nunca te equivocarás, pero debes saber reconocerla muy bien. Te lo digo por experiencia: si logras despojarte del razonamiento inmediato que sigue a la intuición, nunca te equivocarás. Sabrás que estás en el camino cierto cuando, luego de tomar una decisión basada en la intuición, sientas básicamente en el plexo solar o generalizada en todo el cuerpo una sensación de plenitud y calma interior, indescriptible con palabras. Es la certeza de estar en consonancia con el Universo, sus leyes y sus manifestaciones.

Autoevaluarse y escuchar sin prejuicios

Es difícil, pero no imposible, escuchar sin juzgar. Al oír las palabras del interlocutor, inconscientemente, estamos procesando la información, a la vez que la pasamos por el tamiz de nuestras creencias y prejuicios. Es muy importante tener claro cuáles son. Sabemos qué nos gusta y qué nos disgusta; qué estamos dispuestos a ceder, qué virtudes son más importantes para nosotros y con cuáles defectos no estamos dispuestos a transar. Pero lo que no tenemos tan presente es que deformamos la realidad cuando nos resulta muy distinta, o no refleja nuestros valores, o no coincide con nuestros juicios.

Todos hemos desarrollado teorías generales basadas en nuestras experiencias de vida, pero la empatía nos obliga a mantener nuestros prejuicios a raya, de modo que no se concreten. Los prejuicios se basan, por ejemplo, en los títulos, la herencia étnica, la raza, la religión, la edad, la educación, y causan confusión, además de entorpecer las relaciones.

Hemos aprendido a poner categorías y etiquetas a las personas, las situaciones y las cosas. Tendemos a la generalización de las conductas humanas. Debemos dejar de lado

estos rótulos, algunas veces inconscientes, si queremos escuchar con empatía.

Nuestros gustos y disgustos son disparadores, señales por las cuales reaccionamos emocionalmente. Pueden ser características de nosotros que no nos gustan, o problemas a resolver. Generalmente, aquello que criticamos o encontramos como defecto en otro es un reflejo de nuestra realidad inconfesada.

Nuestras predilecciones pueden ser cualidades nuestras que nos agradan.

Debemos prestar mucha atención a las suposiciones que hacemos de la gente respecto a su aspecto, educación, sexo, posición, actitud, etc.

Perdón y empatía

El perdón está muy vinculado a la empatía, ya que si se mira a través de los ojos de los demás, nunca se podrá juzgar. El juicio es, como se sabe, requisito necesario para la ofensa y esta para el posterior perdón.

Etapas para lograr el perdón y la empatía

- Tener presente que nuestras percepciones están limitadas por nuestras experiencias y que el mundo es mucho más complejo y los conceptos más relativos. Cada uno tiene un modelo del mundo a través del cual percibe la realidad. Nunca se debe perder de vista esta máxima.
- Buscar más profundamente, y siendo conscientes de nuestras limitaciones, preguntarnos: ¿qué me impide comprender?, ¿qué más debo aprender?, ¿para qué me ocurre esta experiencia concreta?
- Renunciar a nuestra parcial visión del mundo y de las cosas.
- Cambiar. Sin un compromiso serio con el cambio, no hay empatía ni perdón posibles.
- Con la empatía y el perdón nos alineamos a toda la Humanidad. ¿Puedes concebir una Humanidad con empatía generalizada y practicante genuina del perdón? Parece ciencia ficción, pero del esfuerzo individual de cada uno de nosotros puede surgir la construcción de ese mundo ideal.

La vida es como debe ser

Frente a las circunstancias de la vida, el hombre puede solamente elegir cómo tomarlas. Ese es el libre albedrío con el que fuimos dotados. Eres tú quien elige

paralizarse de por vida o superar el tema y avanzar. Depende de la persona y de las circunstancias. Para muchos no es nada sencillo –de buenas a primeras, luego de años acusando a los otros de todo lo que les ocurre– asumir la libertad que tienen para elegir cómo vivir, y asumir, también, las consecuencias de todas sus decisiones. Claro, para algunos es mucho más fácil vivir quejándose de lo mala que es la vida y de la culpa que tiene quien lo abandonó, lo hirió, lo hizo infeliz para el resto de la vida.

No tenemos tiempo para el dolor

Nuestro tiempo en la Tierra, por duro que suene, es limitado, por lo tanto no tenemos espacio para el dolor. A veces un poco de dolor es necesario: como el que surge de una lesión o aquel que sirve para aprender. Pero sufrir extra no sirve. Las horas que usas para odiar, para planear venganzas o sentir envidia son horas perdidas, es vida desperdiciada y desvalorizada.

El dolor que sientes cuando te perturban la vida y los pensamientos es inútil, y dentro de un tiempo lamentarás cuánta energía y horas o días has perdido.

Para recuperar la paz, debes comprometerte a desentrañar la razón por la cual prefieres sufrir y por qué no puedes liberarte de esos pensamientos inquietantes.

Tú eres el encargado de tus pensamientos y, por lo tanto, puedes aniquilar los que te inquietan. Quizá tu desasosiego venga de alguna culpa por algo que tú has hecho, quizá sea porque no te quieren o porque no has podido vencer el dolor de una ausencia. En todo caso se trata de un pensamiento y solo tú puedes tomar la decisión de cambiarlo.

Cierra los ojos, procura el silencio y busca dentro de ti el auxilio o el perdón.

Reconciliación con uno mismo

Nada se puede lograr si primero no sanamos la relación con nosotros mismos.

Reconciliación con la familia

Resístete a querer dominar la vida de tus hijos. El amor verdadero no es condicional. Cada uno es como es, y luego de darles la enseñanza, ellos tienen derecho a actuar como deseen. Recuerda la poesía de Khalil Gibran: “Los hijos no son tus hijos, son hijos de la vida...”.

Acentúa lo positivo y elimina lo negativo.

Piensa en la última vez que le dijiste a alguien de tu familia que lo amabas. Es mejor

señalar el amor que ejercer el control. Por otra parte, habrá personas de tu familia a las que no podrás amar, aunque suene duro, pero aun así debe primar el respeto y la tolerancia. Si hablamos de familia política, las posibilidades aumentan. Esa persona que llega a tu vida sin que la buscaras, porque viene como un valor agregado a tu esposo, tu hijo, tu hermana, merece ser respetada, y si no puedes tratarla con amor, más bien intenta apartarte con delicadeza, pero no hagas de la vida y las relaciones con todos un caos, por intentar competir, por ejemplo... con tu suegra.

El amor que sentimos por cada persona es distinto e irrepetible. Piensa, si no, en los diversos hijos que tienes; a cada uno le corresponde un amor que no puede compararse. Todos son hijos, pero uno requiere más atención, otro más ternura, otro más independencia. Dicen que son como los dedos de una mano: todos distintos y cada uno con sus utilidades y características. Cuando falta uno, la función de la mano se resiente.

Tampoco pretendas que correspondan a tu amor con la misma calidad e intensidad de afecto. Cada uno ama como puede. Aunque lo que ofrezcas sea sacrificio y entrega, puedes encontrar que el otro responda con indiferencia; cuando seas muy demostrativo, al otro puede molestarle. Medita si puedes resistir las manifestaciones de amor de las demás personas; si te resultan pobres o excesivas quizá lo mejor sea conversarlo, pero no pretendas cambiar la personalidad del ser amado. Si no tienes esta expectativa, tus relaciones se verán beneficiadas.

Reconciliación con la pareja

Con las parejas sucede algo similar a todo lo expresado para la familia. La necesidad de controlarlo todo hace que las relaciones sean tirantes; la necesidad de una exacta correspondencia hace de las desilusiones amorosas, asunto frecuente. Quizá el consejo más sabio sea: no esperes, disfruta de lo que tienes y sigue brindando, de tu parte, lo mejor. Practica el amor.

Piensa en cómo podrías cambiar tus críticas y convertirlas en una amorosa petición que acentúe lo positivo y elimine lo negativo.

Antes de hablar, piensa en alguna persona cariñosa que siempre tiene un mimo y una palabra de aliento, e imagina qué diría en una situación como esa.

Cuidado con el papel de víctima

Muchas veces la idea de estar bien, en armonía y en paz, se percibe como una amenaza. El dolor es una manera de atraer la atención. Estas conductas son aprendidas en relación con las otras personas. Cada persona, con su actuar, despierta en nosotros una reacción. Muchas veces la compasión es lo más parecido al amor que han podido

obtener.

Lo que no es amor... es miedo

En *Un curso de milagros* se dice que lo que no es amor es miedo. Que al ser humano lo guían solamente dos emociones: amor y miedo. Piensa en esto, porque tener vínculos para sanar es tener miedo. Es sentirse amenazado.

El amor nunca es destructivo aunque, a veces, hacemos cosas demoledoras y afirmamos que actuamos en nombre del amor.

El amor es interés por el bienestar de la otra persona. El amor es dar sin expectativas, de forma altruista y desinteresada. Es felicidad por la existencia del otro.

Si te guía el miedo, es posible que dañes a las personas que amas pero que temes perder.

El miedo te hace ver fantasmas donde no los hay. El temor te vuelve celoso, rencoroso, hiriente, insoportable. Lo único real es el amor, el miedo es una creación mental y como puedes elegir los pensamientos que tienes, puedes optar por no pensar en miedo.

Las relaciones no sanadas enferman el cuerpo

El dolor y el rencor pueden llegar a enfermarte. Pero raramente lo ves de esa forma. La persona que está sufriendo no piensa que su enfermedad está vinculada con una relación no sanada.

Tal vez consigas sacar de tu mente consciente los recuerdos que duelen, pero si no logras extraerlos de tu interior, a la larga afloran y te enferman. El rencor queda almacenado y debilita el sistema inmunológico.

Si has descubierto que estás en este mundo para crear, servir y amar, las limitaciones del cuerpo no tienen ninguna importancia. Si has decidido que estás aquí para utilizar, para que te sirvan y para obtener lo que quieres, descubrirás que tu cuerpo siempre dejará mucho que desear o tendrá bastante de lo que quejarse.

Baja las revoluciones. Medita sobre las ventajas de terminar con los sentimientos limitantes y visualiza la paz.

Claves para sanar un vínculo

Para sanar todos los vínculos, la llave maestra es el **PERDÓN**. Así, con mayúscula.

Si quieres, realmente, avanzar por la vida con todo el potencial que la Creación puso en ti, si quieres levantar vuelo para encontrar tu verdadero camino, debes cortar los lazos que te atan a las circunstancias nefastas que te han acaecido; debes liberar a las personas que te han hecho daño. Para ello es importante emprender dos tareas: perdonar a todo el que te hizo daño, y perdonarte tú por el mal que puedas haber causado. Para su práctica, el perdón tiene algunas características que me gustaría que supieras, para que sea más efectiva tu decisión de disolver cualquier emoción paralizante. Son herramientas necesarias para la efectividad del perdón desde la razón, pero también desde el alma.

Razones por las cuales se hace necesario perdonar

1. *No puedes darle las riendas de tu vida a la persona que te hizo un daño.* No puedes permitirle que determine cómo sentirte cada día.
2. *Dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio,* de manera que si tienes tu corazón lleno de odio y rencor, no tendrás lugar para el amor.
3. *Nadie hace el mal adrede.* Hay actos malos y otros buenos, pero todos son buenos para alguien.
4. *Las culpas son siempre compartidas.* Generalmente, compartes la responsabilidad con el que te dañó.
5. *Si lo pasas mal, la gente que te ama se entristece y los que no te quieren disfrutan.*
6. *La persona que te hizo un mal ya no se acuerda de ti ni del mal y si lo hace, disfrutará viendo que te perjudica, aun hoy.*
7. *Muchas de nuestras ofensas son desconocidas para el otro,* que no sabe ni que seguimos en la Tierra.
8. *La historia no cambia porque perdonemos o no.* El pasado es inmodificable, más allá de la actitud que se tenga hacia él.
9. *El no perdonar significa un juicio y es mejor no juzgar para no ser juzgados.*
10. *La persona dañina actuó así porque no supo, no pudo o no quiso hacerlo de otra forma.* Pero allí debe terminar su influencia sobre ti.
11. *Perdonar es hacerse cargo de la propia vida,* pero es más fácil culpar al otro de nuestra infelicidad.
12. *Si no perdonas, y no aprendes la lección, la historia se repite.*
13. *Hay una ley cósmica que expresa la correspondencia entre un hecho que no evoluciona en la vida de una persona y algún rencor que la mantiene amarrada al pasado.* Si hoy tienes problemas con tus hijos, mañana tendrás con los nietos; si tienes con los suegros, tendrás con los yernos y las nueras; si tienes con subalternos, tendrás con jefes; si tienes con una pareja hoy, será porque no perdonaste a un amor del pasado.
14. *Recordar que el que se ofende es el ego, el espíritu no lo hace.* Por lo tanto,

quien encuentra motivos para perdonar porque primero se agravió es el ego. Toda recomendación para mantener vigilado al ego es poca. Nos hace numerosas trampas y siempre quiere destacarse. Cuando la domina el ego, la persona no entiende por qué alguien es capaz de hacerle algo. Se pregunta ¿por qué a mí... que soy tan buena, maravillosa, eficiente, buena gente, etc.?

15. *El perdón es un acto de amor a uno mismo.*

¿Hacia quiénes se dirige el perdón?

- **Uno mismo.** No pudimos haber sido tan malos que no podamos aspirar al perdón. Seguramente hicimos lo que podíamos, con los elementos que teníamos en ese momento.

- **Los otros.** Para ello tengamos en cuenta algunos aspectos:
 - Rescatar de cada relación lo bueno que pudo tener.
 - Buscar las intenciones. A veces las juzgamos con severidad.
 - Destacar la pureza de los otros, no sus defectos.
 - La armonía externa de las relaciones es reflejo de la interna.
 - Proceder a la aceptación de todos y de todo, reconociendo nuestra incapacidad para juzgar.
 - La manera más rápida de librarnos de una persona que nos desagrada es amarla y aceptarla con todas las facetas de su personalidad. Si luchamos, más intensa se vuelve la oposición.
 - Resolver el problema en nuestra imaginación, luego en la realidad.
 - Practicar alguna meditación para visualizar a la persona con amor.

- **Los fallecidos**
 - El perdón opera desde adentro y no son necesarias la presencia ni la aprobación del otro.
 - Se busca rescatar lo bueno que hubo.
 - Intentar una reconciliación a través de la meditación. Resolver el problema primero interiormente y luego con el espíritu.
 - Llegar hasta un punto en que si la persona estuviera viva, estaríamos en armonía. Ahí podemos decir que se ha curado la relación.

- **Las cosas inmateriales:** el gobierno, la profesión o el trabajo, el clima, el barrio, los impuestos, etc.
 - Lo primero es reconocer que no hay culpables ni víctimas.
 - Cada uno de nosotros es producto de sus decisiones y muchas veces las relaciones con las cosas inmateriales son el obvio resultado de malas decisiones.

- El pasado “ya fue” pero tenemos la obligación de sanear el presente de manera adulta.

Clases de perdón

1. **Macroperdón.** El que se da, en algunos casos, una vez en la vida. Debe proceder frente a violaciones, humillaciones fuertes, discriminaciones, abandonos injustificados (el padre que deja a sus hijos pequeños).
2. **Perdón común.** El que todos tenemos que, de alguna forma, practicar frente a cualquier hecho dañoso evidente o que nos resulte dañoso a nosotros, acorde con nuestra sensibilidad: una estafa, un gesto, un grito, una actitud, etc.
3. **Perdón cotidiano.** Se brinda al que te causa irritación diaria: la suegra que maltrata, el esposo que grita, el jefe que humilla, la situación que nos desborda.
4. **Autoperdón.** Se otorga cuando uno siente que merece castigo por las faltas propias, hayan o no perjudicado al otro, y debe perdonarse. Si solo uno lo conoce operará la culpa; si es público será vergüenza.

Formas de perdonar

1. **A nivel consciente, de forma intelectual y racional.** Es el más fácil; casi todos sabemos que debemos perdonar, pero muchos no saben cómo hacerlo. Otros no pueden.
2. **A nivel espiritual y de forma intuitiva.** Se requiere un entrenamiento; puede lograrse, y de hecho se hace, por medio de una meditación, una oración personal, un acto íntimo y no necesariamente confesado.

Formas de procesar el perdón

Generalmente se usa más de una, pueden variar en cada caso y de persona a persona.

1. Pedir aclaración sobre el hecho dañoso.
2. Hacer de cuenta que no existe el hecho, ignorar lo acaecido y sus consecuencias.
3. Proceder de manera diferente en cada ocasión.
4. Olvidar.
5. No olvidar.

6. Pedir perdón.
7. Solicitar que el otro nos lo pida.
8. Pasar el hecho dañoso a un plano distinto de comprensión; como se hace con los seres queridos fallecidos. No significa olvidar; es no tenerlo siempre presente. El hecho sucedió, pero la persona se niega a que siga afectando su vida.

¿Perdonar es olvidar?

No, no necesariamente, y en algunos casos ni siquiera es conveniente. Se extraen las enseñanzas del hecho, que siempre las tiene, y se archiva. Se puede seguir tratando a la persona, sabiendo que en algunos aspectos no es confiable. Si es posible, no está mal tomar distancia. Pero esta actitud no es indiferencia, no es venganza: es derecho a no alternar con quien, si te descuidas, te hará daño.

¿Cómo se conoce que realmente operó el perdón?

Sabes que perdonaste cuando eres capaz de contar el hecho ocurrido como si le hubiera pasado a otra persona, es decir, sin el nudo en el estómago o en el pecho que seguramente sientes cuando recuerdas lo acontecido sin el bálsamo del perdón.

50 AÑOS DE CASADOS

“¡Que hable! ¡Que hable! ¡Que hable!”, repetían a coro los invitados. Eran aproximadamente cien, y se habían reunido para celebrar los 50 años de casados de Edith y Antonio. Él, con sus 75 años, estaba muy emocionado y la timidez lo paralizaba más que de costumbre. Pero esta ocasión bien merecía que hiciera un esfuerzo y subiera al escenario para hablarles a los presentes; tenía que contarles su historia de amor.

Estaban en el Club Hijos de la Toscana, un lugar lindo, familiar, con todas las comodidades para las celebraciones que los italianos suelen hacer. Un amplio salón comedor, que se puebla los domingos para degustar las pastas de María Grazia, un bar donde juegan al truco y se toman una copa los nativos, sus hijos y nietos, una sala con una pantalla gigante donde se reúnen a ver los partidos del cuadro de sus amores y un salón enorme con un escenario para brindar a los nostálgicos obras italianas y clásicas de todos los tiempos.

Acá, en este salón, se estaba desarrollando la fiesta de Edith y Antonio. Había sido sorpresa para ella; él sabía porque sus nietas, las organizadoras, tenían que contar con su complicidad para llevar hasta allí a la abuela. Disimularlo fue todo un tema. La Abu, como la llamaban, estaba sospechando que algo se traían entre manos estas jovencitas, pero nunca imaginó el tamaño de la sorpresa. En esos 50 años habían tenido cuatro hijos, dos mujeres y dos varones; “para cumplir con la patria”, decía Edith. Ellos les dieron ocho nietos, que iban desde los veinte a los trece años. Las de veinte, que eran primas, habían ideado la fiesta sorpresa, y ayudadas por sus respectivas madres, habían organizado todo. Es que una de las hijas del matrimonio era organizadora de eventos, así que todo fue sobre rieles.

Antonio, bajo la presión de los invitados, subió al escenario y comenzó a hacer su relato, mientras miraba con ojos humedecidos a su compañera de toda la vida. ¡Estaba tan linda! Vestía un conjunto de falda y chaqueta en tonos pastel, con una flor en la solapa, cartera pequeña y zapatos combinados, y por supuesto había ido a la peluquería. Es que ella creía que estaban todos invitados al primer cumpleaños de una de las nietas de su amiga Mercedes.

Como todos saben, soy muy tímido –comenzó a decir Antonio–, pero haré un

esfuerzo por mi reina y por los años de amor y comprensión que llevamos juntos. Esta timidez hizo que nos conociéramos. Era el año 1962 y se estilaba que los jóvenes hicieran bailes en sus casas invitando a sus compañeros de estudio y del barrio; las chicas llevaban la comida (por aquello de que a los hombres se los conquista por el estómago) y los varones la bebida (por la practicidad de ir al almacén de la esquina).

El 17 de febrero, celebrando el Carnaval, haríamos un “asalto”, así se denominaban estos bailes, en lo de Carina, la compañera más estudiosa de la clase. Ella tenía una hermana, Beatriz, que estaba loca por mí, modestia aparte, sepan disculpar, por favor. Yo no sabía cómo sacármela de encima; era muy insistente, y seguro que estaría si el baile era en su casa. Así que a Margarita, acá presente, amiga de mi hermana Sofía, se le ocurrió una brillante idea.

–Antonio –dijo mi hermana Sofía–, mirá qué interesante lo que ideó Margarita para que puedas ir tranquilo al baile de esta noche en lo de Carina.

–¿Qué podemos hacer? –pregunté yo.

–Se le ocurrió que vayas con una amiga suya, Edith, y la hagas pasar por tu novia. Beatriz estará obsesionada contigo, pero es muy respetuosa y educada; si sabe que tenés novia, te dejará en paz.

–¿Te parece que dará resultado? Tomar a una chica y pedirle ese favor me da vergüenza.

–Vos no tenés que hacer nada; se lo dirá Margarita, que tiene rostro para todo. Después la invitás a bailar un poco, toman un refresco, dicen que ella se siente mal y que la vas a acompañar a su casa. La llevás, volvés y bailás con la que te guste.

–Sí, puede ser, pero igual me sigue pareciendo usar a la chica. Bueno, hablá con Margarita y dame todos los detalles.

–A eso estaba yendo, porque si te dejo decidir a vos, sos capaz de no ir al baile porque estará Beatriz.

Así lo hizo y todo quedó arreglado. Como los padres de Edith eran muy estrictos y no la dejaban salir con frecuencia, a ella le encantó la idea de ir al baile, aunque fuera fingiendo ser mi novia. A la hora combinada, con mi hermana Sofía y la amiga de esta, Margarita, llegamos a la puerta de Edith. Ya no éramos adolescentes, yo con 23 años y ella con sus recién estrenados 21. Sin embargo, cuando fuimos presentados no nos animamos a tutearnos. En esa época los jóvenes éramos muy respetuosos, y además, los dos ¡con aquella timidez!

Los que ya eran adolescentes en los años sesenta eran más desenfadados, pero los jóvenes aún teníamos esa cortedad, que solo se mitigaba con el trato frecuente y la confianza. Algunos no tuteaban ni siquiera a sus padres o abuelos. Pertenecíamos a una generación educada en los códigos del pudor. En la juventud de mis padres, nacidos a comienzos de mil novecientos, las costumbres mandaban que a los mayores se los tratara de usted y a la mujer amada se la tuteara recién después del casamiento, y siempre y cuando no hubiera testigos a la vista. En todo caso, esa generación sabía bien que el tuteo llegaba con el tiempo. A veces tardaba, y a veces no llegaba nunca. El tuteo marcaba un antes y un después en toda relación. Nadie tuteaba por tutear. Solo algunos

médicos tuteaban a sus pacientes, incluso a los más viejos. En muchos casos, el tuteo era ejercido como una forma de poder.

En el siglo XX, en que el mundo sobrevivió a dos guerras mundiales, empezaron los cambios. Por los años veinte, la muchachada empezó a ponerse confianzuda; el tuteo a los padres se convirtió en moneda corriente y el tratarse de “vos” entre los amantes, en un lugar común, por lo menos después del primer beso. Los que nacimos en la década del 30, aun a sus finales, atravesamos un tiempo de transición. No tuvimos empacho en tutear a nuestros padres, pero conservamos los pudores en el amor y en la amistad. En nuestra adolescencia, era muy común iniciar el diálogo con una niña tratándola de usted. Hasta que llegaba el instante de arriesgar el tuteo. ¡Qué momento!

En la década del 60 el trato confianzudo avanzó. El tuteo llegó a los abuelos, y los jóvenes rompimos los límites más estrictos del lenguaje. Y fue bueno: se desmoronó el formalismo, pero nos costó ponerlo en práctica; nos daba pudor al principio. La generación de nuestros hijos avanzó más aún, como avanzan todas las generaciones. Los amigos de mis hijos empezaron a tutearnos a Edith y a mí. En los últimos años, se produjo un salto desconcertante. Nadie sabe cómo, ni en qué momento, ni quién empezó, pero de pronto el tuteo rompió todas las barreras.

Hoy por hoy, cualquiera tutea a cualquiera, lo que quiere decir que todos tutean a todos. Para las personas de nuestra generación, el cambio fue muy brusco. A muchos de ustedes, que son tan jóvenes, amigos de mis hijos y nietos, este relato les parecerá que es porque somos contemporáneos de Artigas, pero pueden creerme que no hace falta ir tan lejos.

Bueno, no nos desviemos del relato, porque después mi reina me rezonga porque dice que hago los cuentos muy largos. Es que a mí me gusta dar los detalles.

Bajé del auto, que me había prestado mi padre con las setecientas recomendaciones de siempre, y luego de recuperar el aliento, dije:

–Encantado de conocerla. Soy Antonio. Gracias por aceptar la invitación. Es un poco extraña la propuesta que le hicieron, pero cuando Margarita me la sugirió, debo confesar que la idea me gustó. Suba, por favor.

–Gracias. Sí, es bastante rara, porque hoy día hay otros métodos para decirle a alguien que a uno no le gusta, pero como quería ir al baile y mi padre no me dejaba, me gustó el ofrecimiento de Margarita. Ella es mucho más lanzada que yo, pero en mi casa le tienen mucha confianza.

–Vamos, por favor, Antonio, que llegaremos tarde –dijo, apurada como siempre, Sofía.

Las chicas se conocían todas entre sí, de modo que no hizo falta que nadie se presentara. Habíamos dejado el asiento del acompañante vacío para que ella lo ocupara y pudiera todo el mundo ver que llegábamos juntos. “Porque si vamos a mentir, que sea completo”, decía Margarita. Llegamos en pocos minutos, porque todos vivíamos más o menos cerca. Al estacionar, observamos que Beatriz estaba en la puerta muy ansiosa, esperando que yo llegara, seguramente. ¡Cuánta desilusión al ver que el “amor de su vida” estaba acompañado! Me sigue dando vergüenza relatar los hechos como fueron,

pero ya han pasado tantos años... Bajamos todos, y yo, llevando muy orgulloso del brazo a Edith, se la presenté a la temible Beatriz. Se sintió tan mal que su cara se desencajó de tal modo que hasta nos dio un poco de lástima haber armado todo esa escena teatral.

Al entrar Edith captó todas las miradas. Era una nueva chica, más joven que la mayoría y sencillamente bella. De rasgos serenos, sin estridencias, vestida con juvenil sobriedad y apenas un poco de maquillaje. Las mujeres la vieron como una dura competencia y los varones como un motivo de conquista. Nadie sabía aún que era mi novia. Caminamos un poco saludando a todos y comenzó el baile. Ni corto ni perezoso invité a Edith a bailar y ella aceptó, como parte de la actuación. Yo estaba deslumbrado, pero ella se conducía con cautela, como después supe que haría el resto de su vida. Mi adorada Edith tiene muchas, muchísimas virtudes, pero quizá la más destacable es la calma que conserva aun en las situaciones más estresantes. Seguimos recorriendo la pista, bueno, el enorme patio techado con claraboya que tenía la casa.

—No tengo palabras para agradecerle —le dije.

—Faltaba más. Lo hago con placer. ¿No te parece que podríamos tutearnos? Si no, a quién vamos a engañar sobre que somos novios.

—¡Encantado! ¿Así que sos amiga de la traviesa Margarita?

—Sí y también conozco a tu hermana Sofía, de verla en su casa. Muchas tardes las pasamos conversando y tomando el té con las delicias que hacen ellas.

—¿Ellas? ¿Y a vos no te gusta cocinar?

—No, para nada. La cocina no es lo mío. Yo prefiero estudiar. Cocinar me da la impresión de que es perder el tiempo.

No me cayó muy bien esta confesión, pero su belleza suplía cualquier habilidad que faltara. “Ya aprenderá con el tiempo”, pensé. Por supuesto no le dije nada y seguí hablando, como si tal cosa.

—¿Y qué estudiás?

—Estoy cursando tercer año de Ingeniería.

—¡Qué raro! Una mujer haciendo Ingeniería. Apuesto a que no debe de haber muchas.

—¿Muchas? Soy la única mujer entre 47 hombres. A pesar de conocer bastante el actuar y el pensamiento masculino, mi padre, que tiene comportamientos del siglo pasado, no me deja salir mucho, y yo lo respeto, porque los adoro a los dos y porque sé que lo hace por mi bien.

—Lo más bravo estará cuando comiences a ejercer en un mundo totalmente dominado por hombres.

—Ah sí, supongo que sí, pero para eso me tengo fe. Como nunca les doy pie para nada, seguramente me respetarán, y si no tendré que apelar a las autoridades correspondientes. Soy muy positiva y siempre pienso que todo va a salir bien. Creo mucho en Dios, y pienso que si me dio un sueño es porque voy a poder cumplirlo. No veo a Dios jugando a las escondidas con los hombres para matarse de risa desde allá arriba. Más que sometida por el poder masculino, me veo diseñando y dirigiendo las

obras de los puentes más importantes del país.

Esta muchacha de apariencia angelical y débil resultó ser una fuerte mujercita que no solo me deslumbró con su apariencia y su candor sino también con su carácter y fortaleza. Al contrario de los hombres de mi edad en aquella época, a mí no me gustaban las mujeres dependientes. Ya había tenido otra novia que estudiaba Medicina, muy raro también para la época. Pero no les quiero hablar de mi novia anterior, porque hoy es la noche de mi reina y no se la nublaré.

Con el paso de los años, ella optó por la especialización de Ingeniería Civil. Dos de mis hijos (Matilde y Luis) siguieron los pasos de su madre. Ella fue positiva toda la vida, como me anunció en la primera cita. Logró recibirse, a pesar de la familia que formamos después. Y con la ayuda de su madre, Irma, Dios la tenga en la gloria, criamos a cuatro hijos. No solo era, y es aún, bonita, sino dueña de una inteligencia y un sentido práctico poco frecuentes.

—¿Y tú qué hacés? —me preguntó ella y me parece que había demorado demasiado.

—Yo trabajo en la empresa de mi padre, que se dedica a la elaboración y copia de planos. Soy dibujante profesional. Vos sabrás, mejor que nadie, lo importante que es que alguien copie los planos que hacen los ingenieros y arquitectos y para eso hay que tener conocimientos específicos. Mi padre Carlos y mi tío Pocho son los dueños y somos cuatro los dibujantes. En este momento tenemos muchísimo trabajo.

—¡Qué bien! Ya tengo quien me haga los planos cuando no me dé el tiempo o que los copie si hiciera falta. ¿Me prometés que lo harás para mí?

Cuando me dijo esta frase, hizo un mohín con la boca que me tuve que contener para no besarla.

—Por supuesto que lo haré y gratis.

—No pretendo que sea gratis, es tu trabajo.

—Sí, pero es que tengo intenciones de que sea un servicio de por vida, complementario de otros.

Después que se lo dije, me dio vergüenza. Recién la conocía y poco menos que le estaba proponiendo matrimonio. Yo había quedado muy impactado cuando toqué el timbre de su casa y la vi aparecer. Con el tiempo, luego de que fuéramos novios por varios meses, me confesó que a ella le había pasado lo mismo. Sofía me lo había confirmado.

—¿Sabés lo que me dijo ayer Edith?

—No, claro. Entre dos mujeres las conversaciones son insospechadas y secretas.

—Me dijo que cuando hace un año la fuimos a buscar para ir a aquel asalto de Carnaval y ella salió a la puerta, en ese momento supo que se casaría contigo. Dijo que sintió como si Cupido la hubiera flechado. En un instante, se dijo que aunque estuviera planteado como un juego, terminarían en matrimonio. ¡Qué fuerte! ¿No?

En ese momento, todas las miradas se dirigieron a la reina de la fiesta y ella, que entre el ejercicio de la profesión y los años de vida y experiencia algo de timidez había perdido, aprovechó para levantarse, tirarle un beso a su esposo, agradecerle los años de

felicidad y confirmar lo dicho.

Es cierto. En ese momento supe que me casaría con él. Supe que sería el padre de mis hijos. No solo lo sienten algunas mujeres, también les ocurre a los hombres. Cuando yo lo comenté, en aquel entonces, con alguno de mis más íntimos compañeros de Facultad, me contaron que habían sentido alguna vez lo mismo. Yo solo había tenido un noviecito, algo muy intrascendente, pero jamás había sentido algo tan fuerte. El destino, Dios, o como lo quieran llamar, armó toda esta trama para encontrarnos. Una vez leí en un libro de Roma Bettoni que la vida, el destino, es como un bello mantel bordado: por el derecho, hermosas figuras de colores; del revés, los hilos se cruzan sin formas aparentes. Cuando uno dice “¡qué casualidad!”, es Dios o el destino el que ha trabajado intensamente para forzar ese encuentro, esa sorpresa, ese cruce entre las personas.

Bueno, ahora mejor que siga Antonio con el relato, yo ya hablé bastante. Y apurate, que la gente quiere brindar y bailar. No hagas muy largo el cuento.

Entonces sonaron las carcajadas de los presentes.

Con esta orden tan clara, Antonio siguió contando:

Ya sabíamos cómo nos llamábamos, quiénes eran nuestros amigos en común, a qué nos dedicábamos. Faltaba el signo, dijera mi tía Stella, que es astróloga. Se lo pregunté y me dijo que era de Piscis y yo le conté que era de Tauro. “Excelente combinación”, dijo Stella cuando se lo conté. Se complementarán mucho. Agua y Tierra.

“*Me gustas tú y tú y tú y solamente tú. Que se quede el infinito sin estrellas, que pierda el ancho mar su intensidad, pero el negro de tus ojos que no muera y el canela de tu piel se quede igual...*”. Así sonaba la música de la que luego llamaríamos “nuestra canción”. Ella era y es muy blanca, pero como verán yo nunca lo fui, así que muy romántica me cantaba esto al oído. Cuando terminaron “las lentos”, nos fuimos a sentar un rato para tomar algún refresco, y antes de que pudiera darme cuenta Beatriz me estaba tirando del brazo para llevarme a la pista a bailar *rock*. En reiteradas oportunidades yo lo había bailado con ella, de manera que no le podía decir que no me gustaba la música o que no sabía bailar. Unos segundos me duró el estupor, pero, por suerte, pude reaccionar a tiempo y decirle que recordara que estaba con mi novia, que ya se la había presentado, y le dije que no podría bailar con ella dejando sola a Edith. La mentira que habíamos armado funcionó. Beatriz huyó avergonzada y llena de disculpas. Ni Edith ni yo queríamos bailar *rock*, así que aprovechamos para descansar y dar una vuelta por el lugar; en el fondo había un patio con plantas hermosas y cuatro parrales, hasta un jazmín del país perfumaba el lugar.

Así transcurrió la noche, y de pronto me acordé de que el arreglo era que aproximadamente a la hora debía llevarla a la casa y volver al baile para disfrutar, ya sin la presión de Beatriz. Tímidamente y con muchas ganas de que me dijera que no, le pregunté si quería irse y le recordé la condición con la que había aceptado mi invitación. Para mi alegría, con un pequeño grito dijo:

—¡Yo no quiero irme! Lo estoy pasando muy bien, salvo que seas tú quien quiera

cumplir con tu parte del trato.

–De ninguna manera, yo no me voy de aquí hasta que vos decidas; si es por mí, me quedo toda la noche.

La velada siguió muy animada, pero lentamente la gente empezó a irse y no teníamos otro remedio que abandonar el lugar. Llamamos a Sofía y Margarita y nos fuimos los cuatro, tal como habíamos llegado. Al despedirla en la puerta de su casa, con un tímido beso en la mejilla, le pregunté si podía volver a invitarla a salir. La respuesta no se hizo esperar. A los tres días la llamé y salimos a caminar al Rosedal. Desde ese día no nos separamos más. El resto ya lo saben, porque muchos de ustedes son protagonistas o testigos de la historia.

Antes de dejar el escenario, quiero darle a mi amada un regalo que sé que le gustará porque lo ha deseado desde hace tres años.

–¿Qué es? ¿Qué es, que yo deseaba tanto desde hace tiempo? ¿No será lo que estoy imaginando?

–No sé lo que estás pensando, pero capaz que andás bien rumboada. Abrí el sobre y despejarás las dudas.

–¡Un viaje en helicóptero! Siempre quise hacerlo. Gracias, mi amor, y a toda mi familia, que debe de haber colaborado. Yo también tengo un regalo para ti.

–¡Un reloj pulsera, como yo quería! Gracias, Vieja. Te amo.

Bueno, hagamos un brindis por el amor, por la pareja, la familia y todos ustedes que vinieron a acompañarnos. Como dice un amigo mío: cien años como hoy y los demás como vengan.

A bailar ahora todo el mundo.

Análisis aplicando Inteligencia Emocional:

Palabras clave en esta historia:

- Complicidad
- Timidez
- Respeto
- Amor
- Valentía
- Empatía
- Sinceridad

La complicidad estuvo presente entre estos jóvenes educados con los valores del respeto y la responsabilidad.

En esa época, los jóvenes se comportaban con Inteligencia Emocional, aunque desconocieran la teoría. Las mujeres eran calmas y los hombres amables. Todos se escuchaban con atención y respeto.

Los dos verbos más destacados de esta nueva disciplina son escuchar y elegir. Con ellos se puede transitar por la vida con éxito asegurado. ¿Qué mejor para la comunicación eficaz que escuchar? ¿Qué puede dar mayor libertad a un ser humano que la posibilidad de elegir? Claro que luego hay que vivir con las consecuencias de esa decisión. Decenas de veces al día debemos tomar resoluciones, algunas cambian la vida y otras simplemente la facilitan: ¿Le declaro mi amor a Cecilia? ¿Le digo a Carlos que me enamoré de otro hombre? ¿Les cuento a mis padres que soy gay? ¿Se ofenderá mi madre si le digo que no me gusta su regalo y que lo voy a cambiar? ¿Como ensalada o papas fritas?

Los protagonistas fueron capaces de vencer la timidez, con mucho respeto.

En la historia siempre estuvo presente el amor. Para las generaciones nacidas hasta los años sesenta, el amor por la familia era la primero y todos practicaban empatía, aunque no la llamaran de esta forma. La empatía, la emoción que está de moda, es comprender al otro desde la posición del otro. Es ponerse en sus zapatos para ver la vida como el otro la percibe. No es fácil, pero sí posible. Hay que dejar de lado el ego, el sentido de perfección, los juicios, la costumbre de criticarlo todo. En el ejemplo, Antonio fue positivo y aceptó la idea de Margarita. Actuó con valentía, y también lo hizo Edith.

En aquella época, en la cual las relaciones entre los sexos eran más distantes y cualquier actitud poco corriente se tomaba como un atrevimiento, no era fácil avanzar o trasgredir. Los caballeros de entonces no podían despreciar a las señoritas y realmente su actitud de llevar a una chica para que aparentara ser su novia, como modo de engañar a quien lo acosaba, debió ser todo un desafío.

Edith también actuó con determinación y de forma proactiva. No la dejaban salir mucho, así que aprovechó la oportunidad para ir a bailar. Asumió el papel que le asignaron sin cuestionárselo. Hoy día, una joven hubiera antepuesto su ego para considerar que no sería usada por nadie y menos para fingir amor. La autoestima exagerada es tan nociva como su falta.

Los dos fueron honestos y comunicaron, con sinceridad y sin tapujos, sus deseos y sentimientos. Este es uno de los principios básicos de la Inteligencia Emocional. Nadie tiene la facultad de adivinar los sentimientos del otro, y si hace suposiciones, seguro se equivoca. Lo mejor: ir de frente y manifestar lo que se siente. Tener coherencia es pensar, hablar y actuar de la misma forma. En este tema también hay que cuidar las exageraciones, porque so pretexto de ser sincero, se puede ser grosero.

Beatriz no molestó más. Una vez que conoció la presencia de Edith y el vínculo con Antonio, sin rencor abandonó el intento de conquista.

Dejar de lado el rencor, practicar amor, empatía, escucha, comunicación, aceptación de la realidad son todos aspectos prácticos del ejercicio de la Inteligencia Emocional que se vieron, sin esfuerzo, en esta historia.

LA CULPA FUE MÍA POR PERDONAR TANTAS VECES

Ahora, cuando todo ya pasó, Roberto le cuenta a su terapeuta cómo conoció a Andrea, quien lo desveló por años.

La conocí en un *chat* de Brasil. Era argentina, pero estaba viviendo en Brasilia, porque su padre había emigrado por trabajo. Era de una familia media baja, y si bien no pasaban penurias económicas, tampoco tenían una posición demasiado holgada. Cuando comenzamos a chatear, ella estaba pasando por un mal momento con su novio. Yo simplemente la consolé y poco a poco se entabló una amistad. Me convertí en su paño de lágrimas. Ella siguió con su novio y yo con mi vida. Al año, como según ella la situación no daba para más, rompió con su novio, y yo continué chateando con Andrea como uno más de sus amigos cibernautas, porque tenía varios. Por lo menos era lo que me contaba. En ese momento, me pareció que a cada uno lo usaba para algo diferente. A mí para que la consolara, a otros para que la divirtieran, a algunas chicas para que la aconsejaran. Hasta que un día me cansé de los *chats* y del Messenger, y dejé de entrar.

–¿Volviste a comunicarte con ella? ¿Andrea intentó contactarte para saber qué te pasaba que habías desaparecido?

–Pasaron dos o tres semanas desde que dejé de tener contacto con ella, cuando me di cuenta de que la extrañaba muchísimo y le escribí un *e-mail* diciéndole que creía que sentía algo por ella. A los pocos días, recibí su respuesta en la que me decía que por casualidad había entrado en esa cuenta de correo, porque ya no la usaba, y que al leer que yo le había escrito, después de ese tiempo sin tener noticias, primero se sorprendió y luego se interesó por mis sentimientos. La cosa fue a más, hasta que le declaré mi amor.

–O sea que reanudaron el *chat*. Es una forma moderna, rápida y eficiente de encontrar nuevas amistades y hasta amores, si la persona está predispuesta.

–Sí, porque me di cuenta de que a mis 43 años me enamoré de una muchacha de 22 años. Estuvimos mucho tiempo chateando, incluso tuvo problemas económicos y yo le envié dinero para ayudarla, hasta que entre nosotros creció un gran amor, al menos para mí. Hicimos planes de casarnos, tener una hija que se llamaría Génesis. Compré una

casa y trabajé muy duro para reformarla, para darle lo mejor a mi amada.

–¿Ahora piensas que fuiste demasiado rápido?, ¿que con pocas pruebas decretaste que ambos se amaban con locura?

–A la luz de los acontecimientos posteriores, puede ser, pero en ese momento no quise escuchar a nadie. Mi padre, que siempre fue mi confidente y consejero, no lo podía creer; mi exesposa, madre de mis dos hijos, tampoco lo entendía. Yo siempre había sido un hombre cauto, sobrio en mis demostraciones de afecto. Ese había sido un motivo de reproche constante en mi antigua pareja.

Con Andrea decidimos conocernos en persona y viajé a Brasilia. Allí estaba ella, una preciosa morena con una sonrisa radiante esperándome en el Aeropuerto. Mucho más bella que en las fotos o por la cámara *web*. Nos abrazamos con desesperación, nos tomamos de la mano y creo que estuvimos así todo lo que duró el viaje hasta el Hotel Continental donde yo había reservado una habitación doble, porque no quería ir a su casa y tampoco ella me había invitado a quedarme. Además, siempre tuve la esperanza de que ella me acompañara los días de mi estadía. Después, cuando conocí a sus padres y al hermano más chico, pude probar que su casa era una cajita de fósforos y que era imposible alojar a alguien más.

–Bien pensado: buscar un terreno neutral para conocerse mejor personalmente. Hubiera sido difícil tener intimidad, desahogar esa pasión contenida tanto tiempo con los padres o el hermano en la habitación de al lado.

–Me quedé un mes. Fue toda la licencia que conseguí en mi trabajo.

–¿Y cómo fue la relación con ella durante ese tiempo?

–Todo iba muy bien... pero un día, me confesó que tenía un amigo íntimo de su edad, con derecho a roce, con el que se reía mucho y lo pasaba superbien, salían al cine, caminaban, conocían lugares juntos. Que desde el comienzo habían acordado tener una relación sin compromiso y que no lo había visto desde que yo había llegado. “¡Vaya, qué considerada!”, pensé. El mundo se me cayó encima, lloré y le pregunté muchas veces, como un niño desconsolado ¿por qué?, ¿cómo no me lo había dicho antes? ¿cómo había dejado que le hablara de amor y de matrimonio? Su respuesta fue casi con desdén: “No creo mucho en las palabras, si no lo veo no lo creo...”, en alusión a que no sabía si al final yo viajaría para conocerla.

–¿Cómo seguiste después de tamaña confesión?

–Como era de noche y estábamos en el hotel, me dijo que por la mañana se iría a su casa, si yo decidía no seguir con la relación.

–¿Qué pasó por tu cabeza y tu corazón en esas horas?

–La noche se me hizo eterna, no logré pegar un ojo y tampoco tuve fuerzas para hacer el amor. Me sentía devastado. Todas mis ilusiones se habían desmoronado como un castillo de naipes. Al día siguiente le pedí que se quedara, a condición de que nunca más tuviera contacto con ese amigo.

–¿Y qué respondió?

–Aceptó con naturalidad. Ahora, a la distancia, no sé si porque el amigo no le era tan importante o porque nunca pensó en dejarlo. Volví a mi casa, al trabajo, al *chat*, al

teléfono, al *whatsapp*. Todas las formas de comunicación que hubiera yo quería usarlas; ahora comprendo que fue un intento de controlarla. Me devoraban los celos. Comencé a prestar menos atención a mi trabajo. Gracias a que mi jefe es muy buen tipo, logré focalizarme nuevamente. Mi padre fue una figura importante, también en ese momento, para que volviera a mi eje. No fue fácil, te digo, pero bueno, con la contención de las personas que me quieren salí adelante. Como su casa no quedaba tan lejos de la mía – peor hubiera sido que viviera en Japón o Nueva Zelanda–, a cada rato quería tomarme un avión un fin de semana para pasarlo con ella. Sin embargo, no lo hice. En el fondo creo que tenía miedo de descubrir algo. Ella viajó a Uruguay y nos casamos.

–Y fueron felices y comieron perdices.

–No tan así. Todo fue muy bien al principio, pero a los dos años las cosas empezaron a torcerse, descubrí que había estado hablando y chateando con su amigo. Me confesó que ella lo había llamado por teléfono para saber de él. Me enojé muchísimo con ella y, sobre todo, conmigo. “¡Cómo pude caer en esas redes, un hombre de mi edad!”, me decía constantemente. Estuve a punto de separarme, pero al final cedí y la perdoné.

–Y ahora sí, fueron felices y comieron perdices.

–Tampoco, porque a partir de ese momento me volví más desconfiado en la relación. Pasamos otros dos años con muchos altibajos, yo presentía que ella seguía engañándome. Nunca dejó el contacto con “sus amigos-pretendientes”, se pasaba horas en internet, chateando. Me volví un espía, quería revisar su *laptop* para ver con quién había chateado, revisaba su celular. Realmente fue un infierno; caí muy bajo. Me refugié en el trabajo y en el afecto contenedor de mi familia. Nuevamente, mi padre jugó un papel importante para que no cayera en una depresión.

–¿Viste algún terapeuta, entonces?

–No, era muy vanidoso, yo iba a poder con todo. Si me había metido voluntariamente en ese lío, tenía que poder salir solo. Pronto llegó la monotonía; dejamos de comunicarnos, hablábamos cuestiones superfluas o domésticas, casi no hacíamos el amor, y la verdad es que dejé de desearla, pero aunque parezca mentira, nunca dejé de amarla. Siempre pensé que al final las cosas se arreglarían entre nosotros, pero me equivocaba.

–¿En algún momento sentiste el presentimiento de que te estabas equivocando?, ¿y por qué seguiste? Por lo que sé, tú siempre le hiciste caso a tu intuición.

–Sí, cuando era un hombre normal, pero ella me había dado vuelta como a un guante. Ya no era lo que había sido. Me lo decían mis seres queridos: padres, exesposa, hijos (aunque chicos, me preguntaban por qué estaba triste), jefe, amigos. Un día pensé que sería una buena idea que ella viajara a Brasilia, para que se reencontrara con su familia después de cuatro años sin verlos. Ella aceptó encantada y se fue sin hacerse rogar. Cuando regresó, estaba aún más cambiada. La primera vez que hicimos el amor, no la sentí conmigo, estaba físicamente allí, pero en ella ya no existía ni amor ni la más mínima pasión. La sentí completamente fría, totalmente ausente. Los dos años siguientes solo fuimos compañeros de apartamento. Los reproches, las faltas de respeto y las malas caras fueron mutuos en el día a día.

–¿Le propusiste alguna solución? ¿Buscaron juntos una forma de corregir el desamor y volver a ser como habían sido?

–Sí, le propuse ir a un terapeuta de parejas y ella aceptó con desgano. Me daba la impresión de que me decía que sí a todo con tal de terminar con el asunto, para que no siguiera insistiendo sobre su cambio. El especialista fue muy claro y le dijo que el problema estaba solo en ella. Esto, lejos de ayudarnos, nos hundió más. Todo fue un fracaso, porque aunque iba a la consulta no avanzábamos, al contrario: cada vez la sentía más lejana. Con el tiempo, supe que cuando viajó a casa de sus padres, se había reencontrado con su amigo.

–¿Cómo te sentías? ¿Todavía te quedaban ganas de seguir insistiendo?

–Sí, porque yo había invertido mucho en esta relación: ilusiones, tiempo, dinero, horas de insomnio, alejamiento de mi familia e hijos. Era mucho para perderlo en un instante.

–Sí, pero a veces “más vale perder que más perder”. Por ahora era una mala inversión, como tú dices, pero de continuar podrías perder hasta la salud.

–Un día me dijo que quería volverse a Brasilia, que el viaje se lo pagaba su madre con un dinero que yo mismo le había mandado. Le supliqué que no se fuera, que esto me parecía que era el comienzo del fin; ella me confesó que necesitaba irse para poner distancia y tiempo entre nosotros. “¿Más distancia aún?”, pensé. Querría poner kilómetros, porque distancia teníamos en nuestra misma cama. Argumentó que quería pensar qué hacer con su vida y con nuestra relación, que a su regreso hablaríamos. No me sorprendió que su madre le pagara el viaje, sobre todo porque mensualmente yo le mandaba dinero como una ayuda para su vida diaria, que se había puesto aún más difícil.

–¿Y tú qué pensaste? ¿Que quería irse para pensar?

–Todos sabemos que cuando una mujer pide “tiempo” en una relación es una forma diplomática de decir “esto se acabó”.

–No es recurso solo de mujeres; los hombres también lo usan con mucha frecuencia cuando quieren dejar elegantemente a alguien. Luego de pasar el tiempo para pensar, cuando vuelven le dicen a su pareja: “no sos vos, soy yo”. Con esto limpian cualquier motivo de culpa que pudiera generarse en la otra persona y se desligan del vínculo.

–Pero lo peor estaba aún por llegar: fue cuando descubrí, por casualidad, que quien realmente le pagaba el pasaje de avión no era su madre... sino su amigo. Ahí se derrumbó totalmente mi vida. Hasta su madre sabía de la existencia de este amante y de los planes de su hija con él.

–¿Y qué pasó?

–Como es lógico, ella se fue a Brasilia para regresar poco después solo para firmar el divorcio y recoger sus cosas. En realidad, sospecho que durante los últimos meses estaba ganando tiempo, solo hasta que nos concedieran el divorcio. Estaba muy bien asesorada por un “amigo” abogado que tenía entre mis compañeros de trabajo. Nunca quise averiguar si no había tenido algo con él. Con este dolor alcanzaba, para qué seguir hurgando.

–¿Se volvió a Brasilia?

–Al final se marchó, no sin antes haberme desprestigiado ante todo el mundo. Fue contando por ahí lo desgraciada y triste que había sido su vida a mi lado. Pero nadie sabía mi versión, ni conocía mi dolor. Tampoco nadie me preguntaba, por respeto, supongo. Tuve que soportar muchas infidelidades, humillaciones y muchas mentiras en aquella relación. Nadie sabía por lo que yo había pasado, en esta ocasión el verdugo era realmente la víctima. Desafortunadamente, como “entre el cielo y la tierra nada queda oculto”, como ella siempre me decía, descubrí con qué tipo de mujer me había casado. Cuando llamé a su madre para despedirme, me dijo algo que nunca olvidaré: “Es que usted dejó de mandarme dinero...”. ¡Increíble pero cierto! Fui buen yerno y esposo mientras envié dinero; cuando dejé de hacerlo me convertí en lo peor. Me dio la sensación de que le estuve comprando el amor de su hija. Ella siempre supo que Andrea jugaba a dos puntas y ambas se reírían de mí entre ellas.

–¿Qué aprendiste de esta triste experiencia? ¿Cómo te sentiste?

–Lo más triste de mi experiencia fue descubrir que la persona que amé con todas mis fuerzas nunca me amó, solamente me usó. Solo fui su pareja de “tránsito”; fui su segundo plato. Mientras su amigo nunca quiso compromiso con ella, yo como un tonto lo primero que busqué fue una relación seria y estable. Supongo que lo de ser amantes dejó de ser suficiente para ellos. Lo único que me consuela, a pesar del dolor, es que ella no me dejó por el primero que se le cruzó en el camino, me dejó por su amor de toda la vida, incluso antes de mí.

–Sí, eso es cómo te sentiste, pero ¿qué aprendiste?

–Al final, por perdonar tantas veces por amor, mi recompensa fue que ella se fuera con él y yo me quedara solo. Con el tiempo enfermé, ahora tengo una insuficiencia renal muy grave, sé que me queda poco tiempo de vida, pero aun así, mi única ambición en los pocos años que me queden es que ese hombre le dé cuanto yo no supe o no pude darle. Lo que aprendí es que no se puede ser tan bueno, más bien bobo. Hay que leer las señales y hacerle caso a la intuición.

–Ahh. No estoy muy de acuerdo. Que ella se fuera no fue una recompensa para tu acto generoso de perdonar, fue porque tenía que ser así y ella purgará su culpa de la forma que el Universo se la facture. Nada es gratis en esta vida. Si te amó o no, no lo sabremos nunca, y lo peor es hacer especulaciones. Tampoco es conveniente sentirse el centro del mundo, porque los demás siguen su vida sin reparar en la nuestra. La gente no hace daño por el solo gusto de hacerlo, lo hace porque en algo se beneficia. No hay actos esencialmente malos, siempre son buenos para alguien, aunque uno no lo comprenda. Es acertado seguir la intuición, que en este caso no hubieras podido, porque estabas obnubilado por el amor y el miedo. Si te hubieras detenido un momento, en medio de tantos desencuentros y tanta pasión, te hubieras dado cuenta de su modo de actuar desde el principio. Capaz que hubieras seguido igualmente con la relación, pero sería una opción libre. De la forma que sucedió, sin que pudieras elegir, te sientes estafado y usado, y es natural.

–Hace poco vi una foto de ellos en Facebook; se les ve muy felices. Pero desgraciadamente una parte de mí sigue amándola. Sin embargo, a pesar de todo, deseo

que sea inmensamente feliz. Sé que todo es cuestión de tiempo, poco a poco me iré apagando, por eso le pido a Dios cada día que me lleve con Él pronto, para dejar de amar a alguien que me destrozó por dentro para el resto de mi existencia.

–Si te agarrara algún experto en Biodecodificación, te explicaría por qué te enfermaste de los riñones después de esta experiencia. A grandes rasgos, esos son los órganos que limpian y purifican el organismo. El tuyo estaba intoxicado y así respondió tu cuerpo. No es conveniente que lo veas como algo definitivo. Si pudieras dejar de sentirte víctima de esta situación y un felpudo para ella, comenzarías a sanar. Tendrás que dejar de compadecerte, para tomar las riendas de tu vida. Eres un hombre joven aún. Tienes mucha vida por delante. Ya es suficiente con que ella te haya hecho tanto daño, ¿por qué seguir permitiendo que digite tu vida? El dolor es inevitable, el sufrimiento es opcional.

Análisis aplicando Inteligencia Emocional

Palabras clave en esta historia:

- Amor
- Celos
- Pasión
- Desamor
- Estafa afectiva
- Intuición
- Perdón

Nunca nos podemos culpar por haber perdonado demasiado. En todo caso, sí por no haber asimilado la lección. El perdón debe estar presente en todas las relaciones, cualquiera sea su naturaleza: de pareja, de familia, laborales, de amistad, de vecinos, de ciudadanos y todas las que se te ocurran deben tener como telón de fondo el perdón. La razón es muy simple: uno no perdona por el otro, sino por sí mismo. El perdón es un acto de amor a uno mismo, más que de amor al prójimo. En muchas oportunidades, las personas no quieren perdonar porque lo ven como una humillación, lo entienden como un consentimiento a las conductas dañinas del otro. Lo perciben como un darle la razón al otro y, por no dar su brazo a torcer, estropean su vida. Se cargan una mochila de pesadas piedras en su espalda, mientras el otro, con razón o sin ella, va por la vida tan campante. En ocasiones, ni se acuerda del daño que causó, y en casos más graves ni del nombre de la persona perjudicada.

Cuando alguien perdona, lo que hace es liberarse de una carga muy pesada para volver a caminar erguido. Se dice en *Un curso de milagros*, libro y curso que te recomiendo calurosamente, que cuando alguien decide perdonar, se produce un milagro.

Por eso, todos somos hacedores de milagros. El momento de la decisión se llama instante santo y la relación donde operó el perdón, relación santa. Nada hay más positivo para un humano que perdonar los hechos y las personas que le han causado dolor. Nunca puede uno cansarse de perdonar. El hecho es que si no se aprende la lección, se repite. Es como en la escuela, si no aprendiste lo que te enseñaron, quedas repetidor. Nuevamente debes cursar el año escolar. En la vida, las conductas que no tienen consecuencias se repiten. Por lo tanto, perdonar sí, todas las veces que haga falta, pero la obligación es extraer la enseñanza que la experiencia pudo dejar.

En la presente historia, el hombre perdonó por amor una y otra vez, y luego se arrepintió porque pensó que ese acto generoso del perdón fue la causa de todos sus males. No señor, la causa de todos los males no fue el perdón, sino más bien no haber asimilado la lección. Esa joven ya no lo quería, si es que alguna vez lo quiso, y debió haberlo entendido la primera vez que lo sospechó, la segunda como mucho, pero no esperar a que ella, con la soberbia de la juventud y conociendo el amor de él, abusara de ese sentimiento, lo explotara económicamente hasta abandonarlo lleno de dolor.

En ocasiones, es muy difícil distinguir lo que es constancia de capricho y tozudez. Cuando entra en juego el ego, cualquier cosa puede pasar. Hay personas que son capaces de dejar los jirones de su piel, si hace falta, con tal de ganar. Eso es obstinación, obsesión, capricho, tozudez.

Con respecto al conocimiento por *chat*, dejemos algunos conceptos claros. Hay que tener cuidado porque se presta para la estafa afectiva. Es muy fácil mentir, porque hay pocas posibilidades de descubrirlo. Generalmente, se miente en la edad, en la situación económica, en la formación cultural. Pero con un poco de atención, se puede inferir la verdad. Por ejemplo, para verificar la edad, hay que prestar atención a la forma de expresarse. No será la misma para un hombre, profesional de 50 años, que para una joven liceal de 15.

Claro que como cada vez se usan más las cámaras *web*, los participantes se pueden ver y conocer a la distancia. No hay que esperar a que muestre una foto, que hasta puede ser trucada; se ven los rostros al instante que se conectan. Este tipo de *chat* con cámaras son posteriores; los iniciales de la conversación se hacen a través de las variadas redes sociales que existen hoy día en los que solamente se escribe. Para saber su posición económica, si se están usando cámaras *web*, habrá que observar si el entorno demuestra lo que afirma. Muchas veces se habla de fortunas, de buenos salarios, de casas de revista de decoración y se ve al fondo paredes con humedad, muebles baratos, mal gusto. Muchas personas dicen que no tienen cámara o que no la quieren conectar, pero es que no quieren mostrarse.

Hay que prestar mucha atención, para no ser engañado. Con el estado civil, se puede ver si siempre chatea desde el trabajo, nunca desde la casa, y si fuera desde donde vive, si hay juguetes por el suelo, voces infantiles en el fondo. Cuando solo es a través de la escritura, es un poco más difícil delatar economía y estado civil, salvo que se adquiriera mucha experiencia en leer entre líneas. La lectura del lenguaje gestual es una muy buena herramienta para detectar mentiras si se ven con cámaras. Hay que observar sus ojos,

sus manos, sus hombros. Casi el 70% de la comunicación es no verbal, en consecuencia se debe prestar atención a lo que se expresa con lo que no se dice.

Por último, el protagonista debió atender y escuchar a su intuición, que le estaba dando las pautas del abandono posterior. Él, por miedo o por confusión, con tantas cosas en que pensar, no pudo ocuparse de oír su intuición. Reitero: no falla jamás.

¿Qué hubiera pasado en esta historia si los protagonistas hubieran aplicado Inteligencia Emocional? Andrea hubiera hablado desde el principio con honestidad y empatía. Roberto hubiera comprendido sin dejar entrar en el juego a su ego, que le aconsejó obstinarse e intentar ganar, a pesar de su felicidad y su salud. La buena comunicación es la base de cualquier relación y en esta historia no existió.

NO ME QUIERO CASAR

Lucía tiene cuarenta años, es linda, inteligente, trabajadora, responsable, ética. ¿Hacen falta más calificativos para describir a una buena mujer? No. Lucía es la mujer que cualquier hombre bien nacido quiere para esposa; es la nuera que cualquier suegra quisiera tener. Pero ella, que ama profundamente a Francisco, no se quiere casar. Él tiene cincuenta, dos hijos de un matrimonio anterior, que ya no dan trabajo porque tienen su vida formada. Hasta lo han convertido en abuelo, no hace mucho tiempo. Así que allí tampoco está el origen de la negativa de Lucía.

–He seguido tu consejo, madrina, fui a ver a la psicóloga que nos recomendó Marcia.

–¿Te gustó? ¿Te aclaró algo tu problema? ¿Lo vio como un problema?

–Me gustó mucho. Dice que las personas no tenemos problemas, tenemos situaciones a resolver. Problemas son los que se solucionan en matemáticas siguiendo fórmulas exactas. Los humanos no podemos acudir a fórmulas exactas para decidir la vida, tomar resoluciones o buscar la mejor solución para un tema que nos ocupa.

–Mirá, ¡qué postura interesante! Y ¿te dio alguna pauta para “resolver tu situación”?

–Me hizo muchas preguntas sobre mi familia, mi infancia, mi adolescencia. Llevo ya un mes yendo a sus sesiones y realmente me siento mucho mejor. Todavía no quiero casarme, pero estoy viendo más clara mi negativa. Hasta me dio ejercicios para despejar mis dudas y no retroceder el camino avanzado.

–Contame, por favor, a ver si puedo aplicar algo yo también.

–Te cuento, pero no creo que te sirvan, porque son como un vestido hecho a medida, no le sienta a cualquiera. Yo le conté por qué fui a su consulta, cómo me tenían harta, mamá, tú y Francisco, para que consultara a un psicólogo porque mi posición no es normal. En primer lugar, me felicitó por haberme decidido a ir, pero lo de normal o anormal no son conceptos que se puedan esgrimir tan ligeramente, porque si hilamos fino, nadie es normal. Todos tenemos algún aspecto que mejorar, y esos que me tildan de irresponsable y rara porque no me quiero casar, seguro que algún detalle también tienen.

–Bien, bien, seguí contando.

–Sí, pero será en otro momento. Ahora tengo que ir a trabajar.

La vida de Lucía continuó sin grandes cambios. Francisco dejó de insistir acerca del

casamiento mientras que ella estuviera yendo a las sesiones con la psicóloga, para respetar sus tiempos. Ya que había decidido consultar a una profesional para pedir ayuda, mejor no presionarla, pensaba.

–Buenas tardes, Lucía. ¿Cómo estás?

–Muy bien, gracias.

–Contame cómo ha transcurrido tu semana.

–Bueno, por suerte Francisco dejó de insistir sobre el compromiso y el casamiento. Me ha dejado un poco en paz. Me siento aliviada por el momento, porque sé que en cualquier instante retoma. Así se reiniciará mi calvario. ¿Será posible que nadie me entienda?

–¿Por qué piensas que nadie te entiende? ¿Crees que están en tu contra?

–Casi. Todos le dan la razón a Francisco y me critican porque no me quiero casar. Dicen que todas lo desean y que muchas querrían estar en mi situación: estar enamorada de un hombre que me corresponde y lo único que quiere es formalizar conmigo.

–¿Y tú por qué no quieres? ¿Qué crees que cambiará si te casas?

–Yo estoy bien así. Tenemos cuatro años desde que comenzamos a salir y uno de convivencia, ¿por qué no le alcanza? Como le dije la semana pasada, llevo años de relación con Francisco, estoy enamorada de él. Es un hombre estupendo, buen mozo, bueno, independiente, inteligente, solvente, buen padre de sus hijos, buen amigo, etc., lo que cualquiera querría. Él insiste en casarse conmigo y me lo ha propuesto de las formas más variadas en reiteradas oportunidades, pero yo no quiero.

–¿Has tenido antes otras relaciones? ¿Con todas fuiste igual? ¿Siempre te negaste al compromiso?

–Tuve dos novios anteriores: Raúl y Telmo. El primero durante ocho años, era un fresco, un mujeriego, menos mal que no me comprometí ni casé, si no ahora estaría divorciada. Nunca me lo propuso porque al primero que no le interesaba era a él. Telmo fue por dos años mi novio, pero fue una relación más *light*. Salimos, viajamos, nos divertimos. Éramos muy jóvenes, estudiamos parte de la carrera e hicimos el viaje de Ciencias Económicas juntos. Al volver después de nueve meses de recorrer el mundo desde India a Nueva York y desde Alaska a China, nos separamos. La convivencia en el viaje fue muy intensa, fue como haber vivido varios años de pareja, y se desgastó. Después de tan variados escenarios, no resistió la rutina de Montevideo, la vida con las familias de ambos; en fin, que se terminó.

–¿Te causó pesar?

–Estuve muy triste unos meses, porque me había acostumbrado a que él resolviera todo. Yo solo hice lo que él dijo. Acaté sus decisiones como mías.

–¿Estabas cómoda con esa posición?

–Mucho. No me gusta tomar decisiones, tengo un carácter más débil y si alguien decide por mí, encantada. Acato.

–¿Aunque te perjudiques?

–No, si me perjudica me niego. Soy cómoda pero no boba.

–De modo que en tus noviazgos anteriores no te viste enfrentada a alguien que

insistiera en casarse. ¿No te gustaría tener hijos?

–No, no quiero. No me gustan mucho las responsabilidades. Si alguien me dice lo que tengo que hacer, me las arreglo y lo hago, pero no sirvo para tener iniciativas. Por eso mismo nunca quise poner un negocio. Yo prefiero ser empleada y que las decisiones las tome otro. Yo quiero que al final de la jornada laboral, pueda apagar mi computadora, cerrar mi escritorio e irme hasta el otro día, tranquila, sin sobresaltos. No quiero estar pendiente de si se podrán pagar las cuentas en fecha, si suena la alarma, si tengo que hablar con algún empleado porque tiene mala conducta.

–¿Para qué tareas dependientes te sientes más capacitada?

–Como capacitada, diría que casi para todas las de administración y contabilidad. Puedo llevar adelante la administración de una empresa, calcular sueldos, prestaciones, hacer balances, facturas, compras, etc., lo que demande la empresa. Ahora, que quiera hacerlo es otra cosa. Sé cómo hacerlo pero no me gusta desarrollar actividades que demanden decisiones. Puedo trabajar catorce horas, si hace falta, porque soy muy prolija y tenaz, pero que resuelva el jefe.

–¿Cómo fueron y son las relaciones con tus padres?

–Mi padre falleció hace cinco años, mi madre vive. Él era muy bueno pero marcaba una disciplina férrea. Era el menor de cinco hermanos y para hacerse oír en su familia, desde chico tuvo que aprender a hacerse valer, comunicarse con firmeza y seguridad. De adulto, llegó a cargos gerenciales muy importantes. Todos hablaban de su amable pero firme don de mando. No había subalterno que se le resistiera, pero lo amaban todos.

–¿Cómo fue contigo? ¿Hacía pesar esa autoridad?

–Sí. Lo que él decía era palabra santa y como nadie hacía las cosas como él, tan perfectas, según su opinión, yo fui dejando de lado mis ideas y aceptando que decidiera por sí y por mí.

–Mano dura, dirías tú.

–Nunca me pegó, pero me miraba fijo y yo salía corriendo porque venía el sermón. Era mejor mantenerse callada que oponérsele. Todos en casa lo sabíamos; hasta el perro lo acataba.

–¿Llegó a maltratarte? ¿O a alguien en tu casa?

–No, que yo recuerde.

–¿Y con tu madre cómo era?

–Se llevaban bien, porque ella solo decía que sí a todo. Como dice el chiste, nunca un sí ni un no, porque no dialogaban. Ella asumía lo que él decía.

–Cuando Francisco se te presenta con un anillo, se arrodilla y te propone casamiento, ¿recuerdas las escenas de sumisión con tu padre?

–Siempre.

–¿Qué asocias?

–La mirada fría y penetrante de cuando se enojaba mi padre.

–Pero Francisco no es tu padre.

–No, pero por momentos me parece que se le acerca y ni loca me voy a someter a otro hombre que me mande y no me deje opinar.

–¿Lo ves así a Francisco? ¿Como un hombre que no respeta tus ideas y opiniones?

–No por ahora, pero me da pánico casarme y que él cambie.

–¿Qué te hace pensar que una firma ante una autoridad pública y un registro en un libro grande y en una libreta roja pequeña que te darán a ti, cambiarán la personalidad de tu novio? ¿Por qué pensar que él no cambiará igualmente con el tiempo y la convivencia?

–Posiblemente no dependa de la firma ni de los papeles y él cambie en los años próximos de convivencia, pero si fuera así, tomo mis cosas y me voy.

–¿Y si estuvieras casada no podrías tomar tus cosas e irte?

–Sí, porque no me tendría secuestrada, pero es más difícil divorciarse que separarse. Otra vez firmar papeles, idas y vueltas con abogados y jueces. No quiero.

–¿Esto tiene relación con que no quieras tener hijos?

–Sí, porque también son compromisos y ¡Dios me ampare que Francisco resulte con mis hijos como mi padre!

–Ahhh, bueno, hemos desenredado la madeja. Tu negación al compromiso, al matrimonio y a la maternidad tiene estrecha relación con el papel de tu padre en tu familia. Un hombre autoritario, por más que fuera bueno, que no dejaba opinar a nadie, que no respetaba las ideas ni de su propia mujer, solo puede educar hijos temerosos, irresolutos, muy fuertes en algunos aspectos (el trabajo, por ejemplo) y con enorme debilidad en la vida emocional. Tu padre te despojó de la posibilidad de pensar cuando eras una niña y luego de adolescente, joven y adulta, ya te convertiste en alguien cómodo y complaciente. Las firmas, los contratos, los compromisos, las responsabilidades, las iniciativas están vedadas en tu mente. Las emociones que surgen cuando te ves expuesta a alguna de estas circunstancias son tan fuertes como negativas, entonces te retraes y te refugias en aquella niña que aprendió con papá a no hablar para no contrariarlo.

–Ahora que me describe así, lo veo todo muy claro.

–Pero todo tiene solución. Hasta hoy has vivido como pudiste, ni siquiera como quisiste. Con los elementos que te proporcionaron en la infancia has peleado con la vida como gato entre la leña y eludiste todas las decisiones que las circunstancias te permitieron. Pero ya eres adulta. Ya la infancia quedó atrás y no sirve de excusa la forma rígida de ser de tu papá. Llegó el momento de hacerte responsable de tu propia vida. No hay más remedio. Deja a tu papá atrás y como no puedes modificar el pasado, guarda toda tu energía para cambiar las posibilidades del futuro. Cásate o no te cases, eso es recurso tuyo, pero para seguir avanzando en la vida, deberás madurar y tomar tus decisiones. De a poco, comienza con algunas que no comprometan tu futuro y asume las consecuencias de tu resolución para bien o para mal. Aprende de cada experiencia, conoce cuáles dan para repetir y cuáles mejor olvidar.

–Suenan bien, pero habrá que hacerlo. Yo intelectualmente lo entiendo, pero cuando lo quiero poner en práctica me enredo en confusiones y temores.

–Te tengo otro ejercicio: haz una carta perdonando a tu padre por su personalidad, por los malos momentos que te ha hecho pasar. Ten en cuenta que te educó como pudo y como creyó que era lo mejor. Si puedes, escribe la misiva con tu mano no dominante. Es para retrotraerte a los cinco o seis años, cuando no sabías escribir bien. La niña que

aún vive en ti será quien argumente en la carta a su padre. Verás que te sentirás muy aliviada al hacerla, y como él ya no está en este plano, no tienes que enviarla a ningún lado. Cuando la termines, que te llevará un rato porque no es fácil escribir con la mano contraria a la que estamos acostumbrados, la lees detenidamente y la quemas. Habrás dado un paso muy importante para la reconciliación con el espíritu de tu padre. Espero que te sirva. Si quieres, vuelve a contarme cómo te sentiste después de hacerlo.

Lucía se despidió de la psicóloga, y al cerrar la puerta, supo que no volvería. Haría la carta y hablaría con su madre. Ya se sentía tan aliviada que no hacía falta volver. La profesional no estaría de acuerdo con esta decisión, pero era una de las primeras resoluciones que tomaba por sí misma y la haría valer.

La relación con Francisco siguió otro año de convivencia pacífica. Se amaban y eso protegía la relación de cualquier embate. Francisco se había acostumbrado a la convivencia, y aunque no le gustaba que les llamaran concubinos, reconocía que legalmente se los podía calificar así. Se mudaron a una casa que compraron entre los dos, elegida con todo cuidado para que tuviera las aspiraciones de ambos. ¿Eran felices? Cualquiera diría que sí. Se habían acomodado a la situación.

Un día, Lucía preparó una cena espléndida con la comida preferida de su “marinovio” (un poco marido y otro poco novio), compró el vino que a él le gustaba, se vistió muy elegantemente y lo llamó al celular para decirle que ya estaba en la casa, que había salido más temprano porque tenía unos trámites que hacer. Le rogó que se fuera directamente a la casa. Ella estaría esperándolo allí. Cuando entró, Francisco se sorprendió por la ambientación del comedor; todo estaba preparado como para una cena romántica. Se sacó el abrigo.

Se sentaron en el *living* a tomar un aperitivo y a charlar animadamente como lo hacían siempre. Él estaba bastante curioso, pero no quiso preguntar para no arruinarle la sorpresa a su amada. Cenaron con total tranquilidad y sin apuro. La intriga de Francisco iba en aumento. Después de comer el postre, que también había preparado ella “con sus propias manos”, desapareció por un instante y volvió con las manos en los bolsillos. Él se mantenía sentado en la misma posición que ella lo había dejado. Lucía apoyó una rodilla en el piso, sacó un paquetito del bolsillo que resultó ser una cajita y le dijo: “Francisco, amado mío, ¿aceptarías ser mi esposo?”. Luego de recuperarse de la noticia, lo que no fue inmediatamente, abandonó la silla, la levantó a ella y mientras le daba un abrazo bien fuerte le decía al oído: “Sí, sí, sí”.

–¡Qué alegría me has dado! ¿Cómo fue que cambiaste tu opinión tan férrea?

–Estuve pensando todo este año en las palabras de Sandra, la psicóloga. Escribí hace meses la carta a mi padre, perdonándolo y pidiéndole perdón por haber callado tantos años mi desconformidad con su comportamiento. Pensé que de niña mi conducta pudo haber sido como respuesta a la de él, pero si de adulta me mantenía tan cerrada, casi necia, la culpable sería yo. Hablé con mi madre y le manifesté que no sabía si a ella le preocupaba, pero que había resuelto perdonarle su falta de carácter y esa mansedumbre que tuvo siempre y que yo imité. Repasé los años de relación que llevo contigo y me

corrió un frío por la espalda cuando imaginé qué pasaría si te cansabas de una mujer tan anodina como yo. Entonces me dije que ya era suficiente de autocompadecerme. Que tenía que dejar el pasado atrás y que sería ahora o nunca. ¿Estás sorprendido o contento?

–Estoy sorprendido y contento. Me has hecho el hombre más feliz del mundo y mejor voy por un calendario para fijar la fecha, no sea cosa que te arrepientas.

–Podés quedarte tranquilo, que no me arrepentiré. Veamos la fecha, que tiene que ser en los próximos dos meses.

–¿Por qué ese apuro? Tanto tiempo para decidirte y ahora venís con todo.

–No, es que no me gustaría casarme con tremenda panza que tendré si esperamos demasiado, porque ¡estoy embarazada de dos meses!

–¡Esto sí que es una alegría completa! Lo que deseé tantos años se me da todo junto. ¿Cómo fue? Porque tú te cuidabas con esmero.

–Hace tres meses que dejé de tomar la pastilla. No quise contarte para no ilusionarte, por si me costaba quedar embarazada. Por suerte, al mes sucedió y acá estoy proponiéndote matrimonio yo, la reina de la falta de compromiso y la primera enemiga del matrimonio.

–Corramos a llamar a nuestras madres.

Análisis aplicando Inteligencia Emocional

Palabras clave en esta historia:

- Amor
- Miedo
- Falta de compromiso
- Tolerancia
- Empatía
- Buscar ayuda
- Saber escuchar
- Aceptar la explicación profesional
- Tiempo
- Reconocimiento
- Renovación de pensamiento
- Perdón a vivos y fallecidos

Poco se puede agregar a las explicaciones que le dio la profesional a Lucía cuando ella, siguiendo el consejo de su madrina, acudió a terapia. Lo importante es que no se negó a buscar y recibir ayuda. Muchas personas se vuelven necias cuando quieren defender su postura a costa de lo que sea. Pueden perder relaciones afectivas, trabajos,

amistades, pero no se apartan de lo que consideran correcto. Cuando se enfrentan a sus propios fantasmas, algunas ceden y recurren a buscar ayuda, y otras se afirman en sus opiniones y se apartan de quienes las quieren ayudar.

Francisco se comportó como si hubiera sido alumno de Viktor Frankl, neurólogo y psiquiatra austríaco, fundador de la corriente denominada Logoterapia. Él decía que en la vida hay dos clases de hechos: los que dependen de uno y los que no. A los primeros hay que enfrentarlos con mucha energía, voluntad y determinación; a los segundos hay que aceptarlos. Para estos, solo nos queda la opción de elegir cómo los tomamos: o nos resistimos y sufrimos o nos adaptamos y crecemos.

Él demostró amor, tolerancia y empatía. Priorizó el amor que sentía por ella y le dio el tiempo, en silencio, para que buscara ayuda y tomara la primera gran decisión de su vida. En realidad fueron dos las grandes decisiones: casarse y tener un hijo. Para haber pasado más de cuarenta años dejándose llevar por las decisiones ajenas, Lucía se portó muy bien. Tuvo una gran inteligencia en escuchar, aceptar y practicar las palabras de la profesional. Para tomar esas dos decisiones juntas que cambiarían su vida para siempre, debió reunir mucho coraje. Perdonar, antes que nada a su padre, fue duro. Como he afirmado ya, lo que uno da es lo que vuelve, y si no se perdona, si se elige el rencor al pasado, muy malo será el presente y malos augurios tiene el futuro.

Perdonar es la base de todas las emociones. Nos conduce por el camino correcto. Uno se siente ligero al liberar al que lo dañó. Al eliminar un sentimiento negativo y tóxico, se hace espacio para otro nuevo, positivo y espiritual. El camino está expedito, solo hay que comenzar a andar.

Y HASTA CAMBIÉ DE BARRIO

Mechi, una señora de 56 años que trabaja como masajista y me atiende habitualmente, me preguntó dónde vivo, y al decirle me respondió que entonces éramos vecinas. Como sabía que ella vivía en otro barrio, me sorprendió y le pregunté si se había mudado.

–Pero tú vivías en el Prado, ¿no?

–Sí, pero ahora vivo a tres cuadras de su casa.

–¿Qué te llevó a tomar semejante determinación? ¿Dejaste tu amada casa?

Al confirmármelo, rápidamente asocié que se habría separado de su esposo.

–Sí –me dijo–, estuve más de quince años tomando coraje para hacerlo. Me separé, me divorcié y me mudé hace dos meses. Dejé mi amada casa (que extraño mucho), mi enorme cocina, ¿se acuerda que siempre se la mencionaba?, la perra de mi hijo que cuidaba como propia, el barrio donde estuve tantos años, y sobre todo una pareja con la que ya era imposible vivir.

–Mirá cuántas decisiones intensas. Te debe haber costado mucho.

–Mis hijos y mi familia (mamá y mis dos hermanas) me alentaron a hacerlo, porque mi esposo se había vuelto muy violento –agregó.

–¡Cuántos cambios! –dije–. Esposo, casa, hijos, perra, barrio, todo atrás y a vivir sola, ¡vaya valentía!

Realmente me sorprendió su respuesta.

–No, sola no. Mi hijo mayor ya es independiente, gana bien y hace como dos años que se quiso ir a vivir solo. Un poco para no escuchar más las discusiones que teníamos el padre y yo. El más chico, que tiene 20 años, se quedó con el padre, y yo me fui con una nueva pareja que tengo desde hace más o menos un año y medio. Mañana salgo de licencia por veinte días y en febrero nos vamos a un crucero por el Caribe –terminó de explicar.

La conversación siguió más doméstica porque me preguntó dónde hago mis compras

para la casa: comida, artículos de limpieza, remedios, etc. Claro, el amor tiene que vivir dentro de un contexto de realidad, seguramente. De todas formas, para lo reservada que es esta señora, ya me había contado demasiado. Estaba radiante, se había sacado de los hombros un peso de casi veinte años. Era como una adolescente entusiasmada con el nuevo amor, pero con la ventaja de sus 56 años de experiencia en esta Tierra. Cada vez veo más personas mayores, maduras, realizadas profesionalmente, que apuestan al amor mientras que algunas otras se sienten de vuelta de la vida.

Como teníamos casi una hora por delante, mientras ella me daba un masaje, le pedí que me contara todo lo que quisiera, con los detalles que la reserva de su intimidad le permitiera.

–Me casé muy joven, con 24 años, muy enamorada. Él era un hombre brillante, inteligente, con un oficio que todo el mundo requería. Ganaba muy buen dinero. Tardé mucho en quedar embarazada. Probamos algunos tratamientos, que por cierto me hicieron sufrir bastante y, cuando habíamos desistido, nació Gonzalo. Un bebé grande, hermoso.

–¿Tú ya trabajabas?

–No, ya había estudiado en UTU, pero no había ejercido nunca. Mi esposo, como ganaba bien, quería que no hiciera nada, que cuidara al bebé y me ocupara de la casa. Creo que ese fue mi primer error. Aceptar ser la esclava de la casa. Sé que muchas mujeres lo hacen y son felices, pero yo pasé cada día deseando trabajar y protestando interiormente contra mi marido. Nunca le dije nada, porque después de casarnos conocí su verdadero carácter: si algo lo enojaba o contrariaba, levantaba los techos con sus gritos, de furioso que se ponía.

A los cuatro años nació Horacio, otro bebé grande y hermoso. Entonces decidí que no quería más hijos. El carácter de mi esposo empeoraba y yo iba teniéndole miedo. Me quedé con las ganas de tener una hija.

–Bueno, ya llegarán las nueras y, si son buenas muchachas, podrás disfrutarlas como las hijas que no tuviste. La relación entre nueras y suegras tiene mala prensa pero no siempre son malas ni egoístas. Hay chicas muy buenas que se convierten en verdaderas amigas o hijas de las suegras. A veces, tienen mejor relación que con sus propias madres. ¿Conocés el chiste que pregunta qué significa nuera? “Nu era para mi hijo”. La mía fue buenísima conmigo, y mi madre siempre me contó que le debía mucho a la madre de mi papá, porque siempre la acogió en la familia como a una verdadera hija.

–Cuando mi hijo menor tenía dos años, despidieron a mi esposo de su trabajo. Esta situación no solo le amargó su ya negativo carácter sino que mermó los ingresos del hogar. Por si fuera poco, tuvo que admitir que yo trabajara mientras él conseguía otro empleo. Fue demasiado para su personalidad machista: desempleado, sin ingresos fijos, permitiendo que su esposa trabajara, para lo cual se había negado sistemáticamente, con dos hijos chicos, encerrado todo el tiempo en casa.

–¿Y cómo lo superó? ¿Empezaste a trabajar en tu casa?

–Sí, al comienzo solo trabajé en casa. Me armé un gabinete con todo lo necesario.

No tenía plata para gastar en acondicionarlo, pero una amiga que acababa de jubilarse me regaló la camilla y algunos aparatos. Además, podía estar con él y controlar a mis hijos que estaban en una edad de pura exploración de la casa y de la vida familiar. Tocaban todo, rompían mucho y el mayor, Gonzalo, había empezado a imitar al padre en sus ataques de furia. Con cualquier contrariedad se empacaba, se ponía serio y lloraba de rabia, tiraba los juguetes y a su pobre hermano le daba cada paliza que teníamos que separarlos. Como verá, mi casa era un caos.

–Luego vino el trabajo fuera de tu casa, supongo.

–Sí, mi mejor publicidad fue el boca a boca. Mis clientas me recomendaban a sus amigas y algunas comenzaron a pedirme que fuera a sus casas. Otro gasto, porque tuve que comprar una camilla portátil y cargarla en el ómnibus porque la cosa no estaba como para ir en taxi.

–¿Tu esposo lo tomó bien?

–¡Qué va! Como no podía evitarlo porque yo era el sostén de la casa, comenzó a beber. La poca plata que le daban mensualmente por el despido, que le pagaron en cuotas, la gastaba en bebida. Mi vida personal iba de mal en peor; la profesional no podía ir mejor. Mi madre, que es una santa, me ayudaba con algo de dinero si precisábamos, y además llevaba e iba a buscar a los nenes a la escuela. Por lo menos de eso me podía desentender. Así siguió la vida por ocho años: yo iba de acá para allá, los niños crecían, mi madre me ayudaba y él buscaba trabajo los domingos en *El Gallito*, se presentaba en algunos lugares los lunes, esperaba la llamada de la empresa los martes y se sumía en el alcohol a partir del miércoles, dando por muerta toda esperanza de volver a trabajar. Yo me iba cansando y él no lo notaba.

–Hasta que...

–Hasta que lo llamaron de una empresa cuyo dueño era el esposo de una paciente mía. Casi sin querer, le comenté por lo que estaba pasando; porque vio que yo no soy de contar. Ahora le estoy haciendo esta historia porque usted me lo pidió. Enseguida, la señora llamó a su esposo y le dijo que recibiera al mío, que era un buen operario justamente de la especialidad que estaban buscando. Yo tocaba el cielo con las manos. Fin de todas las penurias, pensé. Sobre todo del ocio y el alcohol, que me tenían tan agobiada y que eran un pésimo ejemplo para mis hijos.

Al mayor tuvimos que llevarlo al psicólogo, para que le enseñara a manejar su ira. El psicólogo nos llamó a todos y cuando preguntó a quién estaba imitando mi hijo, mi marido se hizo el desentendido. Tuve que ser yo quien lo acusara, lamentablemente. Hicimos algunos meses de terapia familiar. Tuve que adaptar mis horarios y dejar algunas horas libres para ir a la sesión con él. Por suerte era sin costo, porque formaba parte del programa del Cief, que es un centro donde forman a terapeutas familiares que precisan hacer práctica supervisados por los profesores. Gracias a Dios, la vida en casa se fue acomodando. Mi madre cuidaba de mis hijos cuando no estábamos en casa, yo trabajaba mucho pero ganaba bien, y mi esposo con su nuevo trabajo había cambiado bastante su carácter, empezó a tomar mucho menos y la fuimos llevando bastante bien. Hasta recuperamos la vida íntima, porque yo me había ido a dormir al cuarto de los nenes en el

momento de mayor crisis. No lo soportaba cerca y el olor a alcohol me tenía harta.

–Algo grave debe de haber pasado después, si me decís que pasaste tantos años juntando coraje para separarte.

–Pasamos unos tres años bastante buenos. Fuimos todos a las Cataratas del Iguazú, a Florianópolis, y todos los veranos alquilábamos una casita en la Barra del Chuy porque adoro la tranquilidad de esa playa.

–Hasta que un día...

–Hasta que un día no, porque no fue de un día para el otro, me llevó meses caer en la cuenta de que mi marido tenía otra mujer. Pero no una aventura casual, lo cual tampoco me hubiera hecho feliz, pero lo hubiera perdonado con menos dificultad. Desde jovencita pienso que las traiciones afectivas, las estafas emocionales entre parejas se dan porque los dos caen en descuidos personales y del dúo, que no es culpa de uno solo. Ahora las salidas ocasionales, los “*touch and go*”, se olvidan cuando terminan de ducharse. Todo se va con un buen baño: desaparecen los rastros de perfume y los olores personales. Esto siempre pensé que se puede perdonar fácilmente. Lo que no se puede perdonar, por lo menos al principio, porque el ego no lo permite, es la risa compartida, los comentarios cómplices, las idas y venidas juntos a trabajar, las comidas acompañados y las reuniones de trabajo más allá de la medianoche.

–¿Cómo te diste cuenta?

–Porque –vio cómo son los hombres de bobos– empezó a bañarse antes de salir a trabajar (siempre lo hacía al llegar), a ponerse un buen perfume, caro, que él siempre rechazaba por superfluo, a comprarse ropa de marca y ¡hacer dieta! Mi esposo siempre fue de buen comer, tenía bastantes kilos de más y era una lucha inútil convencerlo para que adelgazara y cuidara su salud. Comenzó lentamente con estos cambios y a rechazarme íntimamente, como yo había hecho anteriormente. Tenía todos los indicios de una aventura, como dirían las revistas femeninas. Mi familia me incitaba a que lo siguiera o lo hiciera seguir, pero me parecía poco digno para mí. Así que dejé pasar como un año hasta que lo encaré directamente y le pregunté si tenía otra mujer.

–¿Te lo confesó?

–No, para nada. No solo lo negó, sino que se hizo el ofendido. Gritó, me insultó por mi falta de confianza. Y me levantó la mano, intentó golpearme en la cara. Ahí la que se puso furiosa fui yo y lo golpeé en la cabeza con un adorno de madera que tenía cerca. Pude haberlo matado, pero Dios estuvo de mi lado y fue solo un golpe que lo dejó medio atontado. Me fui de la habitación, tranquilicé a mis hijos y a mi madre, y otra vez a dormir en el cuarto de los niños. Como supuse que esto iría para largo, al día siguiente me mudé al altillo de la casa, que es muy amplio, y me armé un dormitorio allí.

–¿Y él siguió con su vida?

–Sí, claro. Cada vez llegaba más tarde hasta que empezó a no venir. Cuando, de casualidad, nos cruzábamos en la casa, ni me miraba, y si me hablaba era para insultar por lo bajo. Fue una guerra psicológica, le juro. Una vez me preguntó si el agua del calefón estaría caliente porque quería bañarse y le respondí que no creía porque yo acababa de hacerlo. Se puso furioso y de nuevo me arrinconó contra la pared, diciendo

de todo y tirándome del pelo. Bueno, eso fue suficiente. Cuando entró a ducharse fui a la comisaría a hacer la denuncia por violencia doméstica. Creo que los policías todavía se están riendo de mí. Me pidieron pruebas, querían ver moretones o lastimaduras, y yo no tenía, ya que tirar del pelo no deja marcas. Me dio la impresión de que si no corría sangre no me darían corte. Volví a mi casa muy decepcionada y con temor de que se enterara de mi frustrada denuncia, porque ahí sí que se pondría peor. No pasó nada. No se enteró nunca o nunca me lo comentó. Su conducta siguió igual pero ya no volví con él.

Vivíamos en la misma casa porque yo le pedía que se fuera y él no quería. Se ponía muy violento cada vez que se lo mencionaba o se lo decían mis hijos. No hubo caso, no se fue y la tirantez entre nosotros fue aumentando. Cuando me gritaba, me deseaba la muerte para poder quedarse en la casa; protestaba contra la justicia que siempre protege a la mujer, decía. Él no quería abandonar la casa, que era lo único que había conseguido tener. Yo estaba durmiendo incómoda, pero no me animaba a separarme. No me daban las fuerzas, trabajaba y trabajo todo el día y al terminar lo menos que quiero es pelear.

–Me dejás helada con la respuesta de la policía. Yo creí que las cosas hoy día eran distintas.

–Capaz que ahora que hay más difusión, que están las Mujeres de Negro que manifiestan en silencio todos los jueves en la explanada de la Intendencia, les pongan más interés. Pero en aquel momento, si no tenías herida de bala o arma blanca, cero estrés.

–Y luego apareció la motivación para irte de la casa.

–Sí, un día fui a la Feria del Libro porque una amiga presentaba un nuevo libro. Estaba lleno de gente. Mi amiga escribe dentro del género de “novela negra” que está tan de moda. Al terminar, compartimos un brindis mientras mi amiga firmaba textos. En esa montonera de gente, sin querer me di vuelta y con la copa de vino que tenía en la mano, bañé a un señor que estaba detrás de mí. La camisa muy limpiita que tenía le quedó toda manchada. Casi me muero de vergüenza. Él se rio, lo tomó muy bien, pero me dijo que solo me perdonaría si aceptaba salir con él alguna vez. La amiga con la que había ido me daba codazos para que aceptara. Yo tenía miedo, desde jovencita que no miraba a otro hombre que no fuera mi esposo, y con los líos que tenía con él, si encima lo provocaba podía llegar a matarme. El hombre estaba bien, era buen mozo y muy educado. Me pidió el teléfono y le di el celular, que lo tengo siempre encima. Se fue y al terminar la reunión, mi amiga Marisa, con la que había ido, se lo describió a la escritora y le preguntó si lo conocía.

–Sí, claro que lo conozco, es el hermano de mi mejor amiga. Hace dos años que se separó y vive solo. No tiene hijos y es empleado de una empresa privada.

–Es lo que me recetó el doctor, pensé, como decía siempre mi mamá. Así que cuando llamó decidí aceptar. Es el maravilloso hombre con el que ahora me largué a la aventura de vivir juntos.

–¿Tu esposo se enteró?

–No hasta que le dije que me iba. Él nunca había querido dejar la casa, porque

siempre fue muy materialista, y yo, si bien adoraba esa casa, pensé que mejor era dormir tranquila y no desaprovechar la segunda oportunidad que me mandaba Dios. Mientras fui conociendo a Edgardo, seguí durmiendo en el altillo y corriendo el riesgo de más golpes o amenazas. Yo quería que se fuera él, pero no hubo caso, y lo peor es que me acusaba a mí de que lo único que me importaba eran los ladrillos. Entonces comenzaron a intervenir mis hijos y mi madre y hermanas para convencerme de que dejara todo como estaba en la casa, hiciera mi valija y me fuera a vivir mi nuevo amor.

Edgardo es amoroso, tiene cuatro años más que yo, es divorciado sin hijos y trabaja bien. No le da para tirar manteca al techo pero como es muy mesurado, es de Tauro, administra muy bien su dinero y le da para todo. Así, el día que firmamos el contrato de alquiler por el apartamento cerca de donde usted vive, le dije a mi marido que me iba. Otro lío, otro griterío, pero esta vez no me importó.

El momento de decisión no fue fácil, entre la resolución de irme y la de dejar todo como estaba y bajar los brazos para resignarme a esa pobre vida, me pasó de todo por la mente. Mi madre me decía que ella no había criado una hija para que pasara por todo eso; mis hermanas y alguna amiga íntima me aconsejaban que me divorciara. Pero solo uno sabe cuándo es el momento justo.

Un fin de semana en que él se había ido para afuera –supongo que con su amante–, vino a visitarme una prima de Artigas, que hacía tiempo no veía. Estaba enterada de mis penurias, porque a veces le mandaba un *mail* contándole. Siempre tuvimos mucha afinidad y desde chicas somos confidentes.

Me acuerdo como si fuera hoy. Sentada en el *living* de mi casa, miró detenidamente cada adorno, cada cuadro, cada mueble, como haciendo un paneo con una filmadora y después me dijo:

“No estarás tan mal. No hay en esta casa una puta cosa que pueda hacerte quedar. Dentro de unos pocos meses, trabajadora como sos, podrás conseguir todo esto y más. Si te quedás, es porque no te sentís tan mal. Estás a punto de convertirte en una víctima que disfruta dando lástima. Mirá que es una línea muy fina, no la pases, por favor”.

Allí me cayó la ficha y me dije: me voy.

–¡Mirá qué historia! Y vos siempre luciendo bien, con una hermosa sonrisa para las pacientes.

–Ahh, sí. Las señoras que atiendo no vienen a escuchar mis problemas. Más bien me quieren contar los suyos. Parece mentira, pero apenas se acuestan empiezan a hablar, es como darle “*play*” a un aparato. No paran hasta que se termina el masaje. Mientras que yo estaba tan mal con mi esposo...

–Tu exesposo.

–Sí, aún no me acostumbro. Mientras que estaba tan mal, escuchaba cada historia simplota, insignificante, que al lado de la mía no daba para quejarse, y me mordía la lengua para no decir algo hiriente.

–Pero además de ir a vivir con este señor, ¿tuviste tiempo de divorciarte?

–Sí, porque yo fui criada con la creencia de que la mujer casada debe vivir con su esposo, y si se separa, y encima sale con otro, tiene que ser libre. Hoy día en que todas

las parejas se mezclan y hasta son *swingers*, parece ridícula mi posición, pero no puedo ser de otra manera. Además, estando mamá viva y que me apoyó tanto para que dejara la casa, no quería darle el disgusto de seguir casada. El divorcio lo empecé yo, claro, él tampoco quería gastar en el trámite. Él decía que estaba bien así, que la que quería irme era yo; que si fuera por él hasta se reconciliaría, así que hiciera todo lo que hubiera que hacer y gastara yo. Fue mala gente y necio hasta último momento. Por suerte, los divorcios de gente grande con hijos mayores ya son una pasadita. En un mes salió.

–No deja de sorprenderme la actitud de algunas personas, que aun frente a los hechos consumados no son capaces de ceder. Es que no tienen amor propio y la autoestima brilla por su ausencia. Una de las peores indignidades, creo, es mendigar amor o no querer terminar una relación cuando el otro no desea más nada. Si uno no quiere, dos no pueden, como dice el dicho. Lo he visto tantas veces; son capaces hasta de renunciar al trabajo o pedir que los saquen de planilla para no pagar pensión alimenticia a sus hijos. Otros van detrás de las que hasta ayer los amaron mendigando una caricia, una palabra, un mimo, un gesto de atención. En esto van casi parejos hombres y mujeres. Creo que son más las mujeres que mendigan amor, que van por la vida pidiendo que las quieran, que los hombres. Pero al que sale arrastrado no hay quien lo supere. Pero si no te quiere, asumilo. Es lógico que cueste, que se niegue a aceptar algo que no pidió ni quiso, pero si alguien te deja, apelá a la poca autoestima que te quede y decí adiós.

–Así que esta es la historia de mis últimos meses.

–Ya veo, muchos cambios. ¿Te sentís mejor ahora?

–Sí, estoy más tranquila y además estrenando amor una siempre está bien, pero extraño a mi hijo, a la perra y al barrio. Ese donde usted vive es muy lindo, muy *fashion*, pero yo en el otro conocía cada rincón. Tenía todos los comercios cerca y sabía dónde estaban los mejores precios; en este no conozco nada.

–Bueno, si querés te asesoro. Si querés comprar artículos de tocador tenés que ir...

El masaje y el relato habían llegado a su fin. Me vestí, pagué, agradecí y salí dejando atrás cualquier emoción negativa o dolorosa que me hubiera generado la historia.

Análisis aplicando Inteligencia Emocional

Palabras clave en esta historia:

- Amor
- Celos
- Violencia doméstica
- Buenas decisiones
- Tolerancia
- Empatía

- Volver a empezar
- Mente abierta
- Capacidad para enfrentar desafíos

Mechi fue capaz de abandonar a un marido violento. Venció los temores de la represalia. Hizo la denuncia policial correspondiente.

Si uno calla no solo es víctima, es cómplice. Su familia (hijos, hermanas y madre) la apoyó en todas sus decisiones, sin juzgar. Se animó a iniciar otra relación y a volver a confiar. Nunca demostró ante sus pacientes su estado de ánimo, que por mucho tiempo no fue bueno. Hoy día agradece la buena vida y se focaliza en lo que ganó más que en lo que perdió. Escuchó a las personas sensatas de su entorno. No se dejó manipular por su esposo. No perdió tiempo para hacer los trámites de divorcio. Cuando los lazos afectivos se rompen, están de más los legales. No dudó en abandonar todo bienestar material, para ir detrás de la paz y el equilibrio.

No hay edad para volver a sentir amor, ese sentimiento poderoso que mueve al mundo. Si bien esperó demasiados años conviviendo con alguien difícil, violento, celoso, negativo, nunca es tarde cuando se resuelve volver a vivir. Las opiniones y los juicios ajenos nada pueden perturbar a quien está seguro de lo que hace.

Cuando se trata a mucha gente con historias personales muy fuertes, la única manera de vivir sin contaminarse es ser empática, pero no tener lástima ni comprometerse con el dolor ajeno. Con la empatía uno trata de ponerse en los zapatos del otro, pero si se sensibiliza, se acongoja y hasta llora, no puede ayudar a nadie. Por el contrario, será otra carga.

TE ESPERÉ 25 AÑOS

María Teresa era una mujer normal, con una vida sencilla y gustos encuadrados en las costumbres sociales de su época y su edad. A sus treinta años, conoció en una fiesta a Darío. Ambos solteros, de la misma edad, quedaron flechados por un Cupido travieso que no tuvo en cuenta que Darío estaba de novio con Mirta. María Teresa y Darío habían ido al casamiento de un amigo de ambos, sin imaginar que sería el comienzo de una historia que los uniría por el resto de sus vidas. Todos vivían en La Habana, Cuba, y tenían el carácter de la mayoría de los cubanos: alegre, extrovertido. Eran gritones, exagerados, y en el fondo, felices. Darío tenía una imprenta que iba de mal en peor y María Teresa era enfermera.

En el casamiento, Darío –que había quedado impactado por la belleza y la alegría de María Teresa– la invitó a salir, ocultándole, por supuesto, que tenía novia desde hacía tres años.

–María Teresa, ¿quieres ir mañana de tardecita a tomar un helado?

–Bueno, sí, quiero.

–A las seis de la tarde te espero en la heladería Robelkis.

–Bueno, la conozco porque Belkis, esposa de Roberto, de donde surgió el nombre, fue compañera de escuela. Nos vemos allí.

A las seis en punto estaban ambos allí, expectantes, felices. Conversaron de trivialidades. Darío ocultó que estaba ennoviado, casi comprometido para casarse, y María Teresa no preguntó nada, por temor a saber. Quedaron de verse nuevamente y lo repitieron varias veces. La atracción primera que sintieron en el casamiento fue creciendo. No se preguntaban por amores pasados y a medida que pasaban las citas, ella descartaba que tuviera alguno presente. Los encuentros siempre eran en la misma zona, lejos del centro. Él llegaba en autobús y ella iba caminando, porque siempre eran cerca de su casa. Lo tomó como una galantería de parte de su amor y nunca sospechó que fuera para ocultarse de alguien. Se encontraban siempre de noche, cuando el sol se había ocultado, y la luz de las calles casi no iluminaba.

Un día, cuando consideró que la relación se había afianzado lo suficiente, María Teresa le dijo que quería presentarle a sus padres. Apegados a la familia, con conceptos estrictos sobre el papel de la mujer en las relaciones, sus padres ya habían preguntado en

varias ocasiones con quién se estaba viendo que nunca la venía a buscar a la casa. No les gustaba nada (y como expresa el dicho, ya sabían por sabios, por viejos, por zorros) que el “festejante de la nena” no viniera a su casa. De manera que comenzaron a insistir en conocerlo.

Acorralado, Darío no tuvo más remedio que aceptar y fue a conocerlos. Para las costumbres locales, esta visita era casi como un pedido de mano. Él no lo quería tomar así, pero María Teresa le gustaba lo suficiente como para arriesgarse a ir.

La visita fue común, como la de cualquier joven que va por primera vez a la casa de una aspirante a novia. La madre había preparado su especialidad culinaria, la casa lucía reluciente y estaba toda la familia presente: padres, hermanos, abuelos y hasta algún tío solterón que vivía con ellos. Darío pasó por la mirada de todos esos ojos, como quien pasa por un escáner; logró sortear la prueba y ganó el título de novio oficial. Para María Teresa fue estupendo, todo salió mejor de lo esperado. Pero para Darío la cosa se complicaba.

Pasaron unas semanas en las cuales ya no se encontraban por allí, sino que la iba a buscar a la puerta de la casa y a veces entraba y almorzaba con ellos. Realmente, estaba muy estresado porque esta doble vida, que él nunca pensó tener, ya le resultaba difícil de sostener. Confiadísimo en que el amor mutuo que se profesaban ya estaba bien cimentado, una tarde la llevó a pasear por el Malecón y le contó que tenía novia desde hacía más de tres años y que estaba comprometido para casarse. María Teresa quedó petrificada; no pudo argumentar una palabra. ¡Esto sí que no lo esperaba! Más que en su propia situación, lo primero que pensó fue en cómo se lo diría a su familia. Como quedó muda, Darío no hacía más que pedirle que le dijera algo, que lo insultara, que le pegara, pero que reaccionara. Ella solo dijo:

–Llévame a casa, por favor.

–¿Es lo único que vas a decir?

–Sí, estoy tan dolorida que preciso estar en casa, en la contención de mi hogar, aunque ellos no sepan nada. Cuando logre digerirlo, cuando mañana me despierte y me dé cuenta de que no fue una pesadilla, te llamaré y veremos cómo lo encaramos. Por ahora estoy tan dolorida que no puedo pensar.

Darío la dejó en su casa y se volvió, desconcertado. Esta reacción era peor que si le hubiera dado una cachetada o gritado insultos en el medio de la calle. Ahora había que esperar y no contaba con esta salida.

Pasó un mes. María Teresa dijo en su casa que Darío había viajado con su familia y por eso no se veían. Se dio cuenta de que había comenzado a mentir por él y que esto no tendría vuelta atrás. Al trigésimo tercer día lo llamó, con la misma voz acaramelada de siempre. Él la atendió sorprendido, alegre y aliviado. Aun sin saber cuál sería la decisión de ella, el que lo hubiera llamado terminaría con la angustia en la que estaba sumido desde hacía más de un mes.

–¿Podemos vernos en la heladería del primer encuentro?

–Sí, claro, mi reina. No sabes lo que he esperado este momento, aunque no tenía la certeza de que sucediera. Nos vemos allí. ¿Qué les dijiste a tus padres de por qué no fui

en este mes a tu casa?

–Ahora no importa, cuando nos veamos te cuento.

Puntuales, como habían sido siempre, se encontraron a la hora combinada. Él estaba más buen mozo que nunca, y ella se había vestido y arreglado con esmero. El diálogo, al comienzo, fue tenso y despojado de aquella dulzura de antes.

–Vine a decirte que no entiendo por qué me ocultaste un hecho tan importante, que no comprendo por qué aceptaste que te presentara a mis padres y que a esta altura no me importa. Ahora sí, te perdono porque en este mes me he dado cuenta de que te amo más de lo que creía, puedo recomenzar el noviazgo donde lo dejamos, pero tienes que dejar inmediatamente a tu otra novia, y no me interesa el tiempo que haga que estás con ella ni la clase de compromiso que tengas con la joven y su familia. Si quieres seguir conmigo, deberás aceptar esta condición.

–De mil amores lo haría, pero no puedo. Si fuera tan fácil, la hubiera dejado cuando vi que nuestra relación comenzaba a ser seria y estable.

–¿Por qué no puedes? ¿Qué nueva mentira me dirás ahora?

–No es ninguna mentira. No puedo porque Eva, mi novia, está muy enferma. No puedo hacerle esto ahora porque se agravaría.

–¿Enferma? ¿Grave? ¿Qué tiene?

–Tiene leucemia y le han hecho varios trasplantes de médula para mejorarla, y por ahora pasa períodos muy bien y otros muy mal. Todos tenemos la esperanza de que lo supere, y ya no queda Santo al que no le hayamos hecho promesas. Está en manos de Dios, pero como ves, no puedo decirle que no me casaré, que la dejo justamente ahora porque me enamoré de otra joven.

–Pero es que debiste pensarlo antes, cuando comenzaste a enamorarme, cuando fuiste a conocer a mis padres. ¿Cómo pudiste hacer esta doble vida, casi un año?

–¡Ni yo sé cómo pude! El tiempo fue pasando y me hice un experto en mentiras y excusas para ti y para ella. Llegó un momento que no recordaba qué le había dicho a cada una. Pero ahora la situación es como te la cuento. No puedo dejarla, pero tampoco quiero perderte. Hace años que lo que siento por ella cambió, es ya como una costumbre, como una obligación porque está enferma.

–Siendo así, te acepto aunque no la dejes, pero tienes que prometerme que después de casarte, en cuanto se mejore, te divorcias y te casas conmigo. Si fallece, más rápido que ligero te casarás conmigo. Yo me encargaré de hablar con mi familia.

Darío se casó con Eva en un período de franca mejoría. María Teresa seguía cumpliendo su papel de amante en silencio y no sin dolor. Pero respetó su promesa esperando que él cumpliera la suya. Eva fue mejorando y quedó embarazada. María Teresa también se embarazó en la misma época. Darío fue padre de una niña a la que pudo darle su nombre y de un varón que no pudo reconocer porque nació fuera de su matrimonio. Todos siguieron su vida casi con normalidad. Se habían acostumbrado a ese tipo de existencia: con secretos, con mentiras, con amores compartidos.

Los únicos que estaban ajenos a todo eran Eva y su hija Evangelina. Cada vez que Darío quería contarles la otra parte de la historia, Eva empeoraba. María Teresa se

estaba cansando, pero siempre que quería bajar los brazos pensaba en el amor de su vida y en el hijo que tenía con él.

La vida en Cuba se había hecho difícil económicamente para Darío, porque tenía que mantener dos casas, dos familias, dos hijos, dos mujeres; contándolo a él eran cinco personas que vivían de su salario. Le escribió a un primo que tenía en Miami, casi la segunda capital de Cuba, para que lo pidiera como familiar. Ese ingreso al país norteamericano costaba muchos dólares pero Darío los conseguiría de debajo de la tierra, si fuera preciso; necesitaba emigrar, trabajar y ganar mejor para mantener a tanta gente que dependía de él. Los hijos, cada uno en su casa, fueron creciendo y se hicieron unos lindos preadolescentes: educados y estudiosos. A los seis meses, Darío y su familia legal viajaron a conquistar nuevos horizontes en Miami. María Teresa y Jorge Luis quedaron en La Habana recibiendo las mesadas puntuales que enviaba Darío.

El dinero no alcanzaba, y María Teresa, en una conversación telefónica con Darío le comentó que se uniría a Afranio, un hombre algo mayor que ella que estaba dispuesto a apoyarla y ayudarle a criar a su hijo. Jorge Luis, por primera vez, supo lo que era vivir con una figura masculina que hiciera las veces de padre, y ella se sintió protegida, aunque no dejaba de pensar y comunicarse con el amor de su vida, como ella lo llamaba.

Así pasaron cinco años. La situación se mantuvo incambiada: cada uno con su vida y los chicos creciendo. Siendo pequeño, muchísimo antes de que Darío emigrara, María Teresa le había contado a Jorge Luis quién era su padre. Cuando trajeron a Afranio a vivir con ellos, su cabecita quedó algo confundida, pero amaba y tenía mucha fe en su madre y lo que ella hiciera estaba bien. Hablaba con el progenitor de vez en cuando y comenzó a amar como padre al compañero de su madre. Sin embargo, los gastos personales de Jorge Luis los seguía cubriendo Darío, quien hablaba diariamente con su amor, María Teresa.

Un buen día, Darío les comunicó que estaba haciendo los trámites para llevarse a Miami a su familia paralela que había quedado en Cuba. María Teresa se lo dijo a su hijo; a Afranio le agradeció todo el tiempo compartido, las atenciones recibidas, hizo sus maletas y se fue con su hijo a encontrarse con su amor. Eva estaba mal pero tenía sus recuperaciones milagrosas, cada vez que se estaba por enterar de la verdad. Todos estaban convencidos de que ella era más viva que todos, y que sabía desde hacía tiempo la realidad pero miraba para el costado, porque no quería vivir sus últimos años sola con su hija y divorciada. Era muy católica y ni la religión se lo permitiría.

Darío consiguió una casa relativamente cerca de la suya para María Teresa y Jorge Luis, un trabajo para su amor, lo cual no fue difícil porque las enfermeras son siempre bien recibidas en cualquier parte del mundo. Los hijos de las dos parejas nunca se conocieron, hasta que Eva falleció.

Habían transcurrido veinticinco años desde aquel primer encuentro en el casamiento. Idas, venidas, emigraciones, nuevas casas, nuevos trabajos, la misma vida. No habían cremado todavía a Eva, porque ella había pedido que lo hicieran, cuando María Teresa comenzó a exigir que se casara con ella y cumpliera el pacto que habían hecho, mucho tiempo atrás. Darío, dispuesto a hacerlo, le pidió tres meses para acomodarse a la vida de

viudo y hablar con su hija, que algo sospechaba, pero nunca habían tenido la franca conversación necesaria en estos casos.

Darío cumplió con su trato al pie de la letra; se lo dijo a su hija y preparó todos los documentos precisos para el segundo matrimonio de su vida. Luego de veinticinco años podría dormir y despertar al lado de la mujer que no había dejado de amar ni un momento. Su hija lo tomó con mucha ira y se negó a conocerla. Tampoco quiso saber de su medio hermano que tenía su misma edad.

El mayor conflicto lo planteó Jorge Luis, que se opuso todo lo que pudo a que su madre se casara con su padre (a quien no reconocía como tal) porque sería abandonar al hombre que lo había cuidado: Afranio.

–Padre no es quien te engendra, sino quien te cuida, te ama, te protege y el único que lo ha hecho es Afranio. A ese señor, que dices es mi padre, ni lo conozco, solo he hablado con él algunas veces por teléfono.

–No digas eso, hijo. Antes de que se fuera a Miami salimos a pasear con él en muchas ocasiones y toda tu educación y tu mantenimiento fueron provistos por el dinero que él nunca nos dejó faltar. A pesar de las dificultades, nunca dejó de mandar la mesada.

–No importa, no me interesa ese hombre y no consentiré que te cases con él nunca. Mi padre quedó en Cuba y en cualquier momento me vuelvo con él.

–¿Cómo puedes hablar así, mi hijito? ¿Irte de acá con las posibilidades que tienes por delante? Yo me casaré con él, lo apruebes tú o no. Preferiría que estuvieras de acuerdo, pero si no, mala suerte.

Fue inútil que María Teresa le explicara que todo el dinero para su educación había sido enviado por Darío, su padre biológico. No quiso escuchar que para ella era el amor de su vida, que lo había esperado veinticinco años y que nadie podría impedir que se casara con él. No entendió que Afranio siempre supo que no lo amaba, que su hombre fue siempre Darío.

No hubo caso. Darío y María Teresa finalmente se unieron en matrimonio en una ceremonia sencilla en la que oficiaron como testigos los primos de Darío que lo habían ayudado a emigrar, y en la que hubo dos ausencias que causaron dolor: Jorge Luis y Evangelina.

Los contrayentes pensaban que si fueron capaces de soportar tanta angustia, estrés, separaciones, emigraciones, nuevos trabajos, nuevas vidas, nada les impediría casarse y vivir felices. Los hijos, ya unos jóvenes dueños de sus decisiones, que actuaran como su conciencia les indicara. Quizá, algún día, cambiaran de idea.

Análisis aplicando Inteligencia Emocional

Palabras clave en esta historia:

- Amor
- Esperanza
- Desamor
- Dejar pasar la vida
- Falta de compromiso
- Estafa emocional
- Autoestima
- Amor a uno mismo
- Empatía
- Falta de empatía
- Resentimiento
- Perdón

Sin caer en juicios, porque nadie tiene la verdad revelada aunque su ego le diga que sí, esperar veinticinco años a una pareja para formar una familia resulta demasiado. En mis clases conocí a una señora que esperó, infructuosamente, treinta y siete años. Una vida: comienzan jóvenes, uno de los dos se casa con otra persona, esgrime poderosos argumentos para no separarse, tiene hijos con su pareja legal, crecen, le dan nietos y aún sigue casado. Envejecen con la ilusión de juntarse. Dejan pasar la vida, esperando.

Cuando se escuchan este tipo de historias, primero se piensa en quien espera un desenlace a su favor, pero ¿quién piensa en la otra persona de la pareja? Aquella que está primero y que otra quiere arrebatar. Sí, puede decirse que es cómoda, que seguramente sabe y hace como que ignora, porque no se puede engañar tanto tiempo, siempre algún detalle se desliza. No hay peor ciego que el que no quiere ver. Algunas personas, mujeres en su mayoría, prefieren mirar para el costado antes que reconocer que están siendo estafadas emocionalmente, engañadas, como se dice comúnmente. Si lo reconocen tienen que tomar una decisión: o se apartan de su pareja o perdonan y hacen como que por aquí no pasa nada. En el primer caso, hay que abandonar la vida cómoda, sostenida, rutinaria, socialmente aceptada, la economía compartida en muchos casos o el ser mantenida por la pareja en muchos otros. Hay que ser valiente para no poner excusas y cortar con toda relación que imponga un plano principal pero compartido. Los hijos son chicos, tengo que criarlos, pagar todos sus gastos, no trabajo, no tengo edad para empezar a trabajar, no sé hacer nada, cómo lo tomarán mis padres, qué dirán mis amistades son planteos que se hace quien se ve enfrentada a un engaño amoroso. Algunas deciden apartarse de la causa de infelicidad y otras continuar al lado del infiel.

¿Y qué decir de quien entra en la vida de alguien que ya tiene una pareja estable? Comparte los sentimientos, siente celos, quiere exclusividad pero llegó tarde. Se plantea por qué será como es. En algunos casos, una vez que no puede desunir a la pareja, se va por donde vino; pero hay ocasiones en que se empecina en destruir lo que algunos construyeron. El ego le indica que es mejor, y toma cualquier decisión de la otra parte que no la favorezca como un desaire y, en lugar de apartarse, parece que adquiere más energía negativa. Ninguna pareja ni amor de clase alguna pueden basar su felicidad en la

desdicha de otra persona. Si esos son los cimientos, no se sorprendan si se cae el edificio.

El tercer personaje en este tipo de amoríos es el o la infiel. ¿Qué podemos decir de quien vive las dos relaciones con total naturalidad, usando de cada una lo que le sirve? De su pareja estable toma el hogar, los hijos, el aspecto social, y de la ocasional (en algunos casos con vocación de estable) rescata la pasión, lo prohibido, lo secreto que parece estimular el amor, el espíritu de aventura, en algunos casos la juventud. Generalmente, se niega a convertir ese vínculo en estable, porque pasaría a tener los defectos que le encuentra al actual: rutina, intereses económicos, pantalla social, compromiso con los hijos, compras, vacaciones obligadas, entre tantos otros.

Las tres puntas de estas relaciones, en algunos casos enfermas, lo viven y sufren desde diferentes posiciones, pero nadie es enteramente feliz: uno porque quiere entrar, otro porque no quiere salir y el tercero porque vive de situación estresante en situación estresante. Debe mentir tanto que se olvida de qué le dijo a cada una. Hay que tener buena memoria para vivir en la mentira. Hay que ocultarse, frecuentar lugares distintos a los que habitualmente va con su pareja estable. Es un trabajo a tiempo completo sin fines de semana ni feriados. Si las cosas no se resuelven a tiempo, la pareja estable termina lastimada, la tercera decepcionada y el culpable infartado.

En esta historia, una mujer esperó veinticinco años a que su hombre, el amor de su vida, se separara de su novia primero y esposa después. Nunca lo logró, tuvo que morir la esposa legítima para que el hombre se viera en la situación de decidir. ¿Le quedaba algún otro remedio que elegir a la amante para formar otra pareja estable? Él había sido constante con ambas, porque alguien que tiene una relación paralela un cuarto de siglo ya no está viviendo una aventura, sino un vínculo tan fijo o más que el que lo une a su pareja legal.

Imagino cómo se sentiría mi alumna que estuvo treinta y siete años esperando. Debo aclarar que vino unas pocas clases porque en cuanto comenzamos a hablar de autoestima, amor a uno mismo, toma de decisiones y aceptar las consecuencias, se creó una excusa que le impidió seguir concurrendo. Ella ya sabía todo lo que había estado viviendo, soportando, o eludiendo. No precisaba que alguien le hiciera ver que su falta de autoestima y de amor por sí misma era grave, porque ya lo tenía bien claro.

En la presente historia y en la de mi alumna, las mujeres se conformaron con que su hombre les diera un poco de su tiempo, siempre después de cumplir con su familia legal. Siempre vivieron postergadas. La diferencia es que en la historia, la segunda pareja tuvo un hijo y finalmente se quedaron juntos.

En los casos en que las dos parejas se viven de forma simultánea, lo que se evidencia más fácilmente es la falta de autoestima. La tercera en discordia no tiene seguridad, confianza, y cree que no merece una pareja entera. Se conforma con las “sobras” que le da el otro: tiempo, amor, viajes, amigos en común. Lo que desconoce también es el amor por sí misma. No solo no se respeta sino que no se ama.

Quien sabe que vale y se quiere con responsabilidad (véase capítulo de nociones de Inteligencia Emocional) no puede tolerar que lo amen a medias y reconoce que merece una relación a tiempo completo. La persona que inicia dos relaciones paralelas cree que

merece todo el amor que estas dos personas le dan, tiene un ego enorme que lo avala, pero en el fondo es muy débil, tampoco tiene autoestima. Quiere jugar con las dos, por lo cual tampoco conoce el concepto de amor al prójimo. Suelen ser egoístas que no ven más allá de su nariz, y todo lo que se oponga a su voluntad debe ser ignorado. No tienen en cuenta los sentimientos ajenos, más en casos como el de esta historia, en que el hombre tenía hijos con ambas mujeres y ¡de la misma edad!

¡DEJAME IR AL BAILE, POR FAVOR!

Inés tenía 22 años y Carlos Alberto 24. El destino los unió para siempre cuando se conocieron en un baile. Ella, de familia humilde, vivía en un barrio apartado de la ciudad; él era de familia acomodada y vivía en la Ciudad Vieja de Montevideo, un lugar “paquete” para el comienzo de los años veinte. Ella era la menor de cinco hermanos, él era el menor de seis. Él era egresado de la Escuela de Artes y Oficios (UTU); ella apenas tenía primaria completa porque el trabajo la había llamado desde muy jovencita.

–Mamá, quiero ir al baile, dejame por favor.

–¡Pero cómo se te ocurre! No tenemos a nadie que te acompañe y yo no puedo ir.

–Me acompaña la madrina; decíle, por favor, que quiero ir. Nunca me dejan salir a ningún lado. Vivo trabajando, si no es por mis hermanos varones que a veces me acompañan a pasear, estaría siempre acá metida.

–No insistas, tus hermanos tampoco pueden acompañarte.

–Quiero ir. Por favor, habla con la madrina, ella seguro que me acompaña.

–Está bien, le hablaré pero solo podés ir una hora. Ella madruga mucho y no puede acostarse tarde para llevarte a vos al baile.

Que a los veintidós años Inés tuviera que insistir tanto para que la dejaran ir al baile, y que solo la autorizaran si alguien la acompañaba, suena extraño. Pero así eran las costumbres a principios de los años veinte. Inés logró ir con Aurelia, su madrina, solo de diez a once. Se llevaba a cabo en los salones del club social de la Curva de Maroñas.

Carlos Alberto fue acompañando, no muy convencido, a un amigo que se había enamorado de una chica de esas intermediaciones. Conforme llegaron, su amigo vio a la enamorada y disculpándose desapareció casi hasta la hora de retirarse.

Inés tenía que aprovechar el poco tiempo de que disponía, así que apenas llegó y se sentó con su madrina en una de las mesas dispuestas alrededor de la pista, hizo un paneo lento y detallado de cada uno de los caballeros presentes. Un morocho de bigotes, de mediana estatura, elegantemente vestido y casi perdiendo el cabello a pesar de ser joven, capturó su atención. En esa época, podía el hombre hacer un gesto con la cabeza

(cabecear, se decía) apuntando a la elegida y si ella quería le respondía con otro gesto o una sonrisa, y pocos minutos después estaban danzando en la pista. Carlos Alberto era muy educado, de muy buena familia; estaba acostumbrado a caminar hacia la dama y pedirle permiso para bailar con ella, o para que le concediera ese baile, como se decía, mirándola a los ojos. Así hizo: atravesó el salón sin ninguna vergüenza y sonriéndole primero a la madrina de Inés, le pidió si le “concedía esa pieza”. En el aire sonaba un tango y ambos eran expertos en esa danza. Se tomaron para iniciar el baile y fue como si lo hubieran ensayado toda la vida. Ella, de pequeña estatura y delgada figura, parecía casi una muñequita, como diría él después. Bailaron la hora de que Inés disponía y luego la madrina comenzó a hacerle señas para que se fueran. La joven se hacía la desentendida, porque sabía que su madrina no pasaría la vergüenza de ir a buscarla a la pista.

–La señora que la acompaña está desesperada haciendo gestos, creo que tendríamos que acercarnos.

–Es que me tengo que ir. Solo me dieron permiso por una hora y ya pasó. Es mi madrina, es muy buena y me acompañó, pero tiene que madrugar y se quiere ir a descansar.

–Bueno, si lo prometió, tiene que irse.

–Sí, pero es que no quiero. Lo estoy pasando bien.

–Yo también, pero no me gustaría que la reprendieran por mí. Vamos, por favor, o a su madrina le dará algo.

–Está bien, vamos.

Llegaron a la mesa donde estaba Aurelia, se saludaron y ella, muy cómplice, salió unos pasos adelante para que ellos combinaran algo.

–El sábado que viene la espero acá.

–No sé si podré venir. Hoy fue todo un problema para que me dejaran.

–Pero si le dice a sus padres que alguien la va a estar esperando, capaz que la dejan venir.

–Justamente será lo contrario. Tengo dos hermanos muy celosos, mayores que yo. Si les comento, no podré venir, seguramente. Tengo que contar con la complicidad de mi madrina y si ella dice de venir, podré.

–Bueno, lo dejo en sus manos. La espero.

Inés alcanzó a su madrina y juntas fueron a la parada del ómnibus, que estaba por pasar y si lo perdían a esa hora el próximo demoraría como cuarenta minutos. Estaba tan contenta que se movía como nerviosa; la madrina, que era una mujer relativamente joven aunque bastante mayor que ella, enseguida entendió lo que había ocurrido y casi como sin querer le preguntó cómo lo había pasado. La joven le contó todo, con lujo de detalles. Era a la única que se lo contaría, después de todo, así que tenía que aprovechar.

–No le digas a mamá que bailé toda la hora con el mismo. No le va a gustar nada.

–No le diré, pero me parece que lo pasaste muy bien, ¿no?

–Sí, me encantó, es todo un caballero. Vive en la Ciudad Vieja, es un hombre fino. Me gustaron mucho sus manos y la delicadeza con que me trató.

–¿Y qué hacía tan lejos de su barrio?

–Vino a acompañar a un amigo que es el festejante de una joven del barrio nuestro.

–¿Qué te dijo? ¿Quedaron en algo?

–Sí, dijo que me espera acá la semana próxima. ¿Cómo haremos para que mamá me deje venir?

–No te preocupes. Yo le diré que me gustó un hombre que me invitó a bailar y con las ganas que tiene ella de que me comprometa con alguien, aceptará encantada. Ahí te pregunto si me querés acompañar, te recuerdo que hoy te hice el favor yo de venir y listo, nos venimos.

–¡Sos genial! Siempre estás para apoyarnos a mis hermanas y a mí. Sos muy solidaria y te queremos mucho.

Aurelia nunca se había casado. Había tenido un novio pero hacía como diez años que había fallecido de un infarto repentinamente y ella, que era prima de Josefa, la mamá de Inés, se había refugiado en esta familia.

A la semana siguiente, todo fue más fácil porque hicieron como Aurelia había indicado. Salieron muy arregladas, con sus mejores galas, al baile del club nuevamente. Apenas entraron, Inés percibió que en el extremo del salón estaba Carlos Alberto con su amigo. Elegante y educado como lo recordaba, atravesó el salón nuevamente y la invitó a bailar. Recompensada por su buena acción, a Aurelia también la invitó, cabeceando, un hombre aproximadamente de su edad. Tuvieron alguna dificultad para entenderse bailando pero pronto ella se acomodó a su ritmo, no fuera a ser cosa que el caballero desistiera.

Inés bailó con Carlos Alberto mucho más tiempo que la semana anterior. Aurelia estaba tan entusiasmada que ni reparaba en qué hora era. Tangos, milongas, pasodobles y hasta algún *foxtrot* hicieron que los jóvenes se destacaran en la pista. Cuando pasaban algún bolero, se sentaban para descansar un poco. Era una música demasiado lenta e invitaba al abrazo. Él no quería comprometerla.

–¿Qué suerte que pudo venir!

–Sí, gracias a mi madrina, que dijo que era ella la que quería venir.

–¿Dónde aprendió a bailar tan bien? ¿Fue a alguna academia?

–No, qué va, son muy caras. Aprendí con mi hermano mayor, que me lleva quince años y es muy buen bailarín. En mi casa se suelen hacer reuniones bailables. Nos juntamos con la familia y algunos vecinos, cada uno lleva algo y pasamos las horas muy divertidos sanamente. Pero usted no se queda atrás, ¿dónde aprendió?

–Yo fui a la Academia de Piero Golfini, ¿la conoce?

–Sí, he oído hablar.

–Fui con uno de mis hermanos, que es muy tímido. Tenía que viajar a Europa por trabajo y aprendió a bailar por si lo invitaban. No quería ser descortés y se moría de vergüenza de decir que no sabía hacerlo.

–¿Y le sirvió? ¿Lo invitaron a algún baile?

–Sí, tan bien le fue que se ennovió con la hija del dueño de la empresa donde fue a aprender una especialización de su oficio y se casaron allá. Ahora vive en Nápoles. Hace como tres años que no lo vemos. Yo siempre tengo ganas de ir, pero cuando tengo

tiempo no tengo el dinero y a la inversa.

–¡Con razón baila tan bien! Es teoría y práctica de academia.

La noche fue pasando y estos bailarines ni se dieron cuenta, tan enfrascados en la conversación y tan concentrados en el baile estaban. Antes de que Aurelia comenzara a hacer gestos para irse, Carlos Alberto le dijo a Inés que quería volver a verla.

Lo que más le atraía de Inés era esa suerte de candidez que tenía. Las mujeres que él estaba acostumbrado a frecuentar eran más sueltas, casi desfachatadas.

Ella no sabía si podría volver al baile y además él no quería esperar una semana. Le pidió la dirección, ella se la dio y él le dijo que la encontraría a las siete de la tarde en la esquina de su casa. Ni lo pensaron dos veces y así quedaron.

Aurelia también terminó muy feliz la noche, porque el caballero con el que bailó también le dijo de verla nuevamente. Pero como ella era mayor podría verlo, sin despertar sospechas ni parecer una mujer fácil, en una confitería del centro de la ciudad.

Cuando Carlos Alberto comentó en su casa que había conocido a una joven en el club social de la Curva de Maroñas, sus hermanas casi se desmayan y su madre puso el grito en el cielo. En esa época, las personas hacían muchas diferencias entre las clases sociales y ciertamente Inés no tenía la misma condición que él.

–¿Dónde la conociste? –preguntó la madre a Carlos Alberto.

–En el club social de la Curva de Maroñas.

–¿Y qué hacías por allá? ¡Mirá que te fuiste lejos!

–Fui a acompañar a Rubén, que quería ver a una compañera de trabajo fuera de su ambiente. Estuvo bueno. Ya fui dos veces hasta allá y el sábado de tardecita quedé de ver a Inés en la esquina de su casa.

–¿Hasta allá vas a ir? ¿Solo? Pedile el auto a tu padre, así no volvés tarde y demorás menos en regresar.

Carlos Alberto le pidió el auto a su padre. Una hora antes de la combinada, salió de su casa hacia la de Inés. Era lejos y dio varias vueltas antes de llegar, porque se perdió. Fue verla llegando a la esquina, de la mano de una nena y sintió que todo el periplo había valido la pena. Inés le contó que la nena era una sobrina, hija de una hermana que vivía con su esposo en la casa paterna. Hablaron media hora, mientras la nena se aburría y se soltaba de la mano de Inés y ella la corría hasta traerla de vuelta.

La próxima cita sería la semana siguiente en una confitería que quedaba en el centro, muy lejos de la casa de Inés. Otra vez, la lucha para que la dejaran ir y que alguien quisiera acompañarla. Nuevamente Aurelia al rescate, dijo que se encontraría con su “festejante”, lo cual fue verdad, y que aprovecharía para llevar a Inés.

Pasaron una tarde preciosa. Luego de tomar el té, salieron los cuatro a caminar por la plaza Libertad. Como Carlos Alberto no había conseguido el auto, los cuatro tomaron el ómnibus que los llevaría a la casa de las damas. Cuarenta minutos de viaje. Se bajaron todos y se despidieron con un beso en la mejilla las parejas y dándose la mano, rigurosamente, los demás. Así se sucedieron las citas: algunas veces ellos solos acompañados de la nena o algún otro sobrino jovencito, o los cuatro, si era para volver más tarde.

Llegó el 1.º de Mayo y no habría transporte público. El padre de Carlos Alberto precisaba el auto, así que el joven no tuvo más remedio que ir en bicicleta. Si en auto le llevó casi una hora llegar, pedaleando le pareció un día entero. Al llegar a la puerta de la casa de Inés, ella estaba saliendo para esperarlo. Él se disculpó por su ropa deportiva (como para ir en bicicleta) y por si estaba un poco traspirado. Le dijo que si ella estaba de acuerdo, quería pedirle la mano a su padre. Él estaba convencido de que ella era la mujer que había estado buscando sin éxito en su círculo social. Inés estaba también enamorada y aceptó hablar con sus padres para adelantarles la idea de Carlos Alberto.

A la semana siguiente, él en auto, con un perfume delicioso, formalmente vestido, se presentó en la casa de ella. Allí estaba todo dispuesto para esperarlo. La madre y hermanas habían cocinado delicias dulces; el padre tenía su mejor licor para invitarlo y los hermanos y hermanas con sus parejas llegaron a la hora del festejo.

No faltaron las preguntas de rigor en estas situaciones: ¿a qué se dedica, joven?, ¿qué intenciones tiene con la nena?, ¿cómo está formada su familia?, ¿están ellos en conocimiento de este pedido que usted hace?, ¿qué estado civil tiene?, ¿tuvo otras novias anteriormente? En fin, que igual a todos los pedidos de mano de la época se parecía mucho a un interrogatorio policial. Todas las respuestas fueron satisfactorias para los padres de Inés y se selló el noviazgo. Al irse, se despidieron con un leve beso en los labios y comenzaron a tutearse. De allí a hacer planes de matrimonio, no pasó casi nada de tiempo. Hacía solo ocho meses que se habían conocido cuando recibieron la bendición de Dios en una humilde capilla llena de sus parientes y amigos... en el barrio de ella.

Pero antes de eso:

—Inés, tengo que decirte algo que capaz que no te gusta. Es serio y si me dijeras que querés romper el compromiso, aunque con mucho dolor, lo entendería.

—No me asustes, Carlitos, ¿qué pasó?

—Lo que pasó fue hace cinco años. De una relación con una mujer mayor que yo, a la que no amé nunca, nació un hijo, Victorio, que vive con su madre. Yo lo veo de vez en cuando. No quiero ir mucho porque su madre aún me persigue. No tiene mi apellido, fue anotado solo con el nombre de la madre.

—Me dejás muy sorprendida. Menos mal que me lo dijiste ahora, si llego a saberlo después de casarnos, no sé qué hubiera hecho, cómo hubiera reaccionado. Pero ¿cómo que no lleva tu apellido? ¿Por qué no lo reconociste si sos soltero?

—Porque no quiero tener nada con la madre.

—Sí, pero el niño no tiene la culpa de que ustedes tuvieran una aventura. Cuando crezca, ya sufrirá bastante de saber que es un hijo natural, y encima que no tiene ni siquiera el apellido de su padre. ¿Cómo lo pensás remediar? Porque después de que nos casemos no podrás reconocerlo. La ley no permite a los hombres casados reconocer hijos fuera del matrimonio.

—Sí, ya lo pensé. Lo que más urgente me parecía era hacerte la historia antes de casarnos para que después no me dijeras que te engañé.

—Está bien y te lo agradezco, pero si no lo reconocés antes de la boda, no me caso.

–¿Enloqueciste? ¿Qué le diré a mi familia y amigos?

–¿Tú? Creo que la peor parte la tengo yo. ¿Qué le diré yo a los míos? Mi padre no entenderá razones. Pensará que nos engañaste a todos con esa cara de buena gente que tenés. Si lo hacés antes, yo les explicaré. A cualquier hombre puede pasarle.

–Bueno, si es tu condición, hablaré con la madre y haré los trámites para reconocerlo.

Las gestiones, papeleos, inscripciones y demás llevaron un mes, así que a los ocho meses de conocerse se casaron. El niño quedó reconocido y luego vendrían los pedidos de pensión alimenticia, visitas y demás convenios legales. Todos contentos, con las conciencias tranquilas por la satisfacción del deber cumplido, lograron vivir en paz.

Inés encontró en las hermanas de él a verdaderas amigas que la ayudaron a cultivarse. La llevaron a ver teatro, le enseñaron sobre buena música, la hicieron aficionada de la ópera y la zarzuela, le refinaron el gusto en la vestimenta, la llevaron de viaje. La suegra fue para Inés como una segunda madre; siempre estuvo de su lado, aun en contra de su hijo. Le enseñó a cocinar y a tejer, a ser una buena anfitriona. Luego, a los tres años de casados, cuando el otro hijo tenía casi ocho años, nació una hermosa hija de este matrimonio feliz. Cuando tuvieron edad para saberlo y entenderlo, se amaron como hermanos. Víctorio visitaba frecuentemente la casa de su padre y la madre molestaba lo imprescindible.

Vivieron más de sesenta años juntos hasta que la muerte se llevó primero a Carlos Alberto. Ella lo sobrevivió unos quince años, pero siempre lo recordó como el hombre bueno y amoroso que fue.

Análisis aplicando Inteligencia Emocional

Palabras clave en esta historia:

- Mentiras blancas o piadosas
- Inocencia
- Compromiso
- Respeto
- Amor
- Solidaridad
- Empatía o comprensión

Para analizar la historia desde la Inteligencia Emocional debemos tener presente que se desarrolló en la primera mitad del siglo XX. Las costumbres, los valores y las leyes eran otros. La forma de tratarse, al inicio de la relación de quienes luego serían esposos, suenan ridículas a los jóvenes de hoy. La presentación en sociedad y el pedido de mano

de la joven están absolutamente fuera de moda en nuestro país, pero aún se conservan en algunos países latinos, como México, por ejemplo. La posibilidad de salir solos llegaba después de transcurrido mucho tiempo, y ningún hombre se animaba a visitar la casa de una joven si no tenía serias intenciones hacia ella y no contaba con un buen trabajo, oficio o profesión. Los padres de las jóvenes, antes de preguntar si amaba a su hija, le interrogaban por su estado civil, laboral y financiero. Eran pocas las jóvenes que trabajaban entonces. El proveedor de la casa y responsable de cuentas y gastos era el hombre, y ninguno que se preciara aceptaría ayuda de padres ni de suegros.

El comienzo de la relación estuvo marcado por pequeñas mentiras que Inés y su madrina debieron decir para poder salir. Con la complicidad de quien la quería tanto, el tema fue más fácil. La mentira no es aconsejable en ninguna circunstancia, pero hay algunas, llamadas blancas o piadosas, que no generan tanta culpabilidad. Son las que se dicen cuando la verdad puede doler o tener consecuencias que se pueden evitar. En el caso del ejemplo, si ellas le decían a su madre que se encontrarían nuevamente con el joven que le había gustado a Inés, seguramente no la dejarían salir. Es la mentira que usa el médico cuando no le cuenta o le niega a su paciente la gravedad de la situación. Hay personas que sabiendo el crudo diagnóstico se dejarían morir; otros harían todo lo posible para revertir la enfermedad. Quien debe juzgar la situación es quien conoce al paciente.

Inés era una mujer fresca, inocente, sin grandes experiencias amorosas. En consecuencia, la relación fue de esa forma frontal, franca y expeditiva. El novio no resistía recorrer aquella distancia para ir a visitarla; el barrio de ella no ofrecía muchas posibilidades de entretenimiento y la idea de ir hasta la casa de ella, viajar al centro para pasear, volver a la casa de ella a dejarla y regresar a la suya, lo agotaba. Por respeto a ambos y al vínculo que habían formado, se animó a hablar con el padre de ella.

Pero la parte de la historia que más debe destacarse por la aplicación de la Inteligencia Emocional es la confesión de él sobre su paternidad y la exigencia de ella para que regularizara esa situación antes de que contrajeran enlace. Él fue honesto; ella empática con el niño y la madre, y solidaria con él porque entendió cómo se sentía, le evitó demasiadas explicaciones y se puso de su lado para hacer lo que hiciera falta. Cuando se casaron, le abrió las puertas de su hogar al niño, y al nacer su hija, le enseñó a tratarlo como a un hermano. Es una historia con final feliz, que pudo ser de amargura y decepción si Carlos Alberto no hubiera actuado con sinceridad, lealtad y compromiso.

Las leyes de entonces no permitían, y no lo hacen ahora, el reconocimiento de un niño por parte de un hombre casado. Solamente con un juicio de paternidad iniciado por la madre del bebé nacido fuera de la pareja legal, con las pruebas necesarias, la justicia puede determinar que es hijo de ese hombre casado e imponerle que se le registre con su apellido. Para evitar todos estos trámites judiciales engorrosos y largos, era mejor reconocerlo cuando aún era soltero. Todos de acuerdo, todos felices. Inés es un ejemplo de mujer buena, empática y solidaria.

OCULTAR Y MENTIR

–Dale, vamos a la fiesta.

–No tengo ganas, estoy cansada, desmotivada, como sin fuerzas.

–Pero es que irá gente lindísima. ¡Quién te dice que puedas encontrar al príncipe azul que tanto estás buscando!

–Puede ser, pero si lo encontrara hoy, seguro que no se fijaría en mí. Estoy hecha un desastre. No tengo fuerzas para nada. Este tema de Tesi me ha dejado desolada.

–¿Qué tema de Teresita? No sé por qué sus compañeros le han empezado a decir Tesi. ¿Qué te pasa con ella? No se va del país, se muda a unos pocos kilómetros, y además, se va con su gran amor a empezar una vida juntos, ¿qué más puede pedir una madre?

–Sí, tenés razón. Ella está muy feliz, pero a mí me ha dejado devastada.

–¿Devastada? ¿No es muy fuerte para referirse a una hija que se va a cumplir el sueño de cualquier muchacha de su edad? Primero, que no se va a Australia, se va a Minas, allí nomás en Lavalleja, y segundo, que se va con su pareja de hace tres años; tiene derecho a ser feliz. Vos también lo hiciste. Sí, no te fuiste de la ciudad donde naciste, pero te fuiste de al lado de tus padres para formar tu hogar.

–Pero ella ni siquiera quiere casarse. Se va juntada, se va de concubina con ese muchacho y eso no es lo que soñé para mi hija. Siempre pensé que se casaría de blanco, con un hermoso traje de gran cola y en la mano un ramo de flores naturales enredadas en el rosario de cristal de mi madre.

–¿No estarás viendo muchas telenovelas vos? Porque hoy día casi todas las chicas conviven con sus novios, y después de unos años, algunas deciden casarse y otras pasan así toda la vida. Lo que es peor, muchas se casan después de años de convivencia y se divorcian enseguida.

–Lo sé y no las juzgo, pero es que para mi hija yo quería otra cosa.

–Bueno, dejate de excusas y vestite linda, que en dos horas paso a buscarte.

Mariela cortó la comunicación y dejó el celular sobre la mesa de luz, mientras ella también se aprontaba para pasar a buscar a su amiga del alma, Silvia. Mariela la entendía perfectamente, pero si se lo decía y además le daba la razón, su amiga Silvia se abandonaría en una dejadez que en poco tiempo sería depresión.

Ambas habían crecido juntas y sus vidas habían sido bastante similares. Ahora Teresita, devenida en Tesi para los amigos, había decidido ir a vivir al interior del país, siguiendo a su pareja, que es *chef*, y abrirían un restaurante en Minas, en un paraje que está muy de moda, porque los entendidos del mundo dicen que por allí la energía es distinta, que alivia cualquier pesar y equilibra el cuerpo, la mente y el espíritu.

En dos horas en punto, Mariela estaba mandándole un *sms* a su amiga Silvia desde la puerta de su casa. “Estoy en la puerta”, decía.

Si alguna virtud tiene Mariela es la puntualidad. No se puede decir lo mismo de Silvia, pero después de tantos años de amistad, ya se ha acostumbrado a que si se atrasa mejor que no sea con Mariela, porque se enfurece y más de una vez la ha dejado si a la hora convenida no está pronta.

–¿Qué te pasa? ¿No suena el timbre que mandás un mensaje por celular?

–No sé, ni lo intenté. Me resultaba más fácil avisarte sin bajarme del auto.

–Te estás haciendo la adolescente. Dejá esas costumbres para los más jóvenes.

–Bueno, vamos que llegaremos cuando ya estén todos.

Así partieron. Para sus cuarenta y dos años eran dos bellas mujeres. Conservaban los físicos de la temprana juventud y se jactaban de que aún les servían los vestidos de fiesta de los quince años.

Mariela tiene el cabello largo, de un color rojo oscuro o caoba claro, como se decía cuando comenzó a teñirlo. Abundante, espeso, con buen movimiento. Los ojos claros, turquesa, siempre los lleva maquillados intensamente. Silvia, con un estilo más tranquilo, es rubia, de pelo más bien corto, con tez bien blanca y el maquillaje necesario para resaltar su belleza natural. La mujer fatal –porque esa impresión daba la chofer– se había puesto un enterito estampado de piernas anchas y profundo escote delantero; sandalias doradas de altas plataformas completaban el atuendo. Silvia, por su parte, había elegido un pantalón chupín de color azul oscuro y un bucito *animal print* con varios tonos de azul y marrón y escote redondo. Zapatos azules de taco alto y fino.

Al entrar, Silvia quedó impactada con los ojos de un hombre grandote, casi fornido, que estaba a pocos metros. Era elegante, sobrio, pero con un estilo que enseguida hacía olvidar su volumen. Estaba con unos amigos riendo y tomando un *whisky* con aspecto distendido y disfrutando del momento. Mariela la tironeaba para que siguieran recorriendo el salón, pero Silvia hubiera preferido quedarse clavada al lado de este hombre. No hubo caso, tuvo que ceder a las presiones de su amiga y siguió caminando, mientras Mariela pasaba revista inspeccionando el lugar.

No había nadie que le pareciera interesante, pero encontró a una conocida, que también estaba con amigas. Se presentaron entre sí y comenzaron enseguida a conversar como si se conocieran de toda la vida. Temas de mujeres, claro: moda, el ganador del último concurso televisivo de baile, la falta de hombres interesantes, la situación de los hijos, cómo estaban cambiando los valores y las costumbres de la juventud. En fin, los interminables temas que tenemos las mujeres cuando nos juntamos, aun cuando no nos conozcamos demasiado.

Silvia comenzó a aburrirse y quiso escapar de la conversación que ya se había

tornado demasiado intrascendente. Antes de abandonar el grupo, Mariela le sugirió que le diera una tarjeta a Laura, porque hacía tiempo que estaba buscando una cosmetóloga médica buena y responsable. Buscó en su minicarreta la tarjeta y se la dio al tiempo que se despedía amablemente de todas, incluso de su amiga, para reencontrarse más tarde o tal vez antes de irse. Más rápido que ligero se encaminó cerca del interesante y enigmático hombre. No tenía ningún pretexto para presentarse; nadie en común, ningún tema afín. ¿Y si dejaba caer un pañuelo, como le había contado su abuela que hacían las jóvenes de su época? Imposible, la tomaría por antigua y además ya nadie usa pañuelos. Mientras se debatía entre acercarse e iniciar una conversación cualquiera o irse para siempre del lugar, llega su hada madrina (porque todas tenemos una en los momentos decisivos de la vida, igual que la Cenicienta) y luego de saludarla le dice que se acercara que le iba a presentar a su novio y a unos amigos. María Noel había caído del cielo; justamente quería introducirla en ese grupo que tanto deseaba conocer.

–¡Qué bueno encontrarte!, ¿con quién viniste?

–Con Mariela, que se quedó por allá, recorriendo el salón.

Y acercándose al grupo de hombres, dijo:

–Silvia, este es mi esposo, Nelson, ¿te acordás? Y estos son sus amigos: Quique y Sergio.

–Señores, ella es Silvia, la mejor cosmetóloga de toda la ciudad.

Después de esa presentación, solo cabía una amplia sonrisa. Todos la saludaron con un beso en la mejilla; por suerte se abandonó la costumbre de darse la mano cuando dos desconocidos son presentados. Con absoluta naturalidad pasó por las tres mejillas y dio a cada uno un beso, pero solo reparó en el último. Era él. Se tuvo que poner en puntitas de pie, porque era muy alto y grandote. Le pareció que se había elevado al cielo. ¡Qué maravilloso, ya lo conocía y qué bien olía! Siempre le gustaron los hombres con buen perfume, pero este era lo máximo. Los otros dos hombres y la amiga que los presentó quedaron en un segundo plano; solo tenía ojos y oídos para él. Sergio respondió de la misma forma y permanecieron hablando, ya no recuerda ni de qué. Disimuladamente le dio una ojeada general, de pies a cabeza. Buen cabello, sin canas aún, lindos ojos, pudo corroborar desde más cerca, buenas manos, bien vestido, discreto pero elegante, sin estridencias. ¡Justamente como le gustan a ella los hombres! En un momento, María Noel y su esposo, Nelson, abandonaron el grupo tras un mozo por un poco de *champagne*; los otros dos hombres, el guapísimo Sergio y su amigo Quique permanecieron conversando con ella. Solo faltaba que este también tuviera algo que hacer en la otra punta del salón y los dejara solos. Ley de atracción mediante, lo pensó con verdadero deseo y se dio.

–Disculpen, voy a seguir circulando por el salón; quiero encontrar a una amiga que me prometió que vendría. Sergio, te dejo en buenas manos, ¿no? –y antes de que le pudiera responder ya se había alejado.

Quedaron solos. ¡Qué momento!, pensó Silvia, ¿y si ahora ella no le gustaba? Enseguida la asolaron todas las dudas y su pésima autoestima comenzó a jugarle en contra.

–¿Así que sos cosmetóloga?

–Sí, cosmetóloga médica –precisó–. Hace diez años que me recibí. Te aclaro la función porque es diferente a las cosmetólogas esteticistas que capaz conociste alguna vez. Me llevó varios años de estudio y tiene carácter universitario. El ejercicio es distinto, permite acceder a tratamientos específicos y tiene otro aval.

¿Pero qué estoy haciendo, Dios mío?, se preguntó con desesperación; falta que le entregue un currículum escrito y le pida trabajo. Lo menos que ha de importarle es a qué me dedico. Seguramente fue una forma de iniciar la conversación.

–¿Y tú qué hacés?

–Tengo una importadora de productos de consumo masivo.

–¿Como cuáles? ¿Qué son productos de consumo masivo?

–Son pilas, galletitas, preservativos, chocolates, alfajores, encendedores, barritas de cereales, cervezas en lata o refrescos. En fin, todo lo que la gente consume por cantidades. Hasta baterías de auto importamos. ¿Has visto la publicidad de los preservativos “Única vez”? Los importamos nosotros. Fíjate que al final dice: importa La virazón. Es que mi socio es marino jubilado y quiso ponerle ese nombre a la empresa.

–Falta que ahora nos preguntemos de qué signo sos y si trabajás o estudiás o si venís con frecuencia a este lugar. Parecemos dos adolescentes indagando en la vida del otro más por hablar de algo que por interés.

Silvia dijo estas frases, casi como pensando en voz alta.

–¿Te parece? A mí me importa saber cómo es tu profesión y con la propaganda que te hizo María Noel, debés de ser muy buena en lo tuyo.

–Sí, soy. Está mal que lo diga, pero en ese tema no me avergüenza afirmarlo.

–¿Y qué te trajo a esta fiesta?

–La insistencia de mi amiga. Si hubiera sido por mí no hubiera venido. Estaba desanimada, como sin fuerzas.

Doing, doing, piru, piru, piru, alarma, detente, gritaba la mente de Silvia.

¡Qué mal comienzo: hablarle a un hombre tan interesante de mi desgano! Si estuviera Mariela ya me habría dado un codazo en las costillas sin mucho disimulo o un pellizco en la espalda que me hubiera hecho gritar. Y sí, hace tanto tiempo que no coqueteo con alguien que me he olvidado de cómo se hace, pensó. Casi todas las mujeres sabemos que a los hombres, y mucho menos a los nuevos en nuestra vida, no les interesa para nada cómo nos sentimos anímicamente ni qué dudas atormentan nuestro espíritu. Esas tribulaciones las tenemos que dejar para las amigas de mucha confianza o las mujeres que, sabiendo que no vamos a ver nunca más, no nos importa que recuerden nuestras vicisitudes. Con certeza todas nos comprenderán.

Pasaron como dos horas de muy entretenida conversación. Enseguida de la presentación, se sentaron en un comodísimo sillón cerca de una ventana por la que se veían las estrellas y la luna, al tiempo que entraba una brisa que despejaba la mente y aplacaba los ánimos. Por suerte, todos los conocidos habían desaparecido. ¡Vaya uno a saber si por voluntad propia o conspiración del destino! Lo cierto es que estuvieron solos todo ese tiempo que ambos aprovecharon para disfrutar, conocerse un poco más, hablar

de temas intrascendentes y hasta de los un poco más complicados.

Él también estaba viviendo el desapego de una hija que se casaría en pocos días y se sentía tan confundido como Silvia. Por un lado, la alegría de ver casarse a una hija, y por otro, saber que ya la nena no le pertenecería, sino que un nuevo hombre acapararía su atención. Hacía dos años que eran novios, pero al casarse el tema cambiaría. Se consolaron mutuamente y cuando se hicieron las tres de la mañana, él dijo que tenía que irse porque al día siguiente llegaban unos proveedores de Brasil y tenía que llevarlos de paseo a conocer Punta del Este.

–Tengo un día muy movido, mañana; por eso me tengo que ir. ¿Querés que te lleve hasta tu casa? ¿O preferís irte con la amiga que viniste?

–No, no hace falta que me vaya con ella. Alcanza con que le diga que ya me voy y entenderá. Yo también estoy cansada. Ha sido un día de muchas emociones. Esperame acá, que la voy a buscar.

–No, mejor te acompaño, porque capaz que encuentro a mis amigos y me puedo despedir de ellos.

A Silvia le pareció maravilloso que él insistiera en ir con ella a recorrer el salón para buscar a las otras personas. Enseguida encontró a Mariela conversando con una amiga. La apartó un momento y le explicó que se iba, que para ella era temprano, pero no podía desaprovechar la invitación a llevarla a su casa que le había hecho el guapísimo hombre que la había flechado desde el momento que entraron. La amiga aceptó enseguida. Las mujeres sabemos que por lo único que podemos dejar a una amiga es por el hombre de los sueños... de ese momento, por lo menos.

Se despidieron. Él encontró enseguida a sus amigos, saludaron y se fueron. Caminaron por el estacionamiento hasta llegar a su auto. ¡Qué suerte que había ido en el auto de Mariela!, pensó. Aunque con lo entusiasmada que estaba, habría sido capaz de dejar abandonado su auto hasta el otro día, sin decir palabra.

El trayecto fue animado. Él puso un CD de música muy agradable y continuaron la conversación. Al llegar, muy caballero, se despidió con un beso en la mejilla y esperó a que ella entrara a la casa. Antes, le había pedido su celular y lo agendó con mucha soltura. No le dijo cuándo la llamaría y ella no se quedó con ningún dato de él, más que lo que le había contado en la fiesta. Bueno, ahora a esperar.

Hace años que ella se ha jurado que no vivirá más esta situación. Ya no es una niña y si da el teléfono, exigirá reciprocidad. Lo cierto es que, obnubilada como estaba, no atinó a pedirle nada y quedó otra vez en manos del hombre y su voluntad de llamarla.

Pasaron dos días y él la llamó. La invitó a salir, a ver un partido de básquetbol en el que jugaba su hija. Le pareció rara la invitación, pero aceptó encantada de verlo nuevamente. Ella no entendía mucho de este deporte, pero a esta altura era un detalle menor. El partido terminó con incidentes entre ambas parcialidades y él le pidió que esperaran a que saliera su hija, para cerciorarse de que no le pasaría nada.

–Está bien, esperemos.

–Es un momento nomás.

Al poco rato vino la joven. De edad bien parecida a la suya, linda morocha, simpática

y extrovertida. Las presentó y fueron primero a llevar a la hija a su casa, para después ir a tomar algo antes de despedirse.

Los días fueron pasando y la relación se hizo más intensa y más íntima. Se vieron en la casa de él porque vivía solo, pero él la iba a buscar y la llevaba de vuelta. Resultó ser muy tierno, dulce y apasionado. Exactamente como ella lo había imaginado, y con todas las virtudes que esperaba de un hombre a esta edad.

La vida siguió su curso y ambos continuaron con sus trabajos. Él viajaba mucho a los países limítrofes para elegir y comprar la mercadería que luego importaría y ella cada vez tenía más pacientes. Sin embargo, ambos se hacían tiempo para verse.

Un día la llamó para hacer una cita Laura, aquella mujer que le había pedido su tarjeta en la fiesta donde conoció a Sergio. Una paciente más. Las citas fueron semanales, y además de tratamientos cosmetológicos parecían sesiones de psicoanálisis.

La mujer, un poco mayor que Silvia, estaba muy sola y le agradaba hablar con ella. Le fue contando su vida, sobre su divorcio, su gusto por escribir poemas y hasta le regaló un libro recién editado. Era vegetariana y un poco *hippie* para el gusto de Silvia. Laura, con frecuencia, comentaba detalles que la habían alejado de su exesposo: está muy gordo, es fofo, no quiere hacer dieta, no le gustan las verduras y pasó años cocinando sin agregárselas; es un buen padre, pero no acepta que su hija se case, bla, bla, bla. Para no hablar sola, le pedía que le contara cómo le iba con ese hombre maravilloso que había conocido en la misma fiesta que a ella.

–Es un hombre grandote, tiene algún kilito de más pero no me importa, tiene un buen trabajo, es empresario, tiene una hija prácticamente de la edad de la mía, que se está por casar –solía comentarle.

–Tenés más suerte que yo, porque yo a Sergio no lo aguantaba más hasta que le pedí que se fuera y como se negó, me fui yo. Me vine a esta casa rodeada de verde, de plantas que yo misma cuido y abandoné aquella pesadilla y el apartamento grande y céntrico en el que vivíamos. Lo vendimos y cada uno se compró lo que quiso. Él ahora vive en una casa sencilla, más chica, agradable, si no fuera por él –comentó riendo a carcajadas–. ¡No te imaginás la liberación que siento! Soy otra mujer. Ni loca me uno a un hombre en una relación fija.

Esa tarde, luego de la sesión con Laura, de tomar con ella el té de hierbas y galletitas de semillas y miel con que la convidaba siempre, Silvia se fue pensando cuántas coincidencias había entre su hombre soñado y el exesposo de su paciente. Hasta el nombre era igual. Abandonó esas reflexiones cavilando que nuevamente se estaba boicoteando para terminar una relación que tanto disfrute le causaba. No era la primera vez que ella se inventaba razones para abandonar al hombre de turno, por más entusiasmada que estuviera. Esta vez no sería igual.

En las clases de Inteligencia Emocional, Roma siempre decía que todo en la vida tiene un precio y que hay que ser valiente para pagarlo. No hay relaciones sin sacrificios personales y si una no quiere abandonar nada de su vida, si no quiere modificar algunos aspectos para acoplarse a la otra persona, está actuando con egoísmo, sin empatía y no merece amar bien y con intensidad.

Las semanas siguieron pasando, la hija de ella se fue a Minas con su pareja y se instaló allá. Silvia y Sergio fueron juntos a visitar el nuevo emprendimiento gastronómico y vinieron encantados. Silvia pudo comprobar que valía la pena el alejamiento de su hija, porque además de madurar, le serviría a la joven para desarrollarse mejor junto a su pareja.

Las sesiones con Laura continuaron con regularidad y cada vez se hacían más amigas y más confidentes.

Una tardecita lluviosa, luego de hacer el amor con algunas dificultades (“que me estás oprimiendo, que no me dejás respirar, que me tirás del pelo”), Silvia y Sergio se sentaron a tomar un *whisky* con una buena picada. Él enseguida tomó queso, papitas saladas, salame, tostaditas con queso de untar, aceitunas, y cuando terminó con todo eso, pidió el postre helado que le había prometido. Silvia, cansada de verlo comer con esa voracidad, le dijo que le regalaría un impreso que había bajado de internet con la lista de los alimentos y sus calorías. Que no podía comer de esa manera, que no tomara más que tenía que manejar para irse a casa, que cuándo se pondría a hacer dieta y quién sabe cuántos reproches más.

Aquel encantador “osito de peluche” de pronto se convirtió en un gordo exagerado para comer, negado a la dieta, y como un *flash* le vinieron a la mente las decenas de comentarios que le hacía semanalmente su paciente Laura. Entonces cayó en la cuenta de que se había dejado contagiar por la negatividad de esa mujer, y que “su” Sergio y el de Laura ¡eran la misma persona! Sí, no cabía duda: el exesposo de Laura y Sergio, su amor irresistible, eran un único hombre. Hizo memoria y recordó que los había conocido unos seis meses atrás en la misma fiesta, y que ella en comentarios posteriores le había mencionado que hacía cinco meses se había divorciado, luego de vivir separados algún tiempo. No tenía ni idea de cómo encarar esta coincidencia, por lo tanto dejó fluir la vida, y que los acontecimientos se dieran como debieran darse.

–No sé por qué tengo la impresión de que estuve hablando con mi exesposa en lugar de contigo –le dijo Sergio cuando se despidió esa noche, después de oír los reproches y comentarios sobre su forma de comer y beber.

–Son cosas tuyas. ¡Qué podemos tener en común tu ex y yo! Te pareció.

–Sí, puede ser, pero viví como un *déjà-vu*. Sonaron los mismos reproches. ¡Un impreso de calorías! Parece chiste. Ni que hubieras estado hablando con ella.

Se separaron y Silvia durmió con el corazón estrujado por el miedo a no volverlo a ver. Pero al mediodía siguiente la llamó para invitarla al casamiento de su hija. ¿Cómo podría ir al casamiento? ¿Si se descubriría todo? ¿Cómo lo explicaría? Él no lo entendería y la dejaría. Pasó la tarde elucubrando pretextos para no ir. De última, le digo que voy y a último momento finjo que estoy enferma, concluyó.

Le contó a Mariela, su paño de lágrimas, y la amiga estalló en gritos e impropiedades.

–¿Cómo que pensás que es el mismo? ¿Y ahora qué harás? Le tenés que contar cuanto antes tus dudas, no sea cosa que se entere de otra forma y lo pierdas. ¿No estarás inventando esta historia para dejarlo y no sufrir antes de que sea él quien te abandone? Por favor te pido, no repitas lo mismo de siempre. Para colmo, ahora quiere que vayas

con él al casamiento de su hija. Es como una presentación en sociedad porque, seguramente, estará toda la familia de él. ¿Te dijo si tiene madre? Si tiene, ¡zas! conocerás a tu potencial suegra.

Los días siguieron pasando y ella intentaba callar los comentarios que pudieran sonarle similares a los de la ex, pero siempre alguno se le escapaba. Él estaba cada día más desconfiado, y la paciente no tenía ni idea de lo que estaba aconteciendo.

Llegó el momento del casamiento y no había más tiempo para inventar excusas. Silvia fingió tener un ataque al hígado que la mantendría acostada todo el día. Él se decepcionó, porque estaba entusiasmado con su compañía y con presentarle a toda la familia, pero tuvo que aceptarlo.

De tarde, Silvia había marcado una cita con Laura para hacerle una limpieza profunda de cutis y un masaje relajante, así luciría como una diosa en el casamiento y fiesta de su hija. Mientras que estaba en su tarea, oyeron que llegaba un auto y Laura le pidió que fuera a abrir la puerta, ya que ella tenía puesta una máscara facial. Totalmente desprevenida, Silvia abrió y se encontró con la hija de Sergio, aquella que le presentó en el partido de básquetbol.

Quedó ampliamente confirmado que, además, era la hija de Laura. La joven se mostró muy sorprendida y cuando iba a preguntarle a Silvia qué estaba haciendo allí, y mientras que esta buscaba en su mente, con toda la rapidez de que era capaz, qué decir, se escuchó desde afuera una voz potente, esa voz tan amada que preguntó si estaba pronta porque se hacía tarde. Antes de que pudiera reaccionar, lo tuvo enfrente. Un segundo, que pareció un siglo, pasó entre que él habló y llegó a la puerta. La hija seguía sorprendida, ella balbuceaba explicaciones incomprensibles y por si fuera poco, con máscara y todo, apareció Laura para preguntar qué estaba pasando que Silvia no había vuelto a la sesión. Cuatro miradas que se cruzaron inquisidoras, tres más sorprendidas que la de Silvia, que solo atinaba a pensar en todo lo que estaba perdiendo en ese instante y a dejar caer alguna lágrima. Preguntas entrecruzadas, reproches varios, voces que se confundían, porque los cuatro hablaban al mismo tiempo.

–Pero ¿qué estás haciendo acá?, ¿desde cuándo se conocen?, ¿vos sabías que yo soy su exesposo?, ¿por qué no me lo dijiste? Ahora entiendo por qué en algunas ocasiones me daba la impresión de estar hablando con mi ex. Esta mujer te envenenó la mente y vos te dejaste influir. Y yo que estaba intentando ser diferente, porque vos me interesabas mucho.

–No hables en pasado, por favor. A mí también me gustás mucho, y por eso no encontré nunca el momento para comentártelo. Hace poco tiempo que lo sé. Por eso no quería ir al casamiento, intentando evitar esta escena. Fingí estar enferma y nunca imaginé que te encontraría aquí.

–¿Ustedes se conocen? –preguntó Laura.

–Sí, mamá, hace meses que salen juntos; tienen una relación bastante firme, hasta ahora.

–Entonces no sos mi amiga, tampoco. ¿Por qué no me lo contaste? Yo te decía todos

los defectos de mi exesposo y no sabía que te estaba describiendo a tu pareja actual. ¡Qué falsa resultaste!

–No, no soy falsa. Es que me enamoré y no supe manejar este detalle, porque después de todo qué podía importarte que estuviera saliendo con Sergio, si es tu ex y no desaprovechabas ocasión para desacreditarlo y hablarme mal de él.

–Ella envenenó nuestra relación y terminaste por mandarme a hacer dieta y querías regalarme un listado de calorías. ¡Qué desilusión!

–Reconozco que estuve mal en no decirte a ti, Sergio, que la conocía y que como le di una tarjeta la misma noche en que te conocí me había llamado para comenzar un tratamiento. También me equivoqué en dejarme llenar la cabeza en tu contra, si yo sentía que eran relaciones tan distintas. Conmigo fuiste tierno, protector, amable, contenedor, mimoso. Por momentos dudé de que fueras el mismo, porque no tenías nada que ver con los comentarios de ella. Para Laura siempre fuiste un hombre grosero, cómodo, gordo, egoísta. En fin, pero ya está. Ahora ya lo sabemos y tenemos que seguir con lo nuestro.

–¿Con qué nuestro? Porque yo por ahora no quiero saber más nada. Quédale haciéndole el tratamiento, porque esta noche tiene que estar radiante y yo me voy a pasar la peor noche de mi vida: no solo se va mi hija de mi lado, sino que pierdo a la mujer que he amado últimamente, cuando ya no quería volver a relacionarme con nadie. Me voy.

Dio un portazo y las tres mujeres se quedaron sin saber qué hacer. La hija tomó lo que había ido a buscar y se fue tras su padre. Laura no sabía si seguir con la sesión, pero ya estaba paga y además precisaba lucir muy bien ante todas las miradas de parientes y amigos en el casamiento. A ella, tan desconsolada como estaba, le hubiera dado lo mismo irse que quedarse, pero profesional y responsable ante todo, pasó la mano por sus ojos, se secó las lágrimas y siguió.

Pasaron tres meses. La hija de Silvia estaba cada vez mejor, el restaurante iba creciendo y la joven se había afianzado en la ciudad y en la pareja. La hija de Sergio se casó y ya estaba esperando un hijo. A los cincuenta años lo haría abuelo. De Laura, Silvia no supo nunca más nada; nunca la volvió a llamar y ella siguió con su vida como pudo, riendo a veces, llorando la mayoría de los días, y siempre con ganas de volver a verlo, aunque fuera de lejos. Mariela no paraba de reprocharle su comportamiento, con lo cual solo aumentaba su dolor. Aparentemente era irreparable, y poco favor hacía recordándole su culpa.

Una tarde, cedió a sus deseos y condujo hacia la casa de él. Estuvo un rato enfrente de su puerta y, como nada pasa por casualidad, él salió a pasear al perro que la hija le había regalado para que no se sintiera tan solo, cuando ella se casó y él dejó con Silvia. La vio en el auto enfrente y quedó paralizado. Como él no demostró intenciones de acercarse, ella bajó del auto y cruzó. El perro tironeaba de la correa para comenzar el paseo, pero él parecía estar atado a una estaca.

Silvia se acercó con la mejor de sus sonrisas, disimulando la tristeza que hacía meses sentía. Se saludaron como buenos amigos. Él le presentó al perro y la invitó a sentarse en

el muro de la casa. Se tomaron de las manos, ella descuidadamente apoyó su cabeza en el hombro fuerte de Sergio. Le contó que había pasado muchas veces por la puerta sin verlo y él le confesó que también había pasado por la suya sin bajarse del auto. Se miraron, sonrieron y percibieron que no había pasado el tiempo para esas almas que se amaban. Todo podría recomenzar donde lo habían dejado; fue simplemente una pausa.

Análisis aplicando Inteligencia Emocional

Palabras clave en esta historia:

- Amor
- Amistad
- Comprensión
- Empatía
- Equivocaciones
- Estrés
- Perdón
- Recomenzar
- El amor no tiene edad
- Intuición
- Mentira
- Ocultar

La Inteligencia Emocional indica que hay que impedir cualquier motivo de estrés, por lo menos los evitables. Esperar la llamada de alguien que nos interesa, que pasen los días y crezca la zozobra, es garantizarse una buena cuota de ansiedad y estrés.

Cuando se trata de adultos, no está mal fomentar el intercambio de información personal. Nadie puede mirar con malos ojos que las mujeres quieran tener la forma de comunicarse con un hombre que les gusta e interesa, ni que sean ellas quienes, en pleno siglo XXI, tomen la iniciativa. Las mujeres estamos cada vez más empoderadas, nos ubicamos en el lugar correspondiente, y sin perder nuestra femineidad, podemos iniciar la relación que nos llevará a donde ambos deseemos. Se terminó el tiempo de las mujeres bordando enfrente de la estufa a leña, esperando que el hombre fuera quien primero demostrara su interés.

Convengamos en que la protagonista no actuó con Inteligencia Emocional cuando intercambió información sobre su amor con una desconocida, por más afinidad que sintiera. En cuanto lo supo, no debió ocultarle a su amor que estaba tratando a su ex, porque seguramente no tenía nada de malo, pero sí lo tuvo cuando él lo tomó como una traición.

Laura no debió criticar a la persona con la que compartió tantos años de pareja y con

quien tuvo una hija. Cuando se habla mal de alguien que estuvo a nuestro lado, viviendo una relación pública y duradera, más que del otro, se habla de uno mismo. Si él o ella era tan poca cosa, casi basura, lleno de defectos ¿qué hacías a su lado? Lo que afirmas del otro lo estás diciendo de ti. En estos casos cabe la llamada teoría del espejo: aquello que criticas es lo que posees y no ves.

Sergio reaccionó como cualquiera lo hubiera hecho; se sintió defraudado y debió vivir su duelo. Cuando lo hubo pasado, pidió el perdón, el amor y el sentido común. Sin reproches aceptó nuevamente a Silvia para retomar la relación donde la habían dejado.

Silvia no fue rencorosa ni egoísta. No dudó en ser ella quien intentara recomenzar la relación. No temió al rechazo, siguió su intuición y avanzó. La gente que mira solo su dolor, no puede tomar iniciativas, porque se victimiza de tal forma que no queda lugar para ningún otro sentimiento más que la autocompasión. Es sabio no aferrarse al dolor para evitar que se convierta en sufrimiento.

¿Es lo mismo ocultar que mentir? ¿Existen las mentiras piadosas? ¿Cuándo se debe decir la verdad? Evidentemente, no es igual ocultar u omitir información que mentir, distorsionando la verdad. Antes de confesar algo o mentir piadosamente ha de analizarse si saber la verdad no causará más dolor que una mentira inofensiva. Si se oculta información, puede ser un acto más benigno que mentir y los motivos pueden ser infinitos.

LA VIVA IMAGEN DE MI PADRE

Hacía treinta años que Elena se había casado y había abandonado la casa paterna para comenzar una vida junto a su esposo. En esa casa antigua, grande, de techos altos y muchas habitaciones, habían quedado sus padres. Ya no estaban, y Elena reunió todo el coraje que pudo, se lo planteó a su esposo, Enrique, y decidieron alquilar su propiedad y venir a vivir al lugar donde ella había pasado su niñez y parte de su juventud. Elena tiene ahora cincuenta y seis años y volver a la vieja casa familiar le removi6 todos los recuerdos que tenía tan bien archivados. All6 hab6a jugado con sus primas, con su perro Tony, con su gata Dorita; hab6a peleado con su hermano Jos6, porque dec6a que hac6an diferencias con 6l; all6 hab6a hecho los deberes de la escuela con mam6, y mantenido largas conversaciones sobre la vida y sus peligros con su padre.

Andr6s, su padre, era todo un personaje. Muri6 varios a6os despu6s que su madre y se neg6 a abandonar la casa familiar, por m6s que todos le dijeran que era muy grande para un hombre solo, dif6cil de mantener y de limpiar, con tanto fondo con 6rboles frutales y plantas que do6a Blanca cuidaba con esmero. Irse de la casa, dec6a, hubiera sido como abandonar a su amada esposa y a los recuerdos que con ella hab6a generado en ese hogar. Andr6s era muy habilidoso y pod6a arreglar todo lo que se descompon6a. Menos pintura y alba6iler6a, le pod6an pedir cualquier cosa que don Andr6s lo compon6a o hac6a.

Elena logr6 un buen arreglo econ6mico con su hermano y se hizo propietaria de la totalidad de la antigua casa.

–Si nos vamos a vivir a la casa de tus padres, pong6mosla en condiciones. Ac6 tenemos todas las comodidades modernas que podamos darnos el lujo de tener: aire acondicionado, agua caliente en todas las canillas, un *yacuzzi* en el ba6o principal, cocina muy completa para que est6s c6moda cocinando como te gusta y hasta una barbacoa en el fondo para recibir a amigos y hacer asados divertidos, sin mojarnos si llueve.

–Est6 bien. Nos llevar6 un dinero, pero con la herencia de mi padre y los ahorros que tenemos podremos enfrentar esa reforma. Tamb6en llevar6 un tiempo terminarla, porque sabiendo lo perfeccionista que sos, querr6s que todo est6 como de revista de decoraci6n y ya sabemos lo que es el gremio de la construcci6n en este pa6s.

–Como no tenemos apuro, porque estamos muy c6modos ac6, que lo vayan haciendo

bien y a su tiempo.

Hubo que acondicionar la casa paterna para la vida moderna: pisos flotantes, paneles de yeso en las paredes con aquella humedad rebelde que no habían logrado combatir desde que ella tenía memoria, hacer los dos baños y la cocina nuevos. Una vez que estuvo pronta, Elena y Enrique se mudaron un jueves bien tempranito. Quedaron exhaustos y muy estresados. Se sabe que la mudanza está en los primeros puestos de la lista de actividades o situaciones más estresantes. Luego de perder a un ser querido o disolver una pareja, se ubica la mudanza. Embalar y acondicionar las cosas para su traslado, aprovechar para desechar todo lo viejo o en desuso, prestar atención para que nada se rompa o se pierda, ubicar todo en la nueva residencia y acomodarse a los nuevos ambientes y al nuevo barrio, generan un tipo de estrés bueno (la mayoría de las veces, porque hay mudanzas que no son voluntarias ni disfrutables para la persona) que pone muy ansioso a cualquiera.

Así estaba Elena. Cuando terminó de poner el último adornito sobre el mueble antiguo, salió a la puerta a reconocer un poco el barrio, a verlo con ojos de adulta y con más detenimiento que cuando venía a visitar a sus padres después de casarse. Poco había cambiado desde entonces.

De pronto, sus reflexiones, sus conversaciones internas, se vieron suspendidas por alguien que la saludó al reconocerla.

—Hola, Elena. ¿Por acá?

—Sí, terminamos hoy la reforma de la casa y nos vinimos a vivir con mi esposo. José, mi hermano, no quiso saber de nada, así que le compramos su parte y acá estamos.

—Siempre se vuelve al primer amor, dicen, así que te acostumbrarás muy pronto al barrio, y a la casa lo descuentan, porque hace como dos meses que está en obras; la deben de haber hecho de nuevo.

—No tanto. Quedó linda.

—Sabés que falleció Marina, la señora vecina de acá, casa por medio de la tuya.

—¿Doña Marina? No sabía nada. De chicos íbamos mucho a su casa y jugábamos con su hijo más chico, Mauro; el otro era mucho mayor que yo y no nos daba corte. ¿Vas para el velatorio? Esperame que yo también voy.

—Del mayor, Abel, no sé nada; creo que se fue a Canadá hace años. El que quedó es Mauro, el hijo más chico; ya es un hombre con una hija de unos veinte años, lindísima y muy aplicada, respetuosa y dulce. Su esposa, Lucy, también es muy agradable, pero él es un antipático, no sé quién se cree que es, porque acá todos nos conocemos el origen; no hay cómo inventar u ocultar algo. A la esposa, que es una divina, la trata horrible, y con la hija tiene terribles peleas. Fijate que después de tantos años de casados, el mes pasado le dijo a la esposa que no sabía quién era el padre de su hija. Todo porque la señora quería ir de viaje, con invitación de su hermana que la ve siempre triste.

—¡Qué exagerado! Por celos ¿dudó de la honestidad de la propia esposa? Como para que la hija no sea rebelde, con ese padre... Hace años que no lo veo, no sé si después de que me casé, hace treinta años, lo volví a ver.

Doña Marina, la vecina de al lado, era una mujer muy dulce, que siempre los recibía con torta recién hecha o helados caseros que les encantaban. Había quedado viuda hacía muchos años, casi enseguida de que naciera su hijo Mauro, que si Elena no calculaba mal, tendría como diez años menos que ella. Así, Elena y su vecina Susana fueron a cumplir con una familia a quienes conocían desde hacía décadas.

Había mucha gente en el velorio, se acercaron a saludar a los familiares más directos. Mauro estaba de espaldas, conversando con unos compañeros de trabajo. Ella le tocó el hombro y cuando él se dio vuelta, Elena vivió un impacto que la dejó sin palabras. Ese hombre que tenía enfrente, con el que había jugado tantas veces cuando eran niños, era la viva imagen de su padre. Cuando logró recuperarse de la sorpresa, lo saludó y trató de disimular todo lo que pudo, para no delatar sus pensamientos.

Al regresar a su casa, fue directamente a la caja de las fotos familiares. No la encontraba; eso pasa en las mudanzas recientes. Le preguntó a Enrique, que era como preguntarle a un zombi, dónde podrían haber puesto esa caja con tanto valor afectivo. Sin embargo, Enrique se la llevó en un par de minutos. Era una de las pocas cosas que aún quedaban por guardar.

Buscó frenéticamente, luego más calmada las miró una por una y finalmente encontró la que buscaba. Era su padre cerca de los cincuenta años, en una foto de medio perfil, blanco y negro. Si estaba impactada, ahora quedó confundida. Había comprobado que su padre y Mauro, el hijo de la vecina, eran dos gotas de agua. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Desentenderse del tema? ¿Hacer de cuenta de que por acá no pasó nada? ¿Vivir con esa duda el resto de su vida? ¿Ir a la casa de Mauro y mostrarle su hallazgo?

Fueron unos minutos, pero a Elena le parecieron una eternidad, y, tal como es ella, ejecutiva y práctica, resolvió ir a lo de Mauro, lo antes posible, e intentar demostrarle lo que sospechaba y, sobre todo, oírlo. Capaz que lo que para ella era todo un descubrimiento, hacía años que él lo sabía.

Al otro día por la tarde, tocó el timbre y abrió Lucy, la esposa de Mauro.

–Buenas tardes, señora, soy Elena, la vecina de casa por medio, hija de Blanca y Andrés, ¿los ubica?, ¿los recuerda?

–Claro, cómo no voy a ubicarlos si fueron vecinos de muchos años, desde que nos casamos y vinimos a vivir a la casa de mis suegros. ¿Quiere pasar? ¿Qué la trae por acá?

–Vengo a hablar con Mauro, ¿está?

–Está trabajando, demora un par de horas aún. Si la puedo ayudar en algo...

–No, gracias. Prefiero hablar con él.

–¿Quién es, mamá?

–Una vecina de al lado que quiere hablar con tu padre.

Gabriela, la hija de Mauro, enseguida se unió a la conversación, se presentó y saludó a Elena. No entendía muy bien por qué esa señora solo quería hablar con su padre. Así que muy suelta y directa, como son los jóvenes hoy día, se lo preguntó.

–¿Por qué tenés que esperar a papá?, ¿no nos podés contar a nosotras? Vos estabas en el velorio de la abuela ayer, ¿no?

–Sí. Bueno, les quiero mostrar una foto.

–¿Por qué tenés una foto de mi papá vos? No te conocíamos hasta hace un rato y solo te vimos ayer.

–No es tu papá, es el mío.

–¿Qué, ahora me vas a decir que somos hermanas? Esto parece una novela venezolana.

–No puedo ser tu hermana, porque soy mayor que tu padre. Traje esta foto porque después de ver a tu papá en el velorio, me di cuenta de que es la viva imagen del mío. Fui a casa directamente a buscar la foto y ahora la traje para mostrársela a tu padre.

A ver, dame. Sí, no hay duda de que el parecido es enorme.

–¿Parecido? Son iguales.

–Entonces, esto quiere decir que...

–Que tu papá es hijo del mío.

–Así que la abuela Marina...

–Tuvo un romance con don Andrés, mi padre.

–¿Cómo se lo vamos a contar a tu padre? –reflexionó Lucy, la esposa–. ¡Con el carácter que tiene últimamente! Además, mirá si va a aceptar que su santa madre no era tan santa.

–Tendríamos que tener pruebas irrefutables, como me enseñan en la Facu. Esto me está gustando, sigue pareciendo una novela venezolana. Así que el señor Mauro Gabriel Iturralde no es hijo de don Aparicio Iturralde, sino de... ¿cómo se llamaba tu papá?

–Andrés Mendivil.

–¿Querés que nos hagamos vos y yo un examen de ADN? Yo, encantada de bajarle los humos a papá.

–Bueno, si tú querés, yo estoy dispuesta.

–Bueno, mañana mismo vamos.

–Cuando tengamos el resultado, si es positivo como supongo, se lo mostramos, y si no, para qué nos vamos a exponer a la furia de tu papi.

–Dale, quedamos así.

Las noveles tía y sobrina, al día siguiente acudieron a hacerse el examen cuyo resultado demoró unos veinte días. Con temor, ansiedad, sana expectativa y hasta esperanza, abrieron el sobre del resultado: 0,99, 375% de probabilidades de que fuera el padre biológico. Ahora había que contárselo a Mauro.

Elena estaba muy contenta y lo comentó con su esposo. Teniendo un hermano tan poco interesado en comunicarse con ella, viviendo tan separados, ella amaba la idea de tener una sobrina veinteañera, un hermano más próximo, una cuñada que parecía muy agradable. Enrique opinaba que se estaba metiendo en un lío que podría evitar, pero si a Elena se le ocurre algo, mejor salirse del medio, porque lo hará de todos modos, y se llevará por delante al que se le oponga. Sus treinta años de matrimonio, más algunos de novios, se lo habían enseñado.

A la tardecita siguiente de tener el resultado, Elena fue nuevamente a casa de Mauro con el sobre y la foto en la mano. En primera instancia, Mauro atendió con seca cordialidad a la vecina. Recordaron la época en la que jugaban juntos y conversaron

sobre sus respectivos padres. Cuando vino el momento crucial, Elena estaba un poco nerviosa. La esposa no colaboraba por temor y la única que desafiaba a todo el mundo era la preciosa Gabriela.

Cuando le mostraron la foto, Mauro no quería creer que ese era el padre de Elena. Conocido el resultado del examen de ADN, la primera reacción fue negar la posibilidad, culpar a la hija porque se había prestado para hacer “ese mamarracho” y finalmente dar un portazo e irse.

Lucy lo siguió e intentó consolar su llanto. Le tomó la cabeza entre sus manos y lo acarició hasta que se calmó. Todas las mujeres, con su sensibilidad a flor de piel, lo entendían bien. Aplicando empatía pudieron imaginar lo que estaba sintiendo. Y justo ahora que ya no podría preguntárselo a la madre. Para él todo se desmoronó: no era hijo de quien consideró toda la vida como su padre; su madre, a quien tenía por una santa, no había sido tan casta ni tan fiel; su padre, bueno el que lo crió como tal, había muerto, suponía, ignorando toda la situación, lo mismo que la madre de Elena. ¡Qué confusión! Además, ya habían fallecido todos los mayores que podrían haber despejado sus dudas.

Ahora entendía la rebeldía de su hermano mayor que conforme pudo se fue a vivir a Canadá y no apareció más; ahora comprendía por qué vivía con esa desconfianza de la paternidad de su hija; como si temiera repetir una historia que desconocía. Algo en su interior le decía que su situación no era como se la habían contado. ¿Por qué tuvo que saberlo después de muerta su madre? No podía negar el parecido en la foto ni el resultado del examen del ADN.

—Ahora, Mauro, tenemos que hacer todos los papeles para que te reconozcan como hijo de Andrés. Luego tengo que reabrir la sucesión y agregarte como heredero.

—No, no quiero nada. Puedo aceptar, con reservas, no por vos sino por la situación, que seas mi media hermana, lo mismo que tu hermano; puedo aceptar, porque no me queda otro remedio, que tu padre fue también el mío, pero solo biológico, porque sigo sintiendo como padre a Aparicio. Padres no son solamente quienes engendran a los hijos, sino quienes los cuidan y crían. Por otra parte, si hubieran querido que heredara, me hubieran dicho esta noticia que movilizó todas mis creencias, en vida. Pudieron explicármelo cuando fui un joven inteligente y vivaz; prefirieron mentir y engañarme toda la vida. No quiero nada.

Ahora entiendo por qué don Andrés venía tan seguido cuando yo era chico, nos traía comida, juguetes. Mi hermano y yo lo llamábamos tío, ¿te acordás? Seguramente se aprovechó de la ingenuidad de mi madre. No quiero juzgarlos. Este hecho, aunque doloroso e impactante, no me cambia nada el amor que siento por mi madre.

—A mí siempre me llamó la atención que mi padre ayudara a tu familia con objetos materiales y con mucho afecto, enseguida que naciste tú y falleció tu padre. Siempre pensé que era por solidaridad con una señora joven que había quedado viuda y sin muchos recursos. Como mi padre tenía el almacén del barrio, pensé que era una familia más de las tantas que ayudaba. Era muy generoso, pero nunca pensé que estuviera manteniendo a su hijo, ni que tuviera que lavar su culpa con arroz, leche o fideos.

—Lo que más me duele es el engaño de mi madre.

–Sí, claro, papi, “don perfecto” –agregó la jovencita–, ¿cómo va a decirle ahora al mundo que no es tan perfecto? Descubrió que es humano y su madre también. Imagino el sufrimiento del abuelo con esa duda carcomiéndolo. ¿Ustedes creen que en algún momento sospechó algo

–No creo –le dijo la novel tía– porque Marina y Andrés eran muy discretos, y antiguamente, siempre que se quiso ocultar una relación de amantes, se pudo hacer. Ahora, con tantos celulares inteligentes, con GPS, con redes sociales que detectan desde dónde escribís es más difícil; pero entonces, con un poco de prudencia, alcanzaba.

Después de varios meses de mucho dolor, de muchas preguntas sin respuestas, de acudir a consulta con un psicólogo semanalmente, Mauro concluyó que había ganado dos hermanos y un cuñado, que su familia, involuntariamente había aumentado. Con mucho esfuerzo podía llegar a aceptar la nueva situación y los nuevos parientes, pero para él su padre sería por siempre don Aparicio, que lo cuidó, lo educó, lo motivó a estudiar y proyectarse; fue quien lo aconsejó sobre los temas de la vida y lo consoló en los momentos más turbulentos; hizo de él un hombre con valores profundos. Esos mismos valores que hoy no podían variar porque un análisis clínico lo ordenara.

La vida continuó su curso, sin grandes cambios aparentes. Mauro no quiso participar de la herencia ni cambiar su apellido. Siguió amando a las personas con las que creció, sin juicios, y lo más importante: sin rencor.

Elena está fascinada por la familia que ha descubierto. Se hizo muy amiga de la esposa de Mauro y consiente siempre a su sobrina. Salvo el hermano y el esposo de Elena, no sabía nadie más este secreto. Entre todos resolvieron que sería Mauro quien decidiera cuándo y a quién confesarlo. Hasta se tomó su tiempo para decírselo a su hermano residente en Canadá.

Análisis aplicando Inteligencia Emocional

Palabras clave en esta historia:

- Generosidad
- Engaño
- Verdad
- Empatía
- Rencor
- Perdón
- Amor

Es innegable que Elena actuó con una generosidad y una valentía que la distinguen del resto de las personas. Solo alguien que ejerce, naturalmente o como producto de estudios profundos, la Inteligencia Emocional, puede decidir destapar esta Caja de

Pandora. Nadie sabía qué podría derivar de tamaño descubrimiento. Si hubiera pensado con egoísmo y en que debería hasta repartir su herencia, hubiera dejado todo como estaba y moriría con su secreto. Sin embargo, no solo buscó la foto, sino que se hizo el análisis de ADN, con la complicidad de su potencial sobrina.

A consecuencia de todas estas revelaciones, quedó al desnudo el engaño mantenido ante todos por el padre de Elena y la madre de Mauro. Años y años de mentiras, de secretos, de engaños continuados solo generaron desconfianza inconsciente en Mauro, que no sabía por qué hasta dudaba de su propia paternidad, ofendiendo a su esposa. Nuestro interior siempre nos indica lo que está mal, a veces no lo entendemos, en ocasiones queda a nivel subconsciente y jamás asume las razones lógicas, pero siempre nos alerta. Algunas personas confían en su intuición y resuelven investigar racionalmente sus incertidumbres, aun exponiéndose al dolor, y otras prefieren no averiguar para no tener que tomar decisiones que pueden llegar a perjudicarlas y hasta alcanzar a inocentes.

Finalmente, con la generosidad de Elena, la valentía de la joven Gabriela, que lo hizo más por enfrentar a su padre que por interés en saber quién era su abuelo, salió a la luz la verdad. Lo que es genuino debe sobresalir siempre, pero en algunos casos, aun cuando no se mienta, se puede ocultar la verdad. No es lo mismo mentir que ocultar la verdad. Elena pudo ocultarle a Mauro la verdad que cambiaría la vida de ambos para siempre y no le hubiera mentido, porque él jamás sospechó sobre su origen. Muchas personas, basadas en su sinceridad a ultranza, van por la vida hiriendo, ofendiendo, molestando. Ser sincero no es decir nuestra verdad a toda costa. Si alguien no nos pide opinión, darla cuando sabemos que va a herir no es ser sincero, es ser grosero. Si una conocida se presenta ante mí con un peinado que creo que no la favorece, no tengo derecho a decírselo, salvo que me pida mi opinión. De otro lado están las “mentiras piadosas o mentiras blancas”. ¿Se debe decir siempre la verdad? No, se debe ocultar cuando el conocimiento causará un dolor que se pueda evitar. Llega una enferma grave a consultar al médico, ¿debe él decirle que le quedan pocos meses de vida? Depende de la personalidad y la vulnerabilidad de la paciente en esa época. Si el médico la encuentra lo suficientemente fuerte como para conocer la verdad, podrá decírsela, pero si cree que eso la hará caer en una profunda depresión que acelerará el desenlace, mejor ocultar la verdad.

La emoción siguiente que Elena y el entorno más próximo a Mauro sienten es la empatía. Ponerse en los zapatos del otro y ver la situación como la ve el otro. No es opinar sobre lo que siente una persona desde nuestros sentimientos o puntos de vista, sino hacer el esfuerzo de percibir el mundo como ella lo hace.

Nada hubiera podido funcionar si todos los involucrados no hubieran ejercido el perdón. Elena debió perdonar a su padre, que engañó a su madre y mantuvo una relación con la vecina, producto de la cual nació Mauro. Él debió también perdonar a su madre, a quien tenía como una santa, no solo por la aventura extramatrimonial, sino por el engaño que duró toda la vida. Sin perdón Mauro hubiera vivido en el rencor y eso sí lo hubiera enfermado y dejado más áspero, si fuera posible, su carácter. Siempre lo mejor es elegir el perdón y abandonar cualquier motivo de rencor, que solo mortifica y enferma a quien

lo siente, no al destinatario.

Sin amor de todas las personas entre sí y con los fallecidos, nada se hubiera sanado. No se puede juzgar a los demás, porque no somos seres perfectos, porque todos cometemos errores, y en este caso, porque ni siquiera están para dar explicaciones. En la historia, debió preservarse el amor sentido toda la vida por la madre y por el padre que lo crio, con tanta abnegación y cuidado. Nunca sabrán los protagonistas sobrevivientes si los mayores conocían toda la historia, y mejor ignorarlo. La compasión por el padre que conoció como suyo para descubrir que no lo era no lo hubiera dejado vivir. La vergüenza ajena por su madre y por el padre biológico tampoco hubiera sido fácil de superar.

En fin, el amor es la llave de todas las puertas y, seguramente, la energía que mueve al mundo.

ME ENTERÉ POR SU TESTAMENTO

Claudia es una mujer muy interesante; de rasgos delicados, con una belleza clásica, sin estridencias. Es suave, de personalidad muy calma y tolerante. Cualquiera persona disfruta de su compañía, y su esposo, con el que estuvo casada por más veinte años, dijo amarla intensamente. Miguel falleció hace dos años; una enfermedad lenta y dolorosa lo mantuvo en una agonía interminable. Ayer abrieron su testamento, y hoy todo su entorno afectivo está sorprendido y muchos doloridos, decepcionados y rencorosos. Contemos cómo se desarrollaron los hechos. Hace diecisiete años se dio este diálogo:

–Miguel, ¿te acordás de mi prima Ema?

–Sí, la que vive en Buenos Aires desde hace un montón de tiempo.

–Sí, esa. Bueno, la semana próxima se vuelve definitivamente y me pidió si la podíamos alojar acá por un tiempito hasta que se consiga trabajo y se ubique. Me pareció que no tendrías inconvenientes y ya le dije que sí. El jueves estará por acá; la tenemos que ir a buscar al puerto a las 19:30.

–Ya tenés todo resuelto. Creí que me ibas a contar algo de tu prima, pero resulta que me ibas a comunicar una decisión tuya que ya le informaste. Como siempre, yo soy un cero a la izquierda en esta casa. Tu hija y tú me ignoran.

–No digas eso. Mi hija, que es tuya también, te adora, y yo pensé que estarías de acuerdo. Siempre estás conforme con lo que decido.

–Porque no me das opciones. Nunca puedo opinar. Bueno, ya está, no será esta la ocasión para comenzar a hacer pesar mis opiniones. Si ya le dijiste, y es por poco tiempo, está bien, que venga. Lugar tenemos. ¿Viene sola? ¿O se trae al novio, ese sospechoso, ese bueno para nada, que tiene allá?

–Viene sola. Precisamente, viene porque se peleó con el novio y no tiene dónde vivir. Viste que siempre es mejor llorar en el hombro de un pariente o un amigo a quedarse sola en otra ciudad.

–Está bien. Que venga. Me voy a trabajar y hablaré tranquila con ella. La iremos a buscar a la hora que llegue.

Trascurrieron los días y llegó la prima de Claudia.

Ema es una mujer inquieta, no demasiado bonita, desencantada de la vida y de los hombres. Tuvo varios novios y una pareja estable con la que vivió varios años en

Buenos Aires. Había emigrado diez años atrás, cuando era una joven emprendedora y aventurera, a buscar nuevos horizontes y ejercer su profesión de diseñadora de alhajas. Por ese entonces Montevideo era un lugar impensado para un oficio como ese. Pero por allá, con la cantidad de habitantes y turistas que tiene Buenos Aires, más los grandes negocios y tiendas por departamentos, seguramente encontraría dónde desarrollarse. Así fue. A los dos meses ya estaba trabajando en una de las mejores joyerías de la ciudad. Con la recomendación que su profesor le hizo, enseguida la tomaron y todos estaban conformes con su trabajo.

Al año de estar radicada en la ciudad, conoció a Omar, un obrero de la construcción que tenía un cargo alto y de responsabilidad en una empresa constructora. Era muy ordinario, se podría decir que hasta bruto, con manos engrosadas por la tarea y la piel curtida por el sol. Sin embargo, con ella tenía una suavidad y una dulzura que Ema no había conocido antes. Ella se enamoró conforme él le habló con voz profunda y seductora. Al poco tiempo, lo invitó a vivir en la enorme casa que había alquilado al llegar. Era una casa rodeada de jardín, que él mantenía con cuidado y prolijidad. Salvo frecuentar a sus amigos de la joyería, hacían todo juntos. Ante ellos le daba vergüenza presentar a ese grosero hombre primitivo.

La vida fue pasando con la felicidad intermitente que tienen casi todas las parejas, hasta que un día ella descubrió que una mujer estaba chateando con él por *whatsapp*. Omar era bruto pero bastante entendido en informática y tecnología. Es que era inteligente, pero la vida no le había dado la oportunidad de cultivarse y desde niño tuvo que trabajar para ayudar a su madre. Sin preparación ni estudios, solo le quedó dedicarse a la construcción. Ema se inquietó un poco por su descubrimiento, y cuando lo encaró, Omar le restó importancia al tema. Ella lo dejó pasar por esa vez, pero quedó atenta.

A la semana, vio “casualmente” que Omar había estado conectado hasta las 4:30 de la madrugada con su celular y “el maldito *whatsapp*”, como ella lo calificaba. Le preguntó nuevamente y él ya no pudo ocultar que estaba vinculado con otra mujer desde hacía unos meses, y que estaba buscando el mejor día y la mejor hora para decírselo. El momento llegó de la peor manera: por el descubrimiento de Ema. Nunca se supo si él no había dejado las huellas y pruebas de su infidelidad muy al descubierto para que ella las encontrara y tuviera que tomar una decisión. Rompieron su relación de varios años, ella renunció al trabajo que amaba y le pidió a su prima Claudia para vivir en su casa, en esa ciudad natal a la que deseaba volver. Cuando alguien se siente mal, volver a sus raíces puede ser una forma de sanación inmediata.

Llegó el jueves a las 19:30 como había dicho, y su prima y su esposo estaban esperándola. Los abrazos y besos del caso, cargar las maletas en el auto y llegar a casa de sus parientes fue todo uno.

–Tengo que agradecerles. Claudia, siempre fuiste y sos mi salvación. Desde que éramos chicas me sacabas de las peores situaciones. Siempre te vi como mi hermana mayor. Y vos, Miguel, sos el merecido esposo de mi prima. Ella te ama y yo siempre supe que había sacado la lotería contigo. Les prometo que me quedaré por poco tiempo

en su casa. Será hasta que encuentre un buen trabajo y pueda alquilar una.

–No te preocupes, la casa es grande y mientras que no tengas trabajo, podés ayudarme con las tareas de la casa y cuidar de Micaela mientras yo voy a trabajar. Ya verás, está hecha una nena muy linda y es muy juiciosa. No da trabajo para nada, pero la tengo que dejar con alguien mientras trabajo.

–Contá con eso, prima. Es lo menos que puedo hacer para pagar tanta generosidad de ustedes.

Así llegaron a la casa, la recorrieron y conoció a Micaela, con quien tuvo afinidad enseguida. La nena, que ni la conocía, le estiró los brazos para besarla y se mantuvo a su lado un poco curiosa. Al día siguiente Ema ya estaba como en su propia casa. Le habían dado una habitación hermosa, amplia, con grandes ventanales al precioso jardín que cuidaba Miguel.

–En mi casa de Buenos Aires, era Omar quien cuidaba del jardín. Estaba precioso y acá veo que sos vos, Miguel. ¡Qué coincidencia!

–Sí, me gusta y me desestresa. Cuando vuelvo de trabajar me dedico a regar y cuidar de las plantas. Viste que el jardín es grande y requiere tiempo, pero me distrae.

–¿Todavía lo extrañas? –preguntó Claudia.

–Claro, el amor no muere de un día para el otro. Yo no hubiera dejado nunca con él, si no lo hubiera encontrado chateando con otra mujer. Bueno, pero ya está en el pasado. Quiero comenzar una vida nueva y no puedo hacerlo sobre el dolor y el rencor.

–Sabia actitud, prima. Así se hace.

A los tres meses, Ema encontró trabajo en una muy buena fábrica de alhajas de Montevideo. Venía muy bien recomendada desde Buenos Aires y la tomaron en cuanto hubo una vacante. Ganaba bien y enseguida quiso alquilar un departamento y mudarse sola, pero Claudia la convenció de que se quedara con ellos, porque hasta le servía que cuidara a la pequeña Micaela.

Pasaron tres años y todos felices. Todo parecía estar en su lugar y las relaciones entre los cuatro (los tres adultos y la nena) parecían ser inmejorables.

Un buen día, Ema le dijo a su prima que tenía que contarle algo delicado: estaba embarazada. Claudia se sorprendió bastante; su prima parecía ser una mujer tranquila y no se le conocía ningún hombre que estuviera seduciéndola. De noche, cuando Miguel llegó de trabajar se lo contó. Él lo tomó con mucha naturalidad, como toman los hombres los temas que no les pertenecen.

–Está bien, que se quede acá, si quiere. Nos viene bien otro niño para que juegue con Micaela. Tendrán unos años de diferencia, pero la nena lo cuidará como un muñeco cuando lo vea.

–Sí, yo sabía que dirías eso, así que ya le respondí que se puede quedar tranquila en casa.

–Otra vez, años después, tomando decisiones con relación a tu prima sin consultarme, pero ya estoy acostumbrado. No sé si soy bueno o bobo.

–Sos bueno, mi amor. ¿Cómo podría dejar a mi prima sola en el mundo, embarazada?

–Muy sola no estará porque con alguien engendró ese bebé.

–Sí, claro, pero no quiere contar nada y yo no quiero presionarla.

La beba nació preciosa y sana. Le pusieron Elizabeth, como la reina, decía Ema. Micaela estaba muy contenta de tener una beba para cuidar. Creía que era una muñeca más de las muchas que tenía.

A los tres meses, cuando Ema se dispuso a bautizar a la beba, les preguntó si querían ser los padrinos. Sería una forma de agradecerles tantos cuidados y hospitalidad. Por otra parte, si los padrinos son los padres elegidos para la ausencia de los verdaderos, qué mejor que Claudia para quedarse con su hijita si a ella le pasaba algo, y Miguel sería el padre perfecto también. Aceptaron gustosos. La ceremonia se hizo con todos los ritos y la emoción previstos, una vez completado el curso que los padrinos debieron hacer en la iglesia de la zona.

Los años fueron pasando y ahora los cinco vivían muy felices en la casa. Las nenas se trataban como hermanas, y Elizabeth les llamaba padrinos a los dueños de casa.

Con el tiempo, Miguel se enfermó de gravedad. Lo operaron y le dieron, como mucho, un año de vida. Vivió un poco más por los cuidados que las dos mujeres de la casa le daban. Las niñas, ya adolescentes, lo mimaban y las señoras lo cuidaban como verdaderas expertas. Se turnaban y hasta cambiaron los horarios de trabajo para no coincidir en la casa y que siempre estuviera una atendiéndolo. Las chicas estaban estudiando, pero cuando llegaban lo colmaban de mimos y cuidados. Micaela ya tenía licencia de conducir, y en las tardes cálidas y soleadas del invierno lo llevaba a pasear por los lugares que él amaba.

Lo inexorable ocurrió y Miguel, pese a todos los cuidados médicos y hogareños, falleció una fría mañana de julio. No hicieron velorio. Ya no se usan, dijo Micaela muy resuelta. Donaron los órganos que pudieran ser útiles y procedieron a la cremación que él siempre había pedido.

Luego de los malos ratos inevitables y prácticos que trae la muerte, la vida de las cuatro mujeres siguió sin sobresaltos en la casa. Las chicas estudiaban y las mujeres trabajaban. Cierta día, Eloísa, la hermana de Miguel, le planteó a la viuda la necesidad de hacer la sucesión, porque tenían en común la casa paterna, y ella quería resolver cuanto antes cuál era su parte para comenzar a arreglarla. Consultaron a un abogado; el profesional les dijo que el Registro de Testamentos indicaba que Miguel había dejado uno, que lo había hecho como diez años antes, cuando estaba lejísimo de saber que algún día enfermaría de gravedad.

Se citó a las partes interesadas: viuda, hija, hermana. Para acompañarla en tan difícil trance, Claudia le pidió a Ema que fuera con ellas.

Tuvieron que llamar a la emergencia móvil para atender a Claudia, luego de que el abogado leyera el reconocimiento por testamento de la existencia de una hija natural de Miguel, cuya madre era Ema, claro.

Elizabeth no había podido ir a la lectura del testamento porque tenía una clase que no podía evitar. Pero Claudia y su hija Micaela quedaron paralizadas por la sorpresa. La viuda se descompensó y el abogado llamó inmediatamente a la emergencia, mientras

Ema intentaba dar todo tipo de explicaciones, sin que nadie quisiera escucharlas.

–Prometimos que nunca les diríamos nada, para que no sufrieran. Tenés que entenderme, Claudia, lo único que yo no quise en la vida fue sacarte el marido. Miguel era un hombre muy especial y después de Omar, que era tan bruto, poder tener las largas charlas con él, tan culto y delicado, fue como un oasis para mi alma atormentada. Una cosa llevó a la otra y tuvimos relaciones, de las cuales nació Eli.

–No tenés vergüenza, tía (que así la llamaba desde chiquita Mica a Ema). ¡¿Cómo pudiste hacernos esto?! Te dimos toda la confianza. Sos despreciable.

–No me trates así, miralo por el lado positivo, tenés una hermana que tu padre adoraba y vos también.

–No quiero saber nada con esa chiquilina. No quiero verla más, y no pienso compartir mi herencia con ella ni contigo.

–Bueno, que no nos quieras ver, lo entiendo, aunque no es lo que prefiero, pero lo de la herencia no está en tus manos. Eso lo marca la ley.

La conversación con Mica terminó allí porque la joven no entendía razones. Cuando se recuperó la madre, la emergencia móvil se retiró y el abogado pudo seguir con la lectura del testamento. Adjunto a este había una carta que el escribano participante, cuando se elaboró el testamento, había adosado y certificado como perteneciente a su cliente Miguel Barceló Unamuno. En la carta decía:

Queridas mías:

Si están leyendo esta carta es porque he muerto. No hubiera querido que se enteraran de esta forma, porque seguramente me estarán odiando. Cuando Ema llegó a casa, el matrimonio contigo, Claudia, estaba bastante rutinario. Solo lo mantenía tu forma calmada y tolerante de ser y mi necesidad de no estar solo. Te amé muchos años y hasta el día de mi muerte te agradeceré la hermosa hija que me diste, el cuidado y el hermoso hogar que siempre mantuviste para nosotros tres. Ema tiene todo el espíritu de aventura que vos nunca tuviste, le encanta el peligro y rápidamente comenzó a coquetearme, y yo, confieso, respondí con toda la seducción que pude. No me costó mucho trabajo porque ella estaba sola, vulnerable, y yo me sentía abandonado en tu presencia. Siempre te dije que me sentía un cero a la izquierda, cuántas veces te reclamé que me consultaras antes de tomar decisiones que me involucraran. A ti te parecía que yo era tonto, pero en realidad fui bueno y no quise armar escándalos. De esta aventura, que sería por un par de veces y duró años, Ema quedó embarazada. Nos juramos no decirles nada a ti, a Mica y a la niña cuando pudiera entender, porque no queríamos que sufrieran. Pero yo no podía dejar desamparada a mi hija menor. Por eso la reconocí en el testamento ante el escribano. Ahora estarán enojadas con todo el mundo, pero era lo más justo. Cuando falten ustedes dos, quedarán las hermanas para sostenerse mutuamente. Claudia: te pido que me perdones y aceptes a mi hija, tu ahijada, como propia. Ema, te ruego que me disculpes porque fallé a la promesa que nos hicimos y lo conté todo por este medio. Mica, aunque ahora te duela, reconocé a Eli como tu hermana, no solo porque lo son, sino porque se criaron juntas. Eli:

perdoná que nunca te dijimos quién era tu padre. Te mentimos porque no podíamos hacerlo público. Ahora tenés una hermana y te pido que la ames. No me guarden rencor. Las amé a todas con el alma.

Miguel

Ciertamente, no era la forma en que hubieran preferido saber la verdad ninguna de las tres que la ignoraban. Pasado el mal momento, Claudia comenzó a increpar a su prima y a calificarla de traidora, mala persona, falsa, desagradecida y otros epítetos irreproducibles.

–¡No sé cómo pudiste hacerme esto! Me traicionaste en mi propia casa. No solo tuviste un romance con mi esposo, sino que le diste una hija y tuvieron el coraje de pedirme que fuera su madrina. A Eli no la culpo, pobrecita, está tan sorprendida como nosotras. Además, pasó dieciséis años de su vida preguntando por su padre. Le mentiste que no sabías dónde estaba, que era extranjero y se había vuelto a su país, que nunca supo que tuvo una hija y yo qué sé cuántas mentiras más. Tendrás que reclamar su perdón, ahora, además del nuestro.

–No quisimos decírselo para que no sufrieran. Miguel también me falló a mí, porque lo contó. Habíamos quedado que no les diríamos nunca.

–¡Pero ustedes no tienen perdón de Dios! ¿Cómo pudiste vivir tantos años en la mentira? Ahora entiendo la fascinación que tenía Miguel por esa niña y cómo cubría todos sus gastos con el pretexto de que era su ahijada y no tenía padre. Yo te recibí en mi casa como a una hermana y me pagás de esta manera. Yo no quiero volver a verte. Ahora, cuando salgamos de acá, vuelven a casa y sacan sus pertenencias más necesarias y se van. Dentro de algunas semanas, podés mandar a alguien a buscar el resto.

–¿Cómo me vas a echar de tu casa? También es la mía. ¿A dónde voy a ir con mi hija?

–Ah... no sé. Le hubieras pedido a tu amante que te comprara una casa, así no seguías viviendo de prestado en la mía. No me interesa nada de vos ni de tu hija.

En este estado de situación, el abogado decidió intervenir para poner paños fríos sobre la discusión que, si bien él intuía, ya se había ido de contexto.

–Señoras, las entiendo a las dos y también a las jóvenes, pero como comprenderán este no es lugar ni tampoco el momento para discutir años de convivencia y secretos. Las cuatro, por diferente motivos, y totalmente justificadas, están dolidas, pero no es ahora que lo van a resolver. Si me permiten, les aclararé algunos puntos jurídicos y les aconsejo que vean un buen psicólogo para salir lo menos dañadas de esta situación. El señor Miguel Barceló, como han podido escuchar en la lectura de la carta, tuvo la voluntad de reconocer *post mortem* y por testamento a su hija Elizabeth y de dejarle parte de sus haberes como corresponde a una hija ilegítima, nacida fuera del matrimonio con su legítima esposa, Claudia. Esto es así y no admite discusión. Ahora veremos cómo son las cuotas partes que les corresponden a cada una de las hijas y a la esposa. A la señora Ema no le ha dejado nada y si la voluntad de Claudia es que abandonen su casa, está en todo su derecho. La propiedad del inmueble, por otra parte, es un bien propio de Claudia,

habido por sucesión de sus padres. Así que esa parte no admite discusión.

En cuanto al apellido, si la joven Elizabeth quiere llevar el de su padre, deberá hacer un juicio reclamándolo, ya que este reconocimiento no le da derecho automático. Si no tienen más preguntas, nos vamos despidiendo, porque tengo muchos documentos relativos a este testamento que legalizar e inscribir aún.

—¿Cómo que Eli puede llevar el apellido de mi padre? Yo no quiero.

—No es cuestión de voluntades personales. Si ella decide iniciar el juicio y el magistrado entiende que prueba su filiación natural con su padre, no habrá otra opción. Habrá que hacer, en ese caso, una investigación con análisis de ADN. El reconocimiento paterno le da derechos hereditarios pero no de apellidos.

—Yo voy a querer, por supuesto, el apellido de mi padre. Pero por el momento, me falta tiempo para poder iniciar el juicio. Me tenés que reconocer como hermana.

—Bueno, estimadas, estoy a las órdenes, pero debemos finalizar la reunión.

Absolutamente apesadumbradas, se retiraron las cuatro. Ema y su hija pretendieron subir al auto de Claudia en el que habían ido, pero ella les sacó sin piedad la idea. Se tomaron un taxi y casi llegaron juntas a la casa; cada madre con su hija. Claudia le hizo presente que le daba un par de horas para abandonar la casa.

Se fueron a vivir, por piedad, a la casa de una tía mayor de Ema. Ella, ignorante de todo, las recibió con mucha alegría porque no quería vivir más sola y la presencia de una joven en la casa le aseguraba diversión y compañía.

Cuando terminaron los trámites, la herencia fue asignada y cada joven recibió lo que le correspondía. Por cierto que para Eli no fue mucho materialmente, pero obtuvo el reconocimiento de su padre, conoció quién había sido su progenitor después de reclamárselo a la madre por años, y todavía guarda la esperanza de haber ganado una hermana y no de haber perdido una amiga.

Claudia y su hija, Mica, nunca más quisieron saber de Ema y Eli. No hubo razones que las hicieran cambiar de parecer. Sacaron todas las fotos del padre y de las “ocupas”, como las llamaban. Nunca pudieron perdonar la traición y el secreto. Vivieron acurrucadas en el odio y el rencor. Cuando alguien les habla de las dos personas con las que compartieron más de quince años, fingen no saber a quién se están refiriendo. El rencor se ha hecho su compañero cotidiano. Claudia, que regalaba salud, tiene ahora dolores reumáticos y sus manos han comenzado a deformarse. Mica vive con migrañas, ha dejado de estudiar, y ya no recuerda lo excelente estudiante que era. Casi no reciben visitas, y la casa, antes culto de la prolijidad, con el jardín tan cuidado por el padre y las ventanas abiertas de par en par diariamente, hoy parece un mausoleo con el pasto alto y las persianas cerradas todo el día. Adentro se vive el frío de la muerte que da siempre el odio y el rencor. Ambas quedaron suspendidas en el tiempo.

Ema y su hija, Elizabeth, viven dignamente, en parte con la inversión del poco dinero que dejó Miguel para su hija. Ella nunca hizo el juicio para obtener el apellido paterno. Nunca pudo reencontrarse con su hermana. Ema conoció un buen hombre que vive con ellas y las mantiene decorosamente. Al fin y al cabo, más que el amor, este sentimiento de dependencia es el que la ha movido toda su vida. Ha manipulado a todos los hombres

que conoció y siempre buscó uno que la mantuviera. Dejó de trabajar en la joyería cuando comenzó con los problemas de salud típicos de la menopausia. Su vida es rutinaria y dice que el deseo de aventura, que siempre la mantuvo viva, murió con Miguel. Está resignada a llevar ese tipo de existencia hasta la muerte. A Miguel ya le perdonó su traición al contar sobre su hija en el testamento. Con su hija hizo las paces, porque ella es una jovencita muy alegre y agradable, y no le gusta vivir enojada ni distanciada de las personas que ama. Si le ocultó tantos años la identidad de su padre, ya no se puede modificar y lo que no se puede cambiar, mejor olvidar, piensa.

Análisis aplicando Inteligencia Emocional

Palabras clave en esta historia:

- Amor
- Solidaridad
- Empatía
- Silencio
- Secretos
- Revelaciones
- Reconocimiento tardío
- Egoísmo
- Muerte
- Rencor
- Odio
- Perdón
- Tristeza
- Enfermedad
- Justicia

Si hay una historia donde se obró sin Inteligencia Emocional, es esta. Nadie actuó como debió hacerlo. Amparado por buenas intenciones y por no querer lastimar a los demás, se guardó un secreto enorme para todas las mujeres del relato. El único hombre que participó de la historia actuó de la peor forma, si lo que buscaba era no herir. No hubo nadie, excepto él que ya estaba muerto, que no haya salido herido.

Claudia se sintió traicionada por su esposo, que no solo tuvo relaciones con la prima de ella sino que tuvo una hija y mantuvo a amante e hija bajo el mismo techo que ellos. Pero también sintió que la traicionó su prima, a quien recibió con los brazos abiertos en su casa y le ofreció todo lo que tenía. No tuvo nunca claro si le dolía más la traición o el secreto mantenido tantos años.

Micaela creyó que perdió a su padre no solo físicamente con la muerte sino también

espiritualmente. Ya no era solo su padre, sino que aquella niña, luego joven que ella tomaba como hermana, lo era realmente y le había robado a su padre para siempre.

Ema se sintió ofendida porque su amante, padre de su hija, eligió el peor momento para contar lo que habían jurado no decir jamás. Tuvo que abandonar la casa en la que se sentía tan cómoda; por un tiempo ni su hija le habló, porque también estaba enojada, y de su prima nunca más supo. Le dolía profundamente que nunca la hubieran perdonado. Con un poco de buena voluntad, pensaba, se podía haber solucionado todo.

Ema es dependiente emocionalmente. Primero con Omar, luego con Miguel y después con el tercero. La dependencia amorosa es una adicción sin droga pero con efectos semejantes. Una causa pueden ser los déficits emocionales que la persona trata de compensar con la pareja. En la historia, Ema se unió a un hombre fuerte, protector y sobre todo desaprovechado por su prima. Otra causa puede ser el desafío personal, el reto a cumplir, por ejemplo, con un amor imposible o complicado. Es el caso de Ema, también. Una tercera causa es más compleja: se trata de las personas que no se creen dignas de amor por feas o impuras. Soportarán cualquier situación humillante proveniente de aquel “que les dio corte o no las ignoró”.

Elizabeth, si bien sufrió por los años de ocultamiento y por no haber vivido la relación con su papá más que como ahijada, estaba contenta porque ya sabía quién era su padre y porque tenía una hermana. Lamentablemente, lo que para ella era tan fácil –el perdón– era palabra prohibida para su hermana y la madre de esta.

Miguel ignoró la Inteligencia Emocional y actuó con un egoísmo solo parecido al de Ema, a quien solamente le interesaba lo material. Claudia y Micaela odiaron el resto de sus vidas a los participantes de la historia, hasta al padre muerto. Fue tal la fuerza de su rencor que se enfermaron y aislaron del mundo. Se fueron consumiendo en vida. El odio y el rencor tienen esa facultad: comen por dentro a las personas que los sienten.

Micaela hasta abandonó los estudios porque el odio es un sentimiento paralizante que produce envidia por el que es feliz. Perdieron la alegría, la salud y los afectos. Ema tampoco actuó con Inteligencia Emocional porque esta indica que hay que decir la verdad para tener una vida transparente y no provocar en los demás esos sentimientos negativos de tanta fuerza. Elizabeth fue la única que rescató lo positivo de toda esta historia de mentiras y secretos. Quiso a su padre sin saber que lo era, amó a su hermana aun después de que ella la rechazara, y quiso y respetó a la prima de su mamá porque la conoció desde su nacimiento y las recibió en su casa, haciéndolas sentir como si estuvieran en la suya. Ella perdonó a todo el mundo involucrado. No pudo recuperar ni reiniciar la relación con su hermana y la madre, pero todavía piensa que si la vida las cruza, seguro tendrá la oportunidad de hablarles como si nada hubiera pasado y se hubieran visto ayer.

AMOR DE LA INFANCIA

Alfredo y Gladys estaban casados desde hacía cuarenta años, cuatro hijos, varios nietos. Se habían conocido muy jóvenes cuando él, recién recibido, fue a ejercer su profesión en un pueblo pequeño del interior de Uruguay. Ella maestra, él médico. Con los años, se mudaron a Montevideo y ambos continuaron trabajando en sus vocaciones, sin perder para nada el entusiasmo de los años juveniles. Los hijos se fueron casando y dejando el hogar paterno. En esa instancia, el amor se fue apagando, los diálogos ya no tenían aquel contenido estimulante de los primeros años. Y la pasión hacía años que los había abandonado.

–Alfredo, cada día estás más distante. ¿Te pasa algo que debería saber?

–No, mujer, son imaginaciones tuyas. Con la edad van creciendo las responsabilidades y debilitándose la energía. Cada día me cuesta más asumir mi trabajo, tanto como tengo y a veces llego agotado a casa. Simplemente eso. No busques porque no vas a encontrar.

–Si vos lo decís –dijo Gladys, no muy convencida.

Gladys había sido celosa toda la vida, primero de sus hermanos y primos, luego de un novio precoz y de Alfredo desde que lo había conocido. No era demasiado discreta para manifestar su desconfianza, a pesar de que cuanta mujer mayor tenía cerca le aconsejaba abandonar tanta pesquisa, por aquello de que el que busca encuentra. Alfredo era un hombre elegante, buen mozo, muy educado y dueño de cierto magnetismo que atraía a las mujeres. Era ginecólogo y esta profesión, cuyo núcleo son las mujeres, enloquecía a su esposa. Nunca le había encontrado nada. Pero con razón o sin ella, Gladys no perdía ocasión de investigar las actividades de su esposo.

En los últimos dos años, Alfredo había envejecido bastante. Se acercaba a la jubilación y estaba sufriendo por anticipado. Ella, por el contrario, contaba los días que faltaban para tener a su esposo siempre a su lado. Las amigas le decían que la muerte del matrimonio era la jubilación del hombre, porque ninguna soportaba la presencia masculina veinticuatro horas al día. Pero Gladys no les creía y estaba deseando tenerlo en casa. Él hacía proyectos para cuando su actividad profesional finalizara. Afiliarse a algún club para hacer deportes, jugar a las cartas, entretenerse con otros hombres; integrarse a alguna organización privada para atender de forma honoraria a mujeres

desprotegidas. En fin, él creía, no sin razón, que los sesenta años eran una edad muy joven para archivar sus conocimientos en un casillero y dejar de ejercer; pero las normas hay que respetarlas y podría practicar muy poco más allá del límite de edad.

La vida siguió transcurriendo sin mayores sobresaltos, hasta que Alfredo comenzó a sentirse muy agotado y su energía, siempre tan arriba, había decaído de forma alarmante. Fue a visitar a un colega y le explicó cómo se sentía; su amigo le mandó a hacer los análisis de rigor y, para pesar de todos, se descubrió que estaba enfermo. Una dolencia bastante poco frecuente se había apoderado de él y debió internarse. Este hecho alteró la vida de todos, pero más que nada la de la pareja.

Ella permaneció a su lado todo el tiempo que estuvo internado en un sanatorio privado, pero cuando se agravó y debió pasar a la sala de cuidados intensivos, debió conformarse con esperar los informes médicos, sentada solo con la compañía de Dios, en aquella sala de espera. Iban los hijos, sus parejas, algunas amigas, la hermana de Alfredo, pero nada colmaba su vacío ni mitigaba la preocupación por la salud de su amado esposo.

Pasaron cuarenta días en estas circunstancias, y así como había aparecido su enfermedad, lo había abandonado. Volvieron a su casa, siguieron la rutina que tenían desde hacía años. Ahora, ambos estaban jubilados y la presencia y compañía era mutua a tiempo completo. Alfredo ya no estaba enfermo, pero seguía decaído. Su estado era más producto de un vacío espiritual que de una desarmonía física. No encontraba su lugar en el mundo, tan luego él que siempre había sido tan seguro y había vivido tan feliz ejerciendo su profesión. Ni la presencia de sus nietos calmaba su angustia.

–Alfredo, ya no estás enfermo, por lo menos eso demuestran los análisis clínicos y opinan los médicos. ¿Qué te está pasando? ¿Te puedo ayudar en algo?

–No tengo nada, ¡qué manía tenés de buscar cosas que no existen!

–Que no me quieras contar es una cosa y te respeto, pero que me digas que no pasa nada no lo aguanto, porque te conozco como a la palma de mi mano, más que a mis hijos, casi. No podés disimular que estás triste, desanimado.

–No es así, quedate tranquila.

Y ella se quedó tranquila, hasta que un día escuchó, casi sin querer, que él hablaba por su celular con tono muy bajo. Se quedó disimulando una tarea cerca de él, que estando de espaldas, no la podía ver. Cuando finalizó la llamada, ella preguntó y recibió la respuesta que hace meses estaba buscando, pero que hubiera preferido no conocer jamás.

–Alfredo, ¿con quién hablabas?

–Con un paciente.

–¿Con quién que no se haya enterado de que te jubilaste?

–No lo conocés, dejame en paz.

–¿Por qué hablabas como en secreto? Hasta creo que te reías en forma pícara.

Decime, aunque duela, prefiero saber la verdad.

–¿Estás segura? Capaz que la verdad no te gustaría saberla.

–Decime, estoy preparada, y nada será peor que la angustia que estoy pasando desde

hace meses, desde que te veo tan cambiado.

–Bueno, entonces te cuento, pero mirá que vos me lo pediste. Estando en el CTI, con tanta medicación que me daban, pasaba varias horas al día como en un sueño liviano, sin dejar de estar consciente, como en una ensoñación. En muchas ocasiones, se me presentaba en esa circunstancia la vívida imagen de una compañera de escuela, de mi pueblo, hace tantos años. Me repetía incansablemente el nombre de aquella niña: Estelita García. Cuando me dieron el alta, después de recobrar las fuerzas como para manejar, resolví salir a buscarla. Me fui al pueblo, la busqué y como se había mudado a Montevideo, hablé con una prima que me dio el teléfono actual.

–¿Y yo dónde estaba cuando fuiste al pueblo? ¿Cómo no me enteré?

–Te mentí, te dije que iba a una ONG para ofrecerme como voluntario, porque no soportaba más estar sin trabajar y sin compartir mis conocimientos. Estando internado me acuciaba aún más la idea de no morir sin distribuir mis conocimientos.

–Y luego que supiste el teléfono de esa tal Estelita, que ya estará tan vieja como vos, ¿qué hiciste?

–La llamé por teléfono. Ella se sorprendió mucho con mi llamada, pero se acordaba perfectamente de mí.

–¿Solo te quedaste en llamadas telefónicas o se vieron?

–Nos vimos varias veces. Fui a su casa; es viuda y tiene dos hijos casados. Es una mujer libre y tan agradable como la recordaba. Las citas se fueron multiplicando y empezamos una relación paralela a la que tengo contigo. Fue todo muy mágico.

–Estás hecho un viejo chocho. Estás deslumbrado por tu compañerita de escuela que ya es una señora tan mayor como tú y pensás que si retomás la relación con ella, retrocederás a la época en que eras joven y con la vitalidad a pleno. Pero enterate, ni ella ni nadie puede devolverte los años pasados, la lozanía de tu piel o las facultades mentales como cuando eras estudiante. Por más que retrocedas hasta la escuela, tus años los tenés, los has vivido y ahora tendrás que resignarte, como todo el mundo, a que esta es la vida que te toca a tu edad: jugar a las bochas y cuidar a los nietos.

–Yo no tengo para mí esa imagen de futuro. Me veo renovado, con las ganas de vivir que hacía tiempo había perdido. Estelita me devolvió la alegría. Puedo pasar ratos con ella hablando de cualquier cosa, que me entiende en todo.

–Sí, claro, porque cuando se cansa de vos, te manda de vuelta a casa y que te banque yo.

–No me agredas, Gladys, no hagas las cosas más difíciles. La semana que viene me voy a vivir con Estelita.

–¿Quééééé me estás diciendo? ¿Enloqueciste? ¿Vas a tirar cuarenta años de matrimonio por una ilusión ingenua de la infancia?

–No, no voy a abandonar nada, porque los años vividos permanecerán en nuestra memoria. Lo que intento es ser feliz los años que me queden de vida, y liberarte a ti para que también puedas ser feliz, sola o acompañada.

–¿Pero cómo pretendés que sea feliz con esta noticia que me das? Me estás clavando un cuchillo en el medio del corazón y falta que ahora digas que lo hacés por mí. Lo hacés

por vos, porque sos un egoísta y vaya a saber qué te prometió esa mujer. Además ¿qué le viste? Porque tiene tu edad, o sea que es mayor que yo. Es una mujer mayor, está jubilada. ¿En qué me equivoqué? ¿Cómo es posible que tires cuarenta años de matrimonio feliz por una vieja?

—No es una vieja; está muy bien. Se mantiene espléndida. Siempre fue una mujer de perfil bajo, sin estridencias, y ahora sigue así. Habla bajo, usa pollera, no toma ni fuma, tiene una vida sana y su casa, que alquila, es muy austera. No me voy con ella ni por su fortuna, ni para hacer largos viajes, ni vivir una vida de rey, como estarás suponiendo. Me voy porque me respeta, me atiende, para ella yo soy lo más importante. Es calma y me ofrece vivir en esa armonía que hace años estoy buscando. Acá la vida entre nosotros se ha hecho insostenible. Me discutís cada cosa que hago o digo, porque todo te parece mal; estás siempre alterada o de mal humor; tu vida pasa por tus hijos y tus nietos y por la economía familiar. El nivel de tu felicidad se mide por las cosas caras o de última moda que podemos comprar, y yo estoy de vuelta de esas cosas. Cambio cualquier objeto material o tecnológico por una vida en paz, sin discusiones ni sobresaltos. Sin tanta comodidad, sí, pero en paz.

—No me podés estar hablando en serio. Y ¿cuándo pensabas decírmelo? Porque si no escucho tu conversación, ¿quién sabe cuánto tiempo pasaba! ¿Cómo se lo vamos a decir a nuestros hijos?

—Te lo pensaba decir esta semana, pero se precipitó todo y me siento liberado. Reuniremos a los chicos, con sus parejas, y se lo comunicaremos. Ya son hombres y mujeres, están grandes, tienen sus propias familias formadas. Quizá se sorprendan, pero a la larga entenderán. La semana próxima, cuando Pablo y Valeria vengan del viaje, les diremos a todos.

—¿Y vos pensás que yo viviré una hora más contigo, bajo el mismo techo con esta confesión que me acabás de hacer? Ni loca. Ya podés ir haciendo tu bolso, irte y después venir por tus cosas.

—Pero ¿a dónde puedo ir ahora, así, tan de prisa?

—A la casa de tu amante, ¿no decís que te está esperando con su preciosa calma? Pues llamala y decile que te vaya haciendo un lugar en su cama, porque hoy dormís con ella.

—Gladys, creo que estás haciendo mal. Vos en el fondo sabés que esto ya no era vida. Es mejor no pelearnos, hacer todo civilizadamente.

—Civilizadamente estoy reaccionado, porque si dejara mi ira actuar ya te habría partido la cabeza. Estoy dolida, furiosa, y vos me pedís calma. Acá se terminó tu ciclo. Has tirado nuestra vida en conjunto por un capricho de la infancia, así que andá a vivirlo. Tratá de no arrepentirte, porque acá no volvés más. Te voy anunciando que me quedo en la casa y con la casa, porque no verás ni un peso de acá. No voy a vender la casa que amo, porque vos hayas resuelto ir a vivir los años que te quedan con total libertad. También me voy a quedar con el auto e iniciaré acciones judiciales para que tengas que pasarme una pensión.

—¿Pensión? No te la van a otorgar porque vos trabajaste y tenés jubilación.

–Puede ser, pero la pelearé hasta el fin. Tomalo como una indemnización por este sufrimiento que me estás haciendo vivir.

Alfredo, con una calma inusitada, hizo su bolso, llamó a su amor y le dijo que todo se había precipitado, que se sentía liberado, y que en un par de horas estaría por su casa para no irse nunca más.

–Alfredito, ¿estás seguro de que todo quedó bien? Yo no quiero que iniciemos nada sobre las cenizas de otra relación. ¿Cómo lo tomó Gladys?

–Mal, muy mal, hizo todo tipo de amenazas, pero no me importa nada; me voy.

Nada fue fácil, Gladys se opuso a todo lo que pudo, y la famosa conversación que tendrían con sus hijos nunca llegó, porque ella se encargó de llamarlos a uno por uno y darles su versión: tu padre es un mujeriego, siempre lo fue, pero ahora llegó al límite y se enredó con una vieja que fue compañera de escuela; dice que la veía entre sueños cuando estaba en el CTI y se fue a vivir con ella anoche, porque lo eché. No quería estar ni un momento más con ese canalla. Me abandonó, tiró por la ventana cuarenta años de casados y tres de novios.

Todo el malestar que Alfredo pasaba cuando hablaba con Gladys por algún tema que aún compartían, todo el veneno que destilaban sus hijos, que por supuesto defendían a su madre, se disolvía y trasmutaba cuando ponía la llave de la puerta del pequeño y humilde apartamento en el que vivía con Estelita. Pasaron muchos días recordando su infancia y juventud en el pueblo donde nacieron. Decidieron compartir los gastos por mitades, como una pareja formal. Siempre supieron que envejecerían juntos. Nunca extrañó las comodidades que tenía en su casa conyugal, y si por un segundo pensaba en el *yacuzzi* que perdió, en el parrillero que tanto le gustaba usar, rápidamente miraba a Estelita y se daba cuenta de cuántas otras cosas había ganado. Esa calma que ella tenía la llevaba a todos los terrenos y los encuentros sexuales eran tranquilos, lentos y placenteros.

Con Gladys todo era rutinario, y desde que había salido del sanatorio hacía como cuatro meses, ella se negaba a hacer el amor porque temía que él se enfermara nuevamente. Los médicos, sus colegas y amigos, habían dicho que podía hacer vida normal, pero ella no quería creerles. Alfredo nunca supo si no eran excusas que le venían muy bien para no tener intimidad con él.

Sin casa propia, sin auto, con la mitad de su sueldo, porque Gladys logró que le tuviera que pasar pensión alimenticia, sin las comodidades que con mucho sacrificio había conseguido reunir, con la misma ropa de siempre, él era feliz. No le hacía falta más nada. Su salud mejoró notablemente. Las relaciones con sus hijos, por un período largo, estuvieron casi interrumpidas. Raquelita, una de sus hijas, era la única que lo entendió desde el principio. Era la mayor y vivió por años las discusiones y el desgano que fue ganando a la pareja. Lo visitaba en su nuevo hogar y le llevaba a sus nietos. A los niños poco les importaba porque, aunque separados, no habían perdido el nexa con el abuelo que adoraban. Además, como Estelita también tenía nietos de edades parecidas, los hacían coincidir en las visitas y jugaban juntos. A veces, Alfredo sentía que alguna de las preguntas que le hacía su hija era indicada por su madre, pero prefería desviar su

atención a otro pensamiento más positivo.

Así vivieron cinco maravillosos años. Compartieron todo lo que una pareja hace junta. Sus familias se aceptaron mutuamente y a veces se reunían con los hermanos de ambos y sus familias, en fiestas que eran todo un disfrute. Él le mandaba cartas vía *mail* que la volvían a su juventud romántica. Le regalaba CD de la música que ambos preferían, miraban la televisión tomados de la mano, iban de vacaciones a algún balneario solitario. No precisaban gente ni ruido para disfrutar; estando juntos ya estaban colmados.

Un día, cuando nadie lo esperaba, Alfredo falleció. Se fue de este plano como ya se había ido el primer esposo de Estelita. No llegaron a casarse, porque él no quiso nunca divorciarse de Gladys. Decía que para ser felices no hacen falta papeles, que él ya había estado casado cuarenta años y había sufrido mucho. Ahora era momento de disfrutar sin mirar atrás y no perder mucho tiempo mirando el futuro. Había que dejarse fluir hasta que Dios llamara a alguno de los dos a su lado. Y lo llamó a él primero.

Estelita sufrió mucho. Gladys sintió que ahora estaba liberada, porque nunca había podido abandonar el rencor. Pronto, demasiado pronto, tramitó la pensión profesional y para festejar su libertad se fue a un crucero por el Caribe, con unas amigas tan amargadas como ella. Para Estelita el único consuelo que le servía era saber que su Alfredito los últimos años los había vivido muy feliz, haciendo lo que quería, sin presiones, sin críticas, sin apuro.

Análisis aplicando Inteligencia Emocional

Palabras clave en esta historia:

- Amor
- Enamoramiento
- Ilusión
- Desamor
- Desilusión
- Rencor
- Paz
- Recomenzar
- Muerte
- Felicidad

Este libro es de historias de amor, por lo tanto no podía faltar; pero acá se agrega el enamoramiento, la ilusión, el desamor y la desilusión, todas facetas o etapas de tan noble sentimiento.

En esta historia, lo que más se destaca es el amor romántico, el amor de pareja, que

como cualquiera que tenga más de veinte años sabe, pasa por varias etapas. Cada una supone la anterior pero no la siguiente. Vivir una era del amor no garantiza la siguiente. A veces el vínculo se rompe. Primero se vive el enamoramiento: esa etapa maravillosa donde cada uno ve en el otro solo sus virtudes y, si le falta alguna, se la agrega del ideal que tiene del amor y de la persona amada.

El enamorado está enceguecido, bien dicen que el amor es ciego. Sí, ciego y sordo, porque nada de lo que puedan decir en contra del enamorado podrá alterar a quien ama. Está tan deslumbrado que le atribuye cualidades virtuosas que no tiene y exagera las que posee. Los enamorados están tan felices que parecen levitar; no pisan el suelo, flotan. Todo parece rosado, los problemas desaparecen, hasta las arrugas de la cara se disimulan; los ojos se agrandan y se despide un aroma a amor muy poderoso. Si se pudiera encerrar en un frasco, los perfumistas se harían millonarios. Todo es bueno, la gente es sana, no se percibe maldad en nada. Los feos resultan bellos y los lindos son hermosos; los malos resultan buenos y los buenos, santos. No se ven defectos, y pierde el tiempo quien desee señalarlos.

La segunda etapa es cuando la venda de los ojos cae espontáneamente. Ahora todo se ve más real, ya el feo es más o menos lindo o en ocasiones bello y en otras un espanto; los malos son de lo peor y los buenos, apenas pasables. En esta etapa se recuerdan las palabras de quienes nos quisieron advertir de que estábamos enceguecidos y muchas veces se termina preguntando ¿qué estoy haciendo acá?, ¿cómo fue que caí en esta relación? Si han comenzado a convivir, son pocos los casos que sobreviven esta crisis de realidad. Pueden hacer el esfuerzo de mejorar la percepción, sobre todo si sacan cuentas de cuánto tiempo y dinero han invertido en la relación. Si compraron casa, muebles, autos, viajaron, se presentaron los amigos mutuos, es más probable que hagan el esfuerzo de seguir, “hasta que Dios diga”. Si no han convivido, es muy probable que se separen y al poco tiempo estén buscando esas mismas cualidades, que finalmente esta pareja no tuvo, en otra persona. Se viven unos meses de duelo y ¡a buscar otra posibilidad! Si llegan a superar esta etapa, que es la más desagradable de vivir, ya el sentimiento se transforma en verdadero amor. Se mira al otro como es, con virtudes y defectos, y no se le atribuyen las cualidades que se quisiera que tuviera. Se admite la realidad y se abandona toda tarea de modificar al otro y hacerlo a la imagen de uno. Cada uno es como es, y en el balance final serán más las virtudes que los defectos; pero se aprende a vivir con ambos.

El protagonista, luego de una experiencia cercana a la muerte, no quiere dejar pasar la posibilidad de vivir en paz y ser feliz. Muchas personas, enfrentadas a situaciones extremas, valoran su vida, y hacen los cambios que hagan falta para recuperar la felicidad que saben se merecen. Gladys vivió años sumida en el odio, el rencor y la venganza. No le importaron los muchos años de convivencia; no pudo respetar a sus hijos y nietos; buscó perjudicar en todo lo que pudiera a quien hasta el día anterior había sido el amor de su vida. No pudo nunca volver a ser feliz, porque para ello hay que tener el corazón libre de rencores. Se quedó con todo lo material que Alfredo y ella poseían, pero no pudo retener a la persona. Él prefirió vivir con austeridad pero en paz. Se jugó y optó por

recomenzar.

Los animales son felices mientras tengan salud y suficiente comida. Los seres humanos deberían serlo una vez que logran cubrir sus necesidades básicas y están seguros de tenerlas siempre. Sin embargo, no lo son. Basta ver las caras de las personas en los restaurantes, hoteles de lujo, en carreteras o calles ciudadanas. Tienen el entrecejo siempre fruncido, viven ansiosos y estresados, queriendo tener más y más en una carrera que nunca termina. Cada aparato tecnológico que aparece se vuelve objeto de deseo, los autos más caros, las casas más confortables y las vidas más vacías.

Si sientes que eres desdichado, probablemente estarás dispuesto a admitir que tu situación no es excepcional, que no nació de un día para el otro, y que se fue gestando desde que comenzaste a pensar que tener es mejor que ser. Si eres feliz, pregúntate cuántos de tus amigos lo son. Y cuando hayas pasado revista a tus amigos, aprende el arte de leer rostros, conoce el lenguaje gestual y verás cuántos estados de ánimo pasan a lo largo del día; percibirás que la gente no es feliz porque no se permite serlo, se deja llevar por el consumismo y la moda, dejando siempre para atrás el crecimiento espiritual y el desarrollo personal.

Esta infelicidad se debe, en gran medida, a conceptos del mundo, éticas, valores, hábitos de vida erróneos, que conducen a la destrucción de ese entusiasmo natural.

Es cierto que los acontecimientos externos tienen siempre sus propias posibilidades de dolor: el mundo puede entrar en guerra, ciertos conocimientos pueden ser difíciles de adquirir, los amigos pueden morir, envejecemos inexorablemente. Pero los dolores de este tipo no destruyen la cualidad esencial de la vida, como, en cambio, lo hacen las faltas espirituales, los vacíos internos tan difíciles de llenar. Para superarlos, se requiere voluntad y trabajo, como para todas las cosas de la vida.

ME DEJÓ POR UN CRUCERO

Karina y Emanuel son novios desde hace cinco años. Ya se conocen lo suficiente como para dar el gran paso y casarse. Ella es *nurse* y como tiene dos trabajos que le llevan casi todo el día, percibe buenos salarios. Están anotados en un registro para compra de viviendas para jóvenes principiantes. Él es administrativo en una empresa privada y la verdad es que gana dos pesos. Hizo un curso de barman para aumentar sus ingresos, pero en Montevideo las plazas para este tipo de oficio no son muchas y están todas ocupadas.

Tienen casi todo para casarse y montar su casa. Los padres de ambos les han ido regalando y ellos han comprado algunas cosas menores. En cuanto fijen la fecha, lo que falta se completará enseguida. Pondrán un colectivo en un bazar de mucho prestigio de la ciudad y allí dejarán una lista para que los invitados vayan eligiendo qué comprarles. Una hermana de Emanuel vive desde hace años en Miami y los ha invitado a pasar el tiempo que quieran en su casa. Así que la luna de miel está resuelta.

–Pelusa, mi compañero de trabajo, Diego, me llevó un aviso que salió este fin de semana en *El Gallito Luis* pidiendo barman para un crucero de una compañía que hace la ruta del Caribe. Tengo ganas de presentarme. Deben de pagar bien, voy una temporada y al volver ya tenemos para completar la fiesta y la casa.

–¿Te parece, Gordi? ¿Y yo mientras qué hago acá?

–Seguir trabajando y ahorrar más dinero para comprar la casa.

–Mis padres nos ofrecieron vivir con ellos, si el préstamo no sale antes de la boda.

–Ya sabés que no quiero. Tus padres son rebuenos, pero sabés por qué se dice “casados”, porque es casa - dos, casa de dos. Agradeceles, pero no vamos.

–No quiero que te vayas a trabajar en un crucero. Mirá si te entretenés con alguna pasajera y yo como una boba acá esperando.

–¡Pero qué cosas se te ocurren! Eso es imposible, porque supongo que habrá reglas que no lo permitan y porque las turistas, todas nariz para arriba, no se van a andar fijando en la tripulación.

–Sí, en la tripulación puede ser, pero el barman es el que está en el salón de entretenimientos y una palabra lleva a la otra y andá a saber cómo terminan.

Pelusa y Gordi, como se decían cariñosamente, tenían en ese momento de la historia

veinte y veintitrés años respectivamente. No eran celosos; “lo normal”, decían si les preguntaba. Por lo tanto, esta salida tan extraña de Karina fue toda una sorpresa para Emanuel.

Los padres de él estuvieron muy contentos con la iniciativa de su hijo de presentarse para trabajar en el crucero. Siempre pensaron que era muy joven para casarse, y venía sacrificándose desde hacía años. Habían empezado el noviazgo tan jóvenes, unos adolescentes casi, y los padres de los dos querían que conocieran y disfrutaran de la vida antes de casarse. Temían que se aburrieran pronto y quisieran vivir lo que debieron hacer antes.

Emanuel se presentó al llamado para la vacante de barman. Fueron veinte los concursantes. Todos sus compañeros de curso, más alguno más antiguo que quería un poco de libertad y distancia de su esposa e hijos y, por supuesto, mejores ingresos. En la segunda selección quedaron ocho, después cuatro, luego dos y finalmente uno: ¡Emanuel! La alegría no le cabía en el cuerpo. Era una experiencia distinta. A sus veintitrés años no pensaba en chicas, él ya tenía la suya; lo ilusionaba hacer lo que le gustaba, viajar y además que le pagaran por eso. Los días fueron pasando, las celebraciones y festejos, también.

–Pelú, mañana me voy. El viaje dura dos meses, vuelvo unos días, y si todo sale bien, vuelvo a embarcar nuevamente.

–No me gusta nada la idea, pero si es lo que querés... Seguiré por acá, haciendo algún curso de especialización, otro de portugués. En fin, veré cómo paso el tiempo.

–Sí, hacé el de portugués; mirá cómo me ayudó a reunir mejor puntaje el tener tantos años de inglés. Hoy día, que hay tanta gente joven y no tanto, para pocos empleos, los gana quien mejor preparado está, y los idiomas y la informática siguen marcando la diferencia.

Embarcó un 29 de mayo, de tardecita. Karina recuerda hasta la hora: 19:20, en el puerto de Montevideo. Allá fueron los cuatro padres, la novia y algún amigo, como comité de despedida. Las mujeres derramaron alguna lágrima y pronto se fueron cada uno a su casa a seguir con su rutina. La única que no sabía cómo seguir era Karina, que estaba muy triste. Fue con sus padres en el auto y no dijo una palabra en todo el trayecto.

–Hija, ¿estás bien?

–Sí, Mami, no te preocupes. Con todos los medios que hay ahora, en un rato tendré noticias.

–Ojalá. Igualmente, recuerda que acá estamos tus padres y tus hermanos para contenerte y ayudarte en lo que precisés.

–Gracias, sé que puedo contar con ustedes, pero no hará falta. Marcela también está a disposición, me dijo, por si preciso algo a cualquier hora del día o de la noche.

Pasaron tres días y llegó el primer *mail* del amado Emanuel.

Querida. Estoy bien. Me costó un poco adaptarme al principio, porque el barco se movía bastante y yo nunca había viajado por mar, pero ya estoy bien. Los compañeros

son buenísimos y, como estamos todos en la misma, nos apoyamos mutuamente. Recién hoy pude escribirte y si me respondes, no te fijas si no lo hago enseguida. No es fácil ese tema a bordo, y además trabajo bastantes horas, porque cuando no estoy atendiendo el bar, tengo que arreglar las mesas, organizar las bebidas, estar un poco en todo. Te dejo, chiquita. Un abrazo de oso.

–Mamá, me escribió Emanuel. Dice que está bien y que trabaja mucho.

–Bueno, recién van unos pocos días. Ahora comienza la espera.

Fue pasando el tiempo y Karina estuvo bastante distraída entre el trabajo, los padres, el curso de portugués y alguna salida con amigas, de vez en cuando. Él no pudo venir con la frecuencia que creyó cuando lo contrataron y recién a los seis meses recaló en Montevideo.

El encuentro entre ellos fue tan romántico y amoroso como siempre. Tuvieron hasta una reunión de ambas familias para celebrar que tenían al “nene” en casa por unos días. Aprovecharon para precisar algunos detalles de la boda. El tiempo, cuando uno lo está pasando bien, parece que pasa más rápido. Así, nuevamente se embarcó en ese enorme barco que permitieron a Karina visitar. Él le mostró su camarote y le presentó a algunos de sus compañeros: Danny, Mauricio, Atair, Leopoldo y Suyana. Este nombre le pareció extraño y preguntó sobre su origen. La interesada respondió que era indígena peruano y quería decir esperanza.

Otros meses pasaron, estos más lentamente y cuando le correspondía volver, Emanuel le escribió diciendo que iría unos días de vacaciones a Miami, dado que llegarían a su puerto y allí vive su hermana.

Está bien, si es lo que tú querés.

Sí, tengo que hacerlo. El trabajo en un crucero parece fácil, pero es muy estresante, sobre todo para los que trabajan con el público. Muchos nuevos ricos son insoportables y tratan mal al personal. Necesito un descanso.

¿Quiénes van contigo?

Yo solo. Te dije que voy a casa de mi hermana, ¿con quién podría ir? ¿Estás celosa? ¡Qué gracioso, en estos años nunca te había visto así!

No es nada. Es que se me cruzó por un instante la idea de que podían ir varios, sobre todo aquella, la del nombre indígena.

Sí, Suyana. No, nada que ver. Ella va a ver a sus padres a Perú.

¿Tiene pareja esa muchacha?

No, dejó con el novio el mes pasado, pero ¿a qué vienen tantas preguntas?

Nada, no me hagas caso.

Karina no quedó muy conforme con la explicación y no quiso comentarlo con su madre, porque le restaría importancia. Era una optimista a ultranza y no quería ver lo negativo ni aunque lo tuviera delante. Así que lo guardó como su mejor secreto y no quiso volver a pensar en el tema. Era muy intuitiva y había aprendido con su tía Rosa que hay que hacerle siempre caso a la voz que te da una alarma o una señal.

La intuición no falla nunca, no se cansaba de repetir la tía. Quien oye a la intuición y percibe las señales de Dios, no puede equivocarse jamás. Pero como dice Paulo Coelho: “el lenguaje de las señales es el lenguaje de Dios y como todo idioma extranjero, hay que aprender a hablarlo”. Ella había hecho un curso intensivo de intuición y señales con su tía Rosa. Cuando sentía que algo le sonaba raro o que tenía un golpecito en el estómago, desplegaba sus antenas, porque algo habría para tener en cuenta.

Al año exactamente de que su novio se embarcara por primera vez, el 29 de mayo siguiente, Emanuel la llamó por teléfono para decirle que estaba confundido, que quería un tiempo, que no quería robarle los mejores años de su vida, que mejor rompían el compromiso, que se iba a quedar por allá, que cada vez le costaba más volver al sur.

–¿Me estás tomando el pelo? ¿Por quién me tomaste? ¿Cómo vamos a dejar un noviazgo de cinco años, con todo pronto para casarnos, por teléfono? ¿Te volviste loco?

–Pensé escribirte un *mail* para evitar esta escena, pero justamente pensé que sería poco educado hacerlo así.

–¿Poco educado? ¿Y así es educado? Lo que menos me importa ahora es que seas educado. Quiero que seas grosero, si hace falta, pero que me cuentes sin piedad qué fue lo que pasó.

–No llores, por favor, no te pongas así. Estoy confundido.

–¿Confundido, pelotudo, confundido me decís?

–No me ofendas, porque yo te estoy hablando con respeto.

–Sí, con respeto porque no decís malas palabras, pero me estás destrozando, eso sí, con mucha elegancia.

–No te enloquezcas, por favor. Llamá a tu mamá para que te aconseje.

–Si llego a llamar a mi familia, van con un arma y te matan o ponen una bomba en el crucero. Dejalos donde están, ya se enterarán.

–Pelú, por favor, yo te quiero, no te pongas así.

–¿Que me querés? ¡Vaya forma de querer que tenés! Me voy a quedar con todo y lo voy a vender, y no te voy a dar ni un peso, tomalo como una indemnización por estafa afectiva, como hacen los gringos.

–Quedate con lo que quieras. Yo acá no preciso nada y por ahora no voy a vivir en

tierra. Cuando piense en casarme, compraré todo nuevamente.

–¿Pensar en casarte? Pero entonces ya tenés algo, seguro. Debe de ser esa con nombre indígena. Con esa cara de yo no fui, se quedó con mi novio. Cuando la conocí sentí un golpe en el estómago, como una señal de alerta, pero no expresé nada para que no dijeran que estoy loca, como dicen siempre.

–Pero en ese momento, no tenía nada. Fue después que nos fuimos conociendo y con tantas horas pasadas juntos, no era difícil que ocurriera algo.

–¿Así, sinvergüenza, que me confesás que tenés algo con la india?

–No la trates así, no tiene la culpa. Es una persona bella, comprensiva, tenemos los mismos gustos y estamos juntos 24 horas al día. No llores, Pelu, no lo hagas más difícil.

–No me digas más Pelu, para vos pasé a ser la señorita Karina Sosa Almeida y como no sé quién sos, porque realmente a este lo desconozco, evitá tratarme con confianza.

Esa misma noche se reunió con sus padres y hermanos para contarles el engaño que le había hecho Emanuel. Lloraba desconsoladamente. El padre, que la adoraba, le decía que no pensara más, que mejor ahora que luego de casados, que era muy joven, que tenía toda la vida por delante y que en algún lugar del mundo estaba el hombre que la valorara y la hiciera feliz. Sus amigas, que creían en su intuición como ella misma, quedaron impactadas porque hacía tiempo que ella había empezado a sospechar de él con la indígena, como se refería a la compañera peruana.

El tiempo lo mitiga todo y va poniendo las cosas en su lugar. Es el mejor bálsamo, el único. Solo el transcurrir del tiempo hace que los recuerdos se desdibujen, que solo queden los buenos, el rencor se vaya disolviendo y se recupere la autoestima y la fe en uno mismo.

No quiso vender lo que había comprado con tanto sacrificio e ilusión para su boda. Ella decía que lo había comprado para “su” matrimonio, para “su” casa, para complementar “su” felicidad. Ella estaba segura de que pronto tendría a su lado a un hombre bueno, que no la estafara y que la amara como ella merecía y entonces tendría “su” matrimonio, “su” casa y “su” felicidad.

Así sucedió; ni que lo hubiera visto anticipadamente. Un día, unas compañeras le comentaron que habría un concurso para ocupar cinco vacantes de *nurse* en el mejor y más lujoso sistema de salud. Una de esas clínicas que no son mutualistas ni cooperativas, sino seguros médicos, como se dice ahora. Esa clínica en la que los socios pagan una fortuna, donde todo es lujo y muy buenos salarios. Si entraba a trabajar allí, podría dejar uno de los dos trabajos que tenía y descansar más. Había que presentar el currículum y llenar una ficha personalmente en una de las clínicas. No eran muchos los que podrían aplicar, porque tenía muchos requerimientos extraprofesionales. Por ejemplo, hasta treinta años, solteros, sin hijos, con buenos conocimientos de informática y agregaba puntaje dominar uno o más idiomas. Ella cumplía con todos los requisitos.

En la sala de espera para presentar su documentación se encontró con Rodrigo. Tenía algún año más que ella, pero menos de treinta, si no era imposible que estuviera esperando allí. También era *nurse*, egresado de una institución privada y tenía años de

experiencia. Había crecido en París, por lo que dominaba el francés y hablaba bien el inglés. Como estaban los dos solos en la sala, él comenzó la conversación.

–Me llamo Rodrigo Fagúndez y vengo a ver si puedo ocupar alguna de las vacantes, ¿y vos?

–Me llamo Karina Sosa Almeida y vengo por lo mismo.

–Bueno, ojalá entremos los dos, ya que nos conocimos antes. Me dijeron que además de la entrega del currículum y de la entrevista personal, hay una prueba práctica.

¿Sabías?

–No, pero no le tengo miedo. Me gusta más eso que escribir o hablar sobre teoría.

–Sí, a mí también. Nuestra carrera es eminentemente práctica. Bueno, veremos.

–Señorita Karina Sosa, pase por favor.

–Me voy, después nos vemos.

–Suerte.

Karina demoró una hora en salir. Rodrigo ya no sabía qué hacer; estaba poniéndose nervioso. Siempre llevaba en su mochila un libro, por las dudas, y tuvo que apelar a leer para no enloquecer. El tiempo no pasaba nunca.

–¡Saliste! ¡Por suerte! ¡Cómo demoraste!

–No sé cuánto tiempo pasó. Ahhh, fue como más de una hora.

–¿Qué te preguntaron? ¿Te hicieron la prueba?

–No, para nada. Me entrevistó la jefa de Recursos Humanos y me hizo las preguntas básicas de cualquier empleo y luego las específicas del nuestro. El resultado estará la semana que viene y de los quince que se presentaron quedarán solamente diez y después siguen avanzado y eliminando gente. Me voy, que tengas suerte, estoy hambrienta. Con los nervios casi no comí. Chau, suerte. Capaz que nos vemos la semana próxima, si quedamos seleccionados.

Luego entró Rodrigo a la entrevista y también demoró poco más de una hora. A su salida, no había nadie en la sala de espera; ya estaban por cerrar la empresa, así que las entrevistas seguirían al otro día.

La semana pasó rápidamente y los preseleccionados fueron citados para seguir avanzando con las entrevistas. Por supuesto, entre los diez estaban Karina y Rodrigo. Se encontraron nuevamente y no pudieron ocultar su alegría. Conversaron un poco mientras esperaban a que comenzaran a llamar.

–Señor Rodrigo Fagúndez, pase por favor.

–Bueno, esta vez te tocó a vos primero.

–Andá a saber de qué depende. Nos vemos.

Entró y salió a las dos horas. Los demás estaban un poco fastidiados porque no veían la necesidad de citar a todos al mismo tiempo si los harían entrar de forma individual y cada dos horas. Karina calculó que si no era la próxima, vaya a saber cuándo le tocaba; capaz que dejarían algunos para el otro día. Afortunadamente o como resultado de tanta oración a San Expedito, la llamaron a ella cuando salió Rodrigo.

–No te espero porque vas a demorar como yo y no traje nada para leer.

–No te preocupes, andá tranquilo. Nos vemos la semana próxima. Te quería pedir un

favor. Se me agotó la batería del celular y ya me toca pasar, ¿podrías llamar a mis padres y decirles que demoraré en llegar, que esto va para largo?

–Sí, claro. Dame el número.

–27258691.

–Excelente. ¿Lo puedo agendar para mí?

–Como quieras. Gracias por el favor.

Rodrigo se fue muy contento con el resultado de la entrevista, pero no tan así con la respuesta bastante tajante de Karina cuando lo autorizó a anotar el número en su agenda personal. La justificó pensando que estaría nerviosa porque ya le tocaba pasar. Él, como lo había prometido, llamó a la casa y le explicó a la mamá de Karina, tal como ella le había pedido.

A la semana siguiente, los candidatos que quedaban eran siete. Nuevas pruebas, ahora sí las prácticas, y quedarían los cinco seleccionados, y los otros dos como suplentes, en lista de espera. Nuevamente se encontraron. Ella le agradeció el favor que le había hecho y entraron todos juntos, porque la prueba era práctica con los demás como público, oficiando de parientes de los enfermos.

Es que ser *nurse* o enfermero no es solamente atender y contener con medicamentos y palabras consoladoras a los enfermos, es atender y poner los límites de los parientes, que suelen ser mucho más impertinentes que los internados. No hubo espera por parte de nadie. Entraron y salieron juntos. Brillantes las dos exposiciones. De tal forma que a la media hora de terminar, les dieron los resultados finales y ellos habían sacado el mismo puntaje en la prueba. La posición en la lista de prelación para cubrir las vacantes la dieron la suma de estas pruebas más los méritos teóricos que figuraran en el currículum.

Ella quedó en el primer puesto y él en el segundo. Se felicitaron mutuamente; estaban tan contentos que se abrazaron, sin darse cuenta. Cuando lo pudieron percibir, se abrazaron otra vez, pero conscientes de que era lo que querían y precisaban en ese momento. Allí, con la frescura de los jóvenes, con los nervios de las pruebas y la selección, con todas las afinidades que habían probado que tenían, comenzó su historia de amor. Al día de hoy están muy enamorados, son leales y no se ocultan nada. No hay compañeras indígenas en el trabajo ni motivos para celar. Tienen la casa casi pronta, porque ella al final no había vendido nada; lo guardó para cuando encontrara el hombre que la mereciera.

Análisis aplicando Inteligencia Emocional

Palabras clave en esta historia:

- Amor
- Pareja
- Confianza

- Amor en el trabajo
- Falta de responsabilidad
- Voluntad
- Perdón
- Empatía
- Intuición

Afortunadamente esta historia tiene dos protagonistas, o mejor dicho tres, muy jóvenes, que hasta cierto punto tienen derecho a vacilar y confundirse. No conviene que se inicien las relaciones amorosas cuando las personas son tan jóvenes y, por lo tanto, inmaduras. Con el paso del tiempo, quieren hacer lo que no imaginaron en su momento y terminan acusando a su pareja de su propio fracaso. Si tienen hijos a tan temprana edad, son niños criando a niños. No tienen las más básicas nociones de educación infantil y suelen irritarse más rápido que los adultos. En algunos casos, son irresponsables y les ceden sus derechos y obligaciones a sus padres, que ya no quieren criar otro hijo - nieto. Los abuelos de hoy no son los del siglo pasado y mientras que las antiguas abuelas pasaban la vida tejiendo, cociendo y cocinando para esposo, hijos y nietos, las modernas les dejan a sus hijos el perro y las llaves de la casa, para que les rieguen las plantas, mientras que se van de compras a París o a tomar sol a Río de Janeiro.

La Inteligencia Emocional indica que las personas están aptas para formar una pareja cuando son seguras, independientes, tienen una sólida autoestima y se aman profunda y sanamente. Ninguna persona muy joven puede tener estas cualidades, por mejor educación paterna que haya recibido.

La voluntad es un recurso muy necesario cuando de crecer y madurar se trata. Todo en la vida requiere voluntad: levantarse, caminar, comer, ir a estudiar o trabajar, amar y entender a las personas del entorno, respetar a los demás, comprenderlos con empatía, ser feliz; todo requiere voluntad. Esta voluntad determina la calidad de la actitud. Si se trata de una persona empática, agradable, que ejerce el perdón hacia dentro y hacia afuera, tendrá una actitud abierta, sincera, positiva y poderosa. Estas condiciones habilitan a casi todo en la vida.

Karina fue muy comprensiva con Emanuel, una vez que superó la rabia que le dio, en primera instancia, la conducta de él. Entendió que conocer el amor en el trabajo es muy frecuente. Las personas comparten trabajo, jefes, temores, ambiciones y mucho tiempo. Le puede suceder a cualquiera y ella lo sospechó, por eso no quería que él se fuera. Como repito siempre: lo que sucede, conviene. Hubiera sido mucho peor si Emanuel hubiera descubierto que no quería seguir casado después de años y con algunos hijos.

Otro elemento digno de análisis es la confianza que tiene Karina en su voz interior, en su intuición. Ella sabe que nunca le falla y las veces que creyó que no era cierta, más que error, eran dudas. Si domina el temor, las falsas intuiciones se disfrazan de presagio negativo y la persona se paraliza, justificando su actitud en la voz de la intuición, cuando en realidad es puro miedo. Hay que tener mucha práctica para poder distinguirlos.

No podemos dejar de analizar el comportamiento de Emanuel. En esta historia, su

pareja, Karina, fue muy comprensiva y aplicó uno de los fundamentos de la Inteligencia Emocional: la empatía. Pero la conducta de su novio fue desconsiderada y egoísta. ¿Cómo puede alguien cortar una relación unilateralmente por *mail*, mensaje de texto o teléfono? Seguramente, aconsejado por la cobardía. Su relación había sido buena, sin sobresaltos, se amaban (en ese momento pensaron que era para toda la vida), pero Emanuel cayó en el enamoramiento típico del comienzo de una relación, con su compañera de trabajo. Era inteligente, bonita, dispuesta a ayudarlo en su trabajo y hasta a hacer tareas que eran responsabilidad de él. Estaba al alcance de la mano, cada vez que quería hablar de amor con alguien; a Karina tenía que llamarla respetando la diferencia horaria, procurar la hora que ella estuviera en su casa; evidentemente, todo era más complicado. Fue tal su ceguera emocional que no le importó dejar todo lo material que habían conseguido juntos. Era el precio de su libertad y había que asumirlo.

Desde el comienzo al fin de la historia, Emanuel actuó con egoísmo, interesándose solo por él. Karina, joven aún, tuvo que enfrentar el dolor del rompimiento de la relación sin tener chances de pedir explicaciones o una reconsideración. De todas formas, la Inteligencia Emocional enseña que no se puede ir por la vida mendigando amor. Si alguien nos manifiesta que no nos ama o no quiere estar más a nuestro lado, debería ser razón suficiente para que, aun con el mayor dolor, se emprenda la retirada. Solo las personas sin autoestima ni amor por sí mismas pueden victimizarse y rogar seguir con la relación.

¿Qué hubiera pasado si Karina se hubiera comportado sin Inteligencia Emocional? El dolor hubiera sido mucho mayor; el rencor su hubiera apoderado de su vida y hubiera quedado sin su amor idílico que la dejó por otra y sin la más mínima posibilidad de encontrar la felicidad junto a otro hombre. Si hubiera seguido el consejo de su ego maltrecho, una vida oscura hubiera sido natural y un ansia de venganza la hubiera consumido. No es el primer caso en que una persona, cualquiera sea su sexo, dedica su vida a vengarse en las siguientes relaciones de aquel o aquella que lo abandonó e hizo sufrir. Karina había sido educada en un hogar de amor, con padres comprensivos que no solo le enseñaron las virtudes del afecto genuino sino que se lo demostraron a cada paso, con el vínculo que tenían entre sí y con sus hijos. Los integrantes de ese hogar eran amorosos entre sí y con los demás; tenían buena comunicación y, con dulzura pero con firmeza, hacían saber sus sentimientos, necesidades y ambiciones. Con esa educación, ella no hubiera podido actuar de otra forma. En cambio, Emanuel era el resultado de una familia donde el padre trabajaba muchas más horas de las que dedicaba a su casa; estaba educado con la idea de que solo se debe pensar en sí mismo, y si hay tiempo en los demás. Con los ejemplos que tenía en su casa, tampoco podía haber actuado de otra forma.

¿Y cómo debió comportarse para que su actitud fuera reflejo de Inteligencia Emocional? La comunicación de sus sentimientos debió ser a tiempo y frente a frente, respetando los sentimientos de Karina, casi que por encima de los suyos. Debió recordar cómo se conocieron y los años pasados en su compañía. Tuvo que aplicar empatía y suponer cómo le iría a caer esta noticia a su novia, que lo había estado esperando sola

mientras seguía con los preparativos de una boda que no fue.

SE FUE EL AMOR DE MI VIDA

Isabel llevaba diez años en pareja con un buen hombre, que no era el amor de su vida ni explotaban fuegos artificiales cuando se encontraban o hacían el amor, pero sencillamente se entendían. Sin discusiones ni grandes diferencias, su vida transcurría dentro de una serena rutina. Esos sentimientos fuertes que envuelven a las parejas y que deben predominar en una vida de a dos o aquellos que son el resultado de la transmutación del deseo juvenil en el amor maduro y la compañía acostumbrada no existían, eran solamente dos buenísimos amigos.

Isabel y Martín se habían acomodado a esa situación, que no es lo mismo que estar cómodos. Acomodarse es resignarse a que nada cambiará y adaptar la vida a las situaciones conocidas. Estar cómodo es ser feliz en la relación; es encontrar un motivo de alegría diariamente solo con la presencia del otro. Isabel no se planteaba dejar la relación, por lo menos, no por el momento.

–Mientras que no aparezca nada mejor, voy a seguir con Martín.

–Pero estás perdiendo los mejores años de tu vida para enredarte en esta rutina que no hace feliz a ninguno de los dos.

–Sí, puede ser, pero me muero de miedo al pensar en estar sola, y él me contiene, es bueno, compartimos los gastos, es prolijo.

–Parece que hablaras de una compañera de apartamento, no de tu pareja.

–Puede ser, pero es lo que siento.

–Pero ¿no te gustaría tener una vida mejor? ¿Sentir entusiasmo por alguien, que te tiemblen las rodillas y se te vuelque el estómago cada vez que lo veas?

–No puedo echar de menos cosas que no conozco, y por lo visto, el amor auténtico nunca ha aparecido por mi vida. Por otra parte, por lo que sé de las experiencias de mis amigas, ese terremoto del que me hablás dura muy poco y después, en el mejor de los casos, viene una vida como la que tengo.

Diálogos de este estilo eran frecuentes entre Isabel y Carmen, su mejor amiga. Carmen se fue a vivir a Londres buscando perfeccionar su inglés con una beca ganada en uno de los mejores institutos del país, y si podía, se quedaría a vivir. Demoró años en volver, y si bien se comunicaban vía *mail* y alguna vez por *whatsapp*, nunca habían vuelto a tener una charla tan íntima como las de antes.

La vida de Isabel continuó por un tiempo sin sobresaltos, calma como una laguna, sin que nadie hiciera olas. Hasta que alguien apareció y lo cambió todo. Cuando se reencontraron, Isabel estaba atragantada con todo lo que quería contarle a su amiga del alma. Apenas se vieron, comenzaron a hablar:

–Carmen, ¡no sabés todo lo que me pasó! Fui a buscar el último CD de Rada para regalárselo a mi madrina para Reyes. Estaba muy concentrada en la búsqueda de uno de los Buitres, que ya no tuviera, para mí; ya que estaba ahí quise aprovechar y de repente levanto la vista y lo veo. ¡Qué lindo está!, me dije. Él también es fan de este grupo y coincidimos buscando lo mismo. Me preguntó si conocía las canciones de uno que tenía en la mano; yo, un poco ruborizada, le dije que sí. Hablamos sobre los Buitres un rato, luego, cada uno eligió los que quería y nos volvimos a encontrar y a hablar en la cola para pagar. Estaba recansanda, porque había caminado mucho para encontrar otros regalos y fui a la cafetería del *shopping* a tomar un refresco. Estaba allí ¿podrás creer?

Hablamos un rato, nos dimos los teléfonos y las direcciones de correo electrónico, y esa noche, al llegar a casa después de trabajar, encontré un *mail* de él. Ese correo me dejó loca. Me describía con adjetivos, a cual más hermoso, y me decía que no dejaba de pensar en mí. En este punto, yo ya tenía un nudo en la boca del estómago. Me pregunté si esto no sería lo que vos me decías que hace falta sentir con una pareja. Te confieso que me olvidé por un momento de Martín. Los días fueron pasando, y yo vivía esta comunicación como el secreto mejor guardado. Nos escribíamos a diario, compartíamos música, poemas, pensamientos. Entonces me confesó que era casado. Me quería morir.

–Pero mirá que sos graciosa, te querías morir porque te dijo que era casado y vos ¿qué? ¿No estabas casada con Martín desde hacía diez años?

–No, no estoy casada y tampoco lo estaba entonces.

–Ahh, no me podés estar hablando en serio. Que te haya gustado el muchacho, que se hayan estado comunicando sin verse, que sientas mariposas en el estómago, bueno más o menos te lo llevo, pero que me digas que no estabas casada cuando convivías desde hacía diez años, ¡es demasiado! Sí, casada legalmente no estabas, pero es como si lo estuvieras.

–Claro, ya sé que ahora llegarán los típicos puritanos a decirme: el matrimonio es sagrado, aunque no tenga papeles, y un vínculo de por vida, y esas tonterías que leo por allí y que ahora estás a punto de decirme vos, que sos mi amiga.

–No, yo nunca dije que es para toda la vida, y siempre te alenté a que dejaras esa rutina que tenías por relación. Pero que desconozcas y te hagas la distraída con una convivencia de diez años me parece demasiado.

–Nada hay seguro en este mundo, excepto la muerte. Podemos cometer un error y casarnos o juntarnos con la persona equivocada. Ocurre a diario, ¿y qué debemos hacer?, ¿conformarnos o intentar ser felices? Estoy de acuerdo con que uno debería pensarlo mejor antes de casarse o ir a vivir juntos, que hoy se hace todo muy a la ligera, pero una vez que el mal ya está hecho, también se puede remediar. Cualquier cosa será mejor que vivir sin vivir y llegar a viejo lamentándonos o arrepintiéndonos.

–Pero parece que estuvieras repitiendo las palabras que te dije tantas veces. Solo que

ahora no sé si es por ti o por él. Si es para justificar que sientas algo por una persona que no es tu pareja, o si estás resignándote a que él sea casado y vos tengas una relación de tanto tiempo.

—No te apures, porque la historia es larga y esos verbos que estás diciendo en tiempo presente deberíamos conjugarlos en pasado. Vamos por partes. La gente suele juzgar a los que nos metemos en relaciones donde ya hay una pareja preexistente. Nosotros no nos metemos, nos dejan entrar o nos llaman, que es distinto. Si uno no es capaz de respetar su propia pareja y si en su casa no encuentra lo que busca, lo hallará afuera. Sí, ya sé que suena cínico, pero es así y lo he escuchado de mi madre y mis tías durante toda mi vida.

El caso es que cuando me enteré, lo tomé muy mal. Debería habérmelo dicho desde el principio. Tenía miedo, me dijo, de que me alejara. Estaba muy confundida. Según él, su mujer era lo que mi novio para mí, la diferencia es que yo no me había casado, ni tenía hijos y él sí.

—No era tu novio. No sé qué manía tienen algunas mujeres de hablar de sus novios cuando se refieren a parejas con las que conviven hace años. Es una hipocresía, me parece.

Isabel hizo de cuenta que no había escuchado. Ignoró por completo el comentario de su amiga, un poco porque tenía razón, y otro, porque tenía la imperiosa necesidad de seguir hablando, y cuando le relatara cómo había pasado todo, algunas palabras de su amiga estarían de más.

—Quedamos para vernos y aclarar la situación. Después de aquel primer encuentro nunca más nos habíamos visto. Hasta ese momento todo había sido vía *mail*. Esa vez se convirtió en otra, otra y otra... y así pasé al punto sin retorno. Ya no había duda, estaba locamente enamorada. Nunca lo había estado, nunca. Una sabe la diferencia. Hablé con mi novio, que era muy comprensivo y mi mejor amigo, y nos separamos. Se ve que al poco tiempo a él le pasó lo mismo que a mí, porque hoy convive con una chica maravillosa, con la que dice estar viviendo algo nuevo (yo le digo que es amor, amor auténtico, pero él se ríe) y con la que hasta tiene hijos. Es muy feliz y yo me alegro, porque aunque nunca lo amé, ahora me doy cuenta, lo quiero y le deseo lo mejor.

—Bueno, por lo menos fuiste leal con él, te enamoraste de otro hombre y se lo planteaste. Felicidades, por como venía el relato supuse que estabas con los dos.

—No, con él dejé casi enseguida de empezar a verme con Joaquín, el hombre de mi vida. Pero, ya se sabe, cada vez necesitas más y no siempre se puede, y entonces comienza el sufrimiento. Un día, le dije que había sido un egoísta al no haberme dicho lo de su matrimonio desde la primera vez, a lo que él respondió con una pregunta: ¿habría cambiado algo? No supe qué responder; quise pensar que sí, que todo habría sido diferente, que no me habría hecho ilusiones, que nada estaba aún tan arraigado como para no haberme podido obligar a olvidar esa historia y seguir con la vida que llevaba; vida cómoda, aunque falta de todas esas emociones increíbles que él me hacía sentir, y de las que tú me habías hablado tantas veces.

Estaba tan confundida que decidí pedir en el trabajo una licencia sin goce de sueldo y

marcharme un tiempo a Nueva York, donde unos tíos tienen un pequeño hotel, trabajar con ellos una temporada e intentar ver la vida desde otro ángulo. No te lo dije porque tenía que explicarte todo esto por escrito y no podría escuchar tu voz rezongándome, como de costumbre. No le hizo mucha gracia. Solo deseaba estar con él, pero no así. Sus hijos eran demasiado pequeños y no quería ni podía separarse de ellos, así que en una ocasión me preguntó si yo estaba dispuesta a esperarlo. Que se tomaría un tiempo para ir acomodando la situación en su casa, hablar con su esposa, con los hijos y volvería.

–Vaya pregunta, hay que analizarla bien, ¿es egoísmo, desesperación, una prueba de amor, confusión, cobardía, todo a la vez? ¿Y qué le dijiste?

–Le respondí que en aquel momento lo amaba y que sentía que lo esperaría toda la vida. Eso no era una garantía a largo plazo (ya sabemos que seguro no hay nada en esta vida) pero sentía que sí, que lo haría, aunque no esperándolo en mi casa, frustrada, olvidando vivir y dejando pasar los años. Debíamos tomarlo con calma y madurez.

–Pero qué respuesta y ¡eso que yo no estaba para ayudarte a pensar!

–Me fui a Nueva York, mi lugar en el mundo. Yo no creo mucho en la reencarnación, pero si existe, debo de haber vivido allí alguna vez, porque cuando llego me emociono de una forma que hasta se me humedecen los ojos. Empecé a trabajar con mis tíos y busqué una casita donde instalarme. Adopté un perrito y compré peces de colores. Al cabo de tres meses, él vino a visitarme. Pasamos una semana estupenda. Se volvió y quedamos en que nos veríamos nuevamente un mes después en Caracas, porque él tenía que ir por trabajo. Así empezó una costumbre que duraría tres años: un mes él venía a Nueva York, donde por motivos laborales decidí quedarme indefinidamente (pero ya ves que volví), y al siguiente yo iría a la ciudad en la que a él le tocara trabajar.

–O sea que pasaste a tener una convivencia pero con interrupciones, y tú te mentías que igual pasaría si vivieran juntos porque él siempre viajaba por trabajo, ¿no?

–Sí, así fue. El hecho de estar lejos y el tiempo que pasaba entre que nos viéramos me hicieron darme cuenta de que realmente lo quería profunda y desesperadamente. Estaba segura de mí y de él, y aunque a veces no le encontraba sentido a estar separados, al final siempre me decía que la vida nos estaba poniendo a prueba, y que si superábamos eso, sería la garantía de que lo nuestro era auténtico; nada que ver con un documento firmado ante una autoridad pública o una ceremonia delante de un cura. Auténtico, amor que supera años, distancia, impedimentos... y que no conoce otra ley que la del corazón. En el fondo, no sé si la distancia era la que favorecía la relación, porque apenas nos separábamos ya estábamos planeado el próximo encuentro.

Yo llevaba un año en Nueva York, cuando su mujer le pidió el divorcio. Resulta que ella, por su parte, sospechando que algo pasaba en la vida de él, porque los viajes nunca habían sido tan frecuentes ni por tantos días, desde hacía meses tenía una aventura y decidió romper con todo.

–La señora honorable se divorcia para estar con alguien a quien conoce hace pocos meses y su marido ha estado aguantando años enamorado de otra, ¡vaya estafa de la vida! Pero: lo que sucede conviene.

–Cuando me lo dijo, me sentí igual, estafada. Tanto sacrificio y espera para acabar

como él había temido, viendo a sus hijos dos veces por semana, cuando estaba en el país. Volví a Montevideo unos meses después, y pudimos escribir nuestros nombres juntos en el buzón de nuestra casa. Eso me emocionó mucho... Todo era tan bonito. Habíamos esperado tanto que incluso lo malo se olvidaba estando juntos. Los siguientes tres años fueron los más felices de mi vida entera. Pero se me fue. Murió en un accidente de auto hace exactamente un año.

–Isabel, ¡qué horror! Nunca pensé que tan linda historia tendría un desenlace tan triste.

–Creí que me moriría; quería morirme, nada tenía sentido. Tuve mucho apoyo a mi alrededor, incluido el de su hija mayor (maravillosa como su padre) y de mi ex, y decidí seguir en este mundo, pero no hay un solo día de mi vida en el que no lo eche de menos y desee acabar con todo. Si hubiéramos tenido por lo menos un hijo, algo de él me hubiera quedado. Lo pensábamos tener ese año que falleció.

La vida tiene esos sinsentidos. Tanta lucha, tanta separación. De lo único que estoy agradecida fue de conocerlo y animarme a vivir este amor como fuera. Si nos criticaron, no interesa; si pudimos haber escrito otra historia y... capaz que sí. Ya no interesa. Fue mi amor, mi único y verdadero amor, no ha habido ni habrá otro, y perdimos mucho tiempo valioso. Aunque cuando miro a su hija, la mujercita que es hoy, la gran chica en la que se ha convertido, la que me quiere como a una amiga y me consuela por su muerte (pobrecita, porque ella también perdió a su padre), me pregunto si habría sido igual si él se hubiera ido conmigo desde el principio; probablemente no. Capaz que es una resignación; una forma de justificar tanto dolor por la separación y tanto tiempo perdido. Él estaría orgulloso de ella y de su otro hijo, que está estudiando en el extranjero y es un chico trabajador y honrado. Por supuesto, no se puede negar la labor de la mamá de los chicos, porque era la que estaba más con ellos, la que los educaba diariamente.

–Nunca imaginé, Isabel, que hubieras vivido toda esta historia tan intensa y yo sin saberlo.

–Es que no podía trasmitirte todos estos detalles por escrito y menos por audio en un mensaje de *whatsapp*. Siempre creí que esas maravillosas herramientas son para mensaje cortos, no para contar la historia de la vida.

–¿Y ahora cómo estás? ¿Te sentís mejor? ¿Has podido vivir en soledad?

–Bueno, no es fácil. Tengo fotos de él y de nosotros por toda la casa, y me veo mucho con sus hijos para recordarlo juntos. Hasta a veces hablo con su ex, que resultó ser una buena mujer. No me tiene rencor y yo tampoco.

–¿Y vos por qué podrías tenerle rencor?

–Porque fue la causa de que no se uniera conmigo desde el comienzo.

–No creo, dejala en paz. La causa no fue ella, sino los hijos. Tampoco los hijos, la verdadera razón fue el sentimiento por sus hijos, el padrazo que era, por lo visto, y el sentimiento de culpa que seguramente tenía.

–Sí, tenés razón. Bueno, la cosa es que, no te digo que seamos amigas, pero por lo menos nos comunicamos alguna vez por los hijos, que yo quiero como propios. Si tuviera que sacar una conclusión hoy día, a la distancia, de todo lo pasado, de las

emociones encontradas de amor y odio que viví tanto tiempo, diría que somos la suma de nuestros días y lo que hagamos con ellos, cómo los decidamos invertir. Nadie puede resolver por uno.

Se debe hacer lo mejor que se pueda y atenerse a las consecuencias. Creeme que si hubiera podido evitarlo, lo habría hecho, pero en el corazón no se manda y el que diga que sí es que nunca ha amado de verdad. El corazón no elige, no sabe de prejuicios ni de leyes del hombre, y menos de la iglesia. No conoce límites. Cuando se tiene la suerte de encontrar a la persona que será la que marcará la diferencia en la vida, no se la puede dejar escapar. No siempre sucede como uno quiere, y a veces hay que optar. Debo reconocer que Joaquín no hizo mucho a este respecto, porque si la mujer no lo hubiera dejado, capaz que todavía estábamos de amantes. Cualquier sacrificio era poco con tal de estar con él.

A diario me pregunto si fue un castigo divino por haber tenido esta vida paralela tantos años; por el engaño a Martín al principio, a su mujer, a sus hijos, hasta a nosotros mismos que pensamos que sería pasajero, y ¿para qué separarse de todo el mundo y causar tanto dolor a los demás? Quizá debimos jugarnos enseguida por nuestro amor. De todas formas, ya está. Es lo que hay, dijera mi hermana y un poco de razón tiene. ¿De qué me sirve hacer todas estas conjeturas?, ¿podemos cambiar el destino? No, seguramente no.

Análisis aplicando Inteligencia Emocional

Palabras clave en esta historia:

- Amor
- Autoestima
- Compromiso
- Fidelidad
- Egoísmo
- Desinterés
- Perdón
- Felicidad
- Disfrute de la vida

El análisis casi merece un texto tan extenso como la historia. Hay mucha tela para cortar, dijeran las abuelas. Las preguntas que se hace la protagonista al final dan para mucho examen.

¿Podemos cambiar el destino? Personalmente, creo que el destino lo único que marca es el nacimiento y la muerte, y hasta ahí, porque hay teorías que afirman que uno elige cuándo nacer y en qué familia.

Sin ir tan lejos, marcado el nacimiento, hasta el último día rige un libre albedrío que nos permite optar sobre qué hacer a cada instante de la vida. En clase siempre digo que, exagerando un poco, hasta cuando elegimos tomar leche descremada o leche entera, estamos ejerciendo esa libertad que luego tendrá consecuencias con las que deberemos vivir.

Con respecto a tener una relación paralela o dos relaciones, una vez que la segunda se hace igual o más intensa que la primera, hay que aplicar la teoría del amor y la autoestima. Amarse a uno mismo es quererse con responsabilidad y tener autoestima es valorarse y respetarse en función del respeto y el valor que nos dan los demás. Es decir, que el primero habla del afecto hacia adentro y el segundo del hacia afuera. Por eso, la autoestima se vincula, generalmente, con el trabajo, la imagen, las relaciones superficiales. El amor a uno mismo es ser responsable con la vida que uno lleva y poco puede ser si se decide vivir oculto, en secreto, sufriendo en silencio y, lo peor, haciendo sufrir a los demás. Acá entra en juego el amor al prójimo.

Seamos o no practicantes religiosos, no se pueden negar las enseñanzas de Cristo. Él decía: “ama a tu prójimo como a ti mismo”. Vale decir, en palabras prácticas: no le hagas al otro lo que no te gusta que te hagan y no permitas que te hagan lo que tú no harías. En el caso en análisis, Isabel no se quiso mucho porque permitió que Joaquín tuviera una doble vida, no se respetó por la misma razón, por lo cual su autoestima fue muy pobre, y, por supuesto, no quiso al prójimo como a sí misma, porque a ella no le hubiera gustado que su pareja tuviera otra relación estable a sus espaldas.

Ambos actuaron con un egoísmo a todas luces, porque nadie pensó en la esposa y los hijos de él. Nadie contempló lo humillado que se hubiera sentido si lo hubiera sabido desde que se inició la relación paralela.

Quizá la decisión más madura hubiera sido actuar ambos con valentía y dejar a sus respectivas parejas enseguida que vieron crecer el vínculo. Los niños, a quienes se quiere proteger no rompiendo el lazo de los padres, a la larga, hubieran preferido que sus padres se divorciaran antes que ver sus caras largas todo el día, o escuchar sus discusiones y hasta verlos llegar a la violencia.

El sufrimiento que cuenta Isabel, que hasta la hizo emigrar, es real y pasa en muchos casos, pero es tan verídico como evitable. Si se toman las decisiones adecuadas en el momento oportuno, nadie sufre, y si lo hace es por poco tiempo. Luego, cicatrizan las heridas, y en muchos casos, como el presente, todos terminan siendo amigos o teniendo una relación cordial. En esta historia, lamentablemente, la muerte de uno de ellos, desencadenó más sufrimiento y unió para siempre a las personas, lo que debió suceder en vida, mucho antes.

Joaquín, como muchos hombres y algunas mujeres, se dejó dominar por el miedo: a perder su estabilidad afectiva, su posición económica, el amor de sus hijos, a no verlos diariamente, a encarar una nueva vida (por aquello de que a la distancia todo es más fácil). Perdió el tiempo, esperó que su esposa se cansara y tomara la decisión que él no pudo tomar, y terminara con el matrimonio. Si ella no lo hubiera hecho, tengo dudas de que Joaquín lo hubiera decidido así, ni aun con las presiones de Isabel. Ambos, en

definitiva, estaban cómodos.

De todas formas, no carguemos todas las tintas en Isabel, porque nadie le roba el amor a nadie. Las parejas se quiebran porque ya estaban astilladas. Si el amor que los une es sólido, nadie de afuera puede arrebatarse a uno de sus miembros.

Sería ideal no perder de vista que el mal que se hace vuelve inexorablemente. Por eso, muchas personas van por la vida diciendo que tienen mala suerte, cuando lo que tienen son malas decisiones. El mal que vuelve no tiene por qué traerlo la persona a la que dañamos, puede llegar por cualquier medio y usando a cualquier persona como mensajero. Viene corregido y aumentado.

Isabel fue más valiente y dejó a su pareja de años conforme percibió que este sentimiento era mucho más fuerte que el que tenía por Martín. Claro que ella no perdía tanto, porque su vida en pareja era monótona y sin fuegos artificiales; era más costumbre que otra cosa y por si fuera poco, no tenía hijos.

La muerte inesperada y desgarradora puso fin a todas las ilusiones. Es una lección ajena apta para reflexionar: no se puede dilatar ni un minuto la felicidad, porque nunca sabemos cuándo terminan las posibilidades. Muchas personas pasan postergando vivir para cuando se divorcien, adelgacen, sus hijos se casen o sean mayores, se muden, dejen de cuidar a sus padres viejitos, terminen la carrera universitaria y muchas otras excusas que se inventan para disfrazar el miedo al fracaso. La vida es ahora, ya.

Cuando termines de leer este capítulo, dedica unos minutos a pensar qué aspectos de tu vida estás postergando y por qué razones. Se despejará tu vida, te lo aseguro, si tomas las decisiones correctas en este momento.

NO PUEDO MÁS CON LA CULPA

Anita es una joven muy bonita, inteligente, profesional. Desempeña un cargo gerencial de alto rango en una empresa multinacional por el que tiene que viajar por el mundo. Vive en pareja con un hombre de su edad, chileno como ella, también profesional universitario; tienen un pasar más que acomodado. Tiene todo para ser feliz, dijieran las abuelas, pero no puede. En uno de esos viajes por el mundo, en una convención a la que fue representando a su empresa, conoció lo que desde entonces es la fuente de sus tormentos. Ana María Alcorta, con toda su inteligencia intelectual, sus títulos con aval internacional, su belleza natural, su simpatía, su poder empresarial y su bienestar económico, unidos a su situación de compromiso afectivo, se enamoró perdidamente de un colega extranjero. Él vive en Perú, habla español, su lengua materna y otros cuatro idiomas, igual que ella. Viaja por el mundo tan frecuentemente como Anita y... tiene su corazón ocupado por la relación con una novia desde hace cuatro años.

Si analizamos intelectualmente la situación, diríamos que no les convenía enamorarse, casi que lo mejor hubiera sido no conocerse, pero el destino, Dios, el Universo, Cupido, como queramos llamarlo, ha cruzado los caminos de estos dos jóvenes. Adrián también cayó rendido ante los encantos intuitivos y naturales de Anita. Ninguno hizo, justo es decirlo, nada a propósito para enamorarse; simplemente sucedió. La Convención en San Francisco duró cuatro días y ellos demoraron dos en intimar y compartir la habitación. No hubo razonamientos que sirvieran para disuadirlos. ¿Qué dirá Analía cuando se entere?, pensaba él. ¿Qué haré para volver a mirar a Máximo a los ojos?, imaginaba ella. Buenas interrogantes que duraban unos minutos al despertarse y otros al dormirse, porque el resto del día solo vivían para disfrutar su novel vínculo que crecía con el paso de las horas.

–Nunca conocí a nadie como tú, pero tengo novia desde hace cuatro años. No sé qué haré cuando llegue a mi país.

–Bueno, mi situación tampoco es fácil; estoy en pareja desde hace siete años y llevamos cinco viviendo juntos. Siempre insistí en casarme y tener hijos, formar la familia que mi madre me enseñó con su ejemplo a querer, pero Máximo se negó hasta ahora. Pero ya es tarde, cuando vuelva a casa, seguro que no tendré más intenciones de casarme y mucho menos de tener hijos.

–Esto que nació entre nosotros, sin que lo buscáramos, es muy fuerte. Yo podría afirmar que nunca antes lo sentí y por mi novia estoy seguro de que no lo siento.

–Yo tampoco. Creo que mi convivencia se ha transformado en una rutina difícil de sobrellevar. Maxi es metódico, aburrido, no quiere salir mucho, no le gusta bailar y vive midiendo los gastos, hasta los mínimos, y no nos hace falta hacerlo.

–¿Qué hace él? ¿A qué se dedica?

–Tiene una empresa de publicidad. Es diseñador gráfico y con su hermano, que estudió comunicación publicitaria, fundaron una empresa: MÁS ALLÁ. Trabajan muy bien, tienen la mayor parte de las campañas publicitarias de las empresas estatales en mi país y algunas multinacionales de consumo masivo, tipo las bebidas cola, también los buscan. Ganan mucho dinero, pero Maxi no quiere gastarlo; no quiere viajar, no quiere mudarse a una casa grande. Pasa el día trabajando; no tiene mucho tiempo para mí, y si le digo algo se queja porque yo vivo viajando.

–Mi novia es médica pediatra y trabaja en tres centros de niños. Es muy profesional y mucho de su tiempo libre me lo dedica. Te diría que fuera de mí, no tiene nada. Yo no puedo llegar mañana y decirle que me enamoré de otra mujer en un viaje y que la dejo para irme con mi nuevo amor. Sería destruir su vida.

–¡Qué ego, papito! Yo no digo que la dejes, porque yo tampoco podría hacerlo, pero de ahí a pensar que sería destruir la vida de una mujer profesional, inteligente y seguramente linda, me parece mucha vanidad de tu parte.

–Ahhhh, mira quién habla, la que se mira al espejo veinte veces antes de salir.

Con estas palabras, él la tomó en sus brazos, la besó y apretó contra sí de forma que se olvidara de su pareja y de la novia de él. En esa habitación de hotel de lujo, entre esas paredes y en esa cama no cabían más que dos. Si hubiera sido por el tamaño de la cama, hubieran entrado los cuatro y virtualmente estuvieron, pero en los hechos eran ellos dos. Ya tendrían tiempo de pensar más tarde. Era la primera vez para ambos que encontraban, en una convención empresarial, otra persona que les sacudiera los cimientos de esta forma.

Posiblemente hubo otros candidatos tan interesantes como estos, pero no estuvieron abiertos a entablar más que una simple charla empresarial, amable pero objetiva, despojada de cualquier tipo de emoción. En esta oportunidad, vaya a saber por qué, ambos se sintieron vulnerables a la seducción natural del otro. Las palabras fueron oídas, las miradas intensas, las coincidencias surgieron enseguida y al rato de hablar parecía que hacía años que se conocían. De allí al abrazo, los besos y la intimidad fue un paso. Anita, cuando recuerda esta experiencia, se pregunta cómo fue capaz; ella, tan intelectual, tan objetiva, que miraba con desconfianza a sus amigas cuando se contaban sus relaciones intensas, apasionadas y descontroladas.

La convención llegó a su fin y después de unos días de frenesí, ambos se despidieron con la promesa de volver a encontrarse en quince días, en otro país al que ella tenía que viajar, y él iría con la intención de encontrarla. No fue fácil la despedida, estuvo teñida de dudas, culpa, angustia, nostalgia. Ella llegó a su país, directamente a su casa para arreglarse, vestirse de otra forma y sin descansar ir a la empresa a contar cómo había

sido la convención y el viaje. Debería sacar todas sus dotes de actriz para fingir que no había pasado nada más. No podía contárselo ni a sus amigas más íntimas; había personas comprometidas implicadas en la aventura y su pareja no lo merecía. Lo conocían todos y lo apreciaban mucho. Llamó a Maxi por teléfono apenas llegó al aeropuerto, le contó que estaba bien y acordaron que se encontrarían por la noche para ir a cenar afuera.

El día transcurrió entre reuniones con el directorio de la empresa, sus colegas, los cuentos de San Francisco y algunos regalitos que siempre traía para sus compañeras de oficina. Los bombones y los cigarrillos del *free-shop* estaban a la orden del día. Esta vez había traído más que de costumbre, hasta un perfume importado le trajo a Maxi, como para limpiar su culpa.

Se encontraron por la noche y todo sucedió como siempre, sin grandes sorpresas. Ella llegó a su casa, se cambió nuevamente de ropa para salir más “casual”, y él, que ya estaba pronto esperándola, la abrazó con la ternura y el amor de siempre. Cenaron en el restaurante que a ella más le gusta (raro, pensó ella, porque a Máximo le parece caro y nunca quiere ir), bebieron un vino de precio muy alto y hasta comieron postre, lo que tampoco nunca hacen, porque si bien ella es delgada y no le hace falta cuidarse, Maxi tiene tendencia a engordar y hace muchos esfuerzos para evitarlo. Volvieron a casa y el amor fue como siempre, sin fuegos artificiales, pero con la calidez a la que estaban acostumbrados y que a Anita le hizo sentir que había llegado a casa. Por un instante, se le cruzaron las horas de pasión con Adrián, pero no era justo para ninguno pensar en eso en ese momento. No hacía falta traer fantasmas a la relación.

Ella no dijo nada y los días siguieron como siempre: sin sobresaltos. La única variante fueron las quince o veinte llamadas que cruzaron al día con Adrián. La primera la hizo él, ella justo estaba sola en su oficina y pudo contestar. Sonó tan contenta y relajada que él siguió llamando a lo largo del día; cuando él podía, claro. Si pasaba media hora y él no llamaba, lo hacía ella. No había diálogo, solo eran palabras amorosas y apasionadas. La última vez que llamó ella fue como a las ocho de la noche, sin tener en cuenta que había varias horas de diferencia con el país de Adrián, de modo que quedó desolada cuando él la atendió como si fuera un cliente latoso que lo molestaba fuera de hora. Bueno, ese día no daba para más.

Cuando él llegó a Lima, su novia lo estaba esperando en el aeropuerto con el auto de ambos. Corrió a abrazarlo en cuanto lo vio llegar, y muy sonrientes se fueron tranquilos a su casa. Él no iría a su oficina esa mañana, quería pasarlo con Analía que lo había esperado pacientemente, como todas las veces que él viajaba. Adrián se mostró con su novia como siempre, nadie hubiera imaginado que había pasado esos días de tórrida relación con otra mujer.

A los quince días, tal como estaba previsto, se encontraron en Washington. Anita había hecho las reservas en el mejor hotel que su empresa pagaría. Llegaron por separado y se alojaron en habitaciones contiguas. Se dedicaron a vivir las palabras que se habían dicho durante la separación, cada vez que hablaron por teléfono. Ninguno preguntó por la pareja del otro; hicieron de cuenta que estaban solos en el mundo. El idilio solo se interrumpía durante las horas ocupadas por las reuniones comerciales que

tenía ella y las llamadas de sus respectivas parejas, una vez al día. El resto era amarse, comer, pasear tomados de la mano o abrazados como dos adolescentes. Disfrutaban de ser desconocidos en esa ciudad. No existía posibilidad alguna de encontrarse con alguien conocido.

Otra vez la separación. Otra vez los vuelos apartados, otra vez la promesa de volverse a ver. Esta vez arriesgarían un poco más, y se encontrarían en la ciudad de Adrián.

—No puedo creer que hayamos pasado cinco días juntos. Me parecieron tan pocos, pasaron tan rápidamente.

—Sí, cuando se está bien, el tiempo parece volar. No sé cómo encararé el tema con Maxi, pero creo que es un hombre bueno y no merece que le haga esto.

—Yo pienso lo mismo con respecto a Analía.

—Sabes que le conté a mi madre. Es la única en quien puedo confiar.

—¿Qué dijo?

—Que lo único que le interesa es que yo sea feliz. Pero que recuerde que nadie puede cimentar su felicidad sobre la desdicha de otros. Si quiero seguir contigo que lo haga, pero que me separe de Maxi. Que sea honesta. Me recordó cómo mi papá la engañó a ella durante años hasta que lo descubrió y lo echó de casa. Emigró a Estados Unidos y nunca más supimos de él. Yo no lo veo desde mis diez años; mi mamá cumplió los dos roles. Un tío, su hermano, fue mi figura masculina de referencia. Cumplía todos mis caprichos, pero a la hora de rezongarme o educarme era mamá quien lo hacía. Me pidió que no repitiera la historia de mi padre. Nadie se merece vivir esa experiencia, me dijo.

—Tiene razón, sobre todo si ya vivieron en familia lo que se sufre. Yo no le conté nada a nadie. No llegó el momento.

Se separaron y cada uno volvió a su vida simple, común y en ocasiones rutinaria. La madre de Anita, que para complicar más las cosas vivía en Santiago de Chile, la llamaba diariamente para conocer cómo estaba su hija. Anita hacía tres años que se había mudado a Montevideo, capital de un país que no era el suyo. Había calificado para el cargo gerencial que ahora ocupaba y la condición era mudarse. Ella lo aceptó sin pensar y arrastró al no muy conforme Maxi. Él emigró porque era ella, porque la amaba a su manera: callada y rutinaria, y porque vio la posibilidad de establecer una sucursal de la empresa de publicidad que tenía con su hermano en Santiago. Esta condición era una complicación más, le decía siempre su madre. Si se separaba de Maxi, él querría volver a su ciudad y tendría que dejar su empresa, sus clientes, sus empleados a cargo de su socio. Pero además, ¿Adrián dónde querría vivir? ¿Estaría dispuesto a dejar todo para mudarse con ella a su país? ¿Se amarían a distancia, viéndose cada quince días en algún lugar del mundo? ¿Dejaría a su novia y emigraría? ¡Cuántas preguntas sin respuestas fáciles!

El tiempo fue trascurriendo sin mayores sobresaltos. Los cuatro, sin saberlo, se habían acostumbrado a vivir de esta forma: los enamorados viajando y las otras parejas esperando. La única que hacía un poco de presión era la madre de Anita. Siempre que hablaba con ella, por lo menos una vez al día, le recordaba que estaba actuando mal, y

por si se olvidaba le relataba todo lo que había sufrido ella con la traición del padre.

A los dos años de vivir esta aventura, desoyendo los consejos de su madre y sin interpretar los mensajes que Dios les enviaba a ambos, se juntaron en China. Allí seguro que no los conocería nadie; podrían vivir sin tapujos, compartiendo la habitación del hotel y las calles de la ciudad. Hasta se sacaron fotos caminando por la Muralla China. Ella se las envió a su madre como una forma de compartir su felicidad. Ya le había mandado otras, al principio, para que viera lo buen mozo que era y justificar de alguna forma la pasión que sentía.

Después de vivir los diez días más felices de sus vidas, se separaron sin reunión próxima programada. No sabían bien dónde tendría que viajar ella y tampoco si Adrián podría acompañarla. La ocupación de él no había requerido tantos viajes antes de conocerla y su novia había empezado a sospechar y su economía a resentirse. Encontrarse en Paraguay, Buenos Aires, Río de Janeiro y hasta en México era una cosa, pero viajar a San Francisco o China requería otras inversiones que él ya no podía enfrentar con tanta frecuencia y no estaba dispuesto a admitir que lo pagara Anita. Se separaron con la idea de hablar con sus respectivas parejas y poner fin a una situación que si bien era excitante, también les causaba un estrés extra. No lo conversaron entre ellos, pero cada uno estaba seguro de qué era lo que haría al llegar a su casa.

Anita, que era delgada y elegante, había perdido mucho peso y la piel de su rostro, siempre lozana y fresca, había comenzado a dar señales de estrés, mala alimentación y preocupación permanente. Sus ojos, claros y vivaces, se habían estrujado de tanto llorar. Las conversaciones telefónicas con su madre y la culpa la estaban enfermando. En todo ese tiempo, solo pudo viajar tres veces a ver a su madre. Entre tanto viaje por negocios, tanto encuentro amoroso en los confines del mundo, cubrir las apariencias en su trabajo y en su casa con Maxi, prácticamente no le quedaba tiempo para darse una escapada a la ciudad de su mamá, que también era la suya, y cada viaje implicaba ir escondida de hermanos y primos o disponer de más tiempo. Si seguía así, tendría que dejarle una foto tamaño natural a Maxi para que la recordara. Evidentemente, la vida así no podía continuar.

De manera que esa noche, cuando regresara Máximo del trabajo, hablaría con él. Estaba totalmente decidida. ¿Y qué sucedía mientras tanto en la vida de Adrián? Pues nada. Su vida transcurría sin muchas modificaciones. El trabajo, la novia casi concubina, los viajes, y el círculo volvía a repetirse. Él no estaba muy preocupado por aclarar nada ni contarle a Analía lo que estaba aconteciendo con sus sentimientos. Es más, él creía que podría durar así, con esta doble vida por mucho tiempo; tal vez para siempre o mientras que Anita lo soportara. No estaba en sus planes separarse. Si bien moría de amor por Ana, no hacía falta contar todo, porque la convivencia entre ambos era prácticamente imposible. Vivían en países diferentes, tenían excelentes trabajos en sus ciudades. Para completar el panorama, Anita vivía en otra ciudad, en otro país que ni siquiera era el de origen. Su pareja, Máximo, era de la misma ciudad que ella y lo había hecho abandonar todo: trabajo, familia y amigos para seguirla porque su oferta de trabajo era imposible de rechazar.

¿Qué amor resistiría tantos cambios forzados? ¿Quién abandonaría la comodidad de su trabajo y el buen salario para mudarse a otro país? Ana, seguramente no. Ya había tenido esa opción hacía años y lo que hizo fue obligar a Maxi a renunciar a todo; ella siguió su meta. Si Ana se separaba de Máximo, ¿él volvería a su país natal o se quedaría afincado en su patria de adopción? ¿Y ella volvería con su madre o se quedaría sola en otro país? Y él, pensaba, ¿tendría que dejar todo para ir tras Anita, como lo había hecho antes Maxi? No, él no lo haría.

Desconociendo estos pensamientos, Anita esperó a su pareja con una cena preparada por sus propias manos, cosa insólita porque le salía rica si se esmeraba, pero estaba distante de gustarle. Los cambios de Ana, su cabeza de enamorada que de todo se olvidaba, el fanatismo por estar prendida al celular con el pretexto de que podían ser llamadas de trabajo, la distancia que lentamente se instaló entre ellos, fue haciendo que Maxi, cuando ella le dijo que hablarían tranquilos esa noche, algo sospechara.

–Tengo algo que decirte y no sé por dónde empezar.

–Es una frase trillada, pero comienza por el principio.

–Bueno, Maxi, estoy...

–Enamorada de otro hombre. Prefiero hacerte más fácil la confesión.

–¿Cómo supiste? ¿Desde cuándo lo sabes?

–Casi desde que comenzó tu romance con ese muchacho peruano que te llama constantemente. Adrián se llama, ¿no?

–Pero sabes hasta el nombre y yo cuestionándome cómo te lo diría.

–Si, Anita, para mí eres muy transparente. Te conozco desde hace años, hemos crecido juntos. No soy Ricardo Arjona, pero conozco cada detalle de tu vida. Podría cantarte la canción de él sin equivocarme. No lo dije antes porque pensé que sería pasajero, pero cuando vi que hasta la China te siguió, ya me lo vi venir. ¿Y cómo es él? ¿En qué lugar se enamoró de ti? Pregúntale por qué se ha llevado parte de mi vidaaaaaaa.

–Estás muy musical hoy. No lo estás tomando en serio, y para mí es la conversación personal más difícil que he tenido en mi vida adulta.

–No, si lo entiendo pero es para sacarle presión al tema. Como dice John Gray, cuando una mujer le dice algo a su hombre es para comunicárselo, no para discutirlo. Así que será inútil que yo intente disuadirte, si ya tomaste tu decisión. Solo me alegro de que no hayas querido casarte ni tener hijos cuando te lo propuse, porque las cosas serían más difíciles.

–Difíciles son, igual. Yo no sé cómo encararemos la separación y tampoco cómo haremos nuestra vida por separado.

–Bueno, yo hace tiempo que lo vengo pensando. Como sabía desde hace meses que me harías este planteo, ya estuve hablando con mi socio y resolvimos que él se quede con la sucursal de esta ciudad y yo me voy a la mía, de donde nunca debí haber salido.

–No digas así, ¿no fuiste feliz estos años?

–Sí, claro, pero ahora el tema está planteado de otra forma. Así que quédate con el auto, dame la mitad de lo que vale. Los muebles, electrodomésticos y demás cosas de la

casa quedátelas, que yo me arreglo. El apartamento, que por suerte es alquilado, lo entregamos y se terminó la historia.

–¡Pero qué fácil lo ves todo! Pensé que harías un escándalo y ya tenías todo resuelto. Estabas sentado esperando a que te lo planteara.

–El duelo ya lo viví viéndote alejarte cada día más. Cuando no tenías que viajar estabas distante, trabajando en casa, en la empresa o saliendo con tus amigas; sobre todos los proyectos que teníamos juntos nunca más se habló. Encima, este hombre que te mandaba *sms* o te llamaba cien veces por día. Yo me hacía el tonto para no pelear, pero ya ves, no me pudiste sorprender.

–No, si la sorprendida soy yo de que lo tomes con tanta calma. Hace meses que sufro porque me siento culpable, que busco la forma de confesártelo y tú ya lo sabías. Si lo hubiera imaginado, te lo hubiera dicho antes.

–Pero te habrías precipitado; recién hoy estuviste lista para contarme el motivo de tu tormento los últimos dos años. Porque te guste o no llevas dos años de “aventurilla” con este hombre que te robó de mi lado.

Así, sin discusiones, sin gritos, sin alteraciones de ninguno de los dos, se terminó la relación de nueve años (siete de convivencia y dos de noviazgo). Sin estridencias se hicieron añicos las ilusiones de Maxi de formar una familia con la mujer que amaba. Él esperaba que ella hubiera decidido bien, que realmente estuviera enamorada de ese hombre y que él respondiera de la misma forma.

Eran muchas personas sufriendo, no podían darse el lujo de que no funcionara. Sin embargo, por más superada que creyera Maxi tener la situación, la separación no fue muy fácil. Cuando estaban resolviendo los temas prácticos, Anita tuvo que viajar y se ausentó por quince días. Maxi aprovechó su ausencia para ultimar los detalles con su socio y empacar sus objetos personales para viajar a su país. Cuando ella regresara, debían entregar el apartamento y resolver qué hacer con su vida, mientras tanto que fuera a vivir a un hotel, porque en lo que él no transaría era en dejarle la vivienda. Era un apartamento que habían elegido los dos entre muchos, con todos los detalles que ambos quisieron. Lo habían decorado en todos los años de convivencia y se resistía a que el hombre nuevo de Anita durmiera en la cama donde ellos habían sido tan felices.

El viaje de Anita fue justamente a Perú, el país natal de Adrián y lo que ella pensó que sería una sorpresa muy agradable para él, fue un martirio. Ella se alojaría, como siempre, en el mejor hotel de la ciudad y soñaba con pasar todas las noches abrazada a su amor, ahora que ya no sentía culpa por traicionar a Maxi. Cuando se lo comunicó a Adrián, se produjo un silencio molesto en el teléfono. Daba la impresión de que no estaba tan contento como ella. No obstante, Anita debía viajar por la empresa y eso no estaba en discusión. Al llegar, él no se encontraba en el aeropuerto esperándola, como ella hubiera querido. Intentó hablarle desde que aterrizó y durante todo el día no pudo hacerlo. Dejaba correos de voz, pero él no respondía a sus llamados. Intentó con *sms* y *whatsapp*, pero no hubo forma de encontrarlo. A los dos días, ya estaba por enloquecer, cuando él la llamó con disculpas infantiles para justificar su ausencia.

–Bueno, no importa. Te espero esta noche en el hotel Waldorf. Si llegas antes que yo,

ya dije en la recepción que te permitieran subir. Es la habitación 1014. Tiene una vista lindísima. Ya encargué champán.

–No puedo ir esta noche. Tengo que acompañar a Analía al cumpleaños de su prima.

–¿Cómo que no puedes venir? Ya encargué todo. ¿No podrías dejar de ir al cumple de la prima de tu novia???????

–No, no puedo. Ya se lo prometí cuando ni sabía que vendrías por acá.

–Bueno, pero mañana a las 7 ven, así desayunamos juntos antes de que te vayas a trabajar.

–Intentaré ir.

La conversación no era, por cierto, lo que Anita había soñado. No quería prejuizar, así que resolvió preparar la reunión de negocios del día siguiente para ocupar su cabeza en algo que no fuera Adrián.

A la mañana siguiente, a las 8, la llamaron de la recepción diciendo que un señor Adrián la estaba esperando abajo. Tampoco esa era su intención. Ella quería aprovechar de otra forma más apasionada y casi lujuriosa la hora que los separaba del trabajo. Desayunar no era lo más importante, eso lo podía hacer con cualquiera o sola, si fuera el caso, pero el amor solo podía hacerlo con él. Dadas como estaban las cosas, resolvió no cuestionar y bajó. Se encontró con un Adrián distante, serio, casi envejecido. Aquella alegría y el buen humor que la habían enamorado no aparecían. Él estaba dispuesto a hablar seriamente y no parecía coincidir con ella.

–Adrián, mi amor, quería contarte que le confesé todo a Maxi, que me dijo que ya lo sabía, que no hizo ningún problema por separarse y que tengo todo dispuesto para que vivamos juntos cuando y donde quieras.

–Pero yo no pienso dejar a Analía. Ella es una buena mujer y no merece que yo le haga esto. Tú, apurada como siempre, decidiste por ti y por mí. Yo no pienso emigrar al país donde vives y tú no te instalarás en Perú. No hay posibilidades de vivir nuestro amor de otra forma que como lo venimos haciendo desde hace dos años. Si te fue fácil dejar a tu pareja, bien por ti, pero yo no planto a la mía.

–No me puedes decir eso, después de todos los proyectos que tenemos: familia, hijos, casa con piscina, perros...

–Esos planes eran lindos mientras los pensábamos después de hacer el amor, pero ahora no quiero ni puedo llevarlos a la práctica. Vuelve a tu casa, dile a Maxi que estabas confundida, que no se vaya. Recupera la relación con él, porque si lo que quieres conmigo es la vida de Susanita, estás en un error. Si quieres vengo esta noche un par de horas. Digo que voy al gimnasio y vengo para acá. Si no quieres, nos vemos en quince días en tu próximo destino, que según la fecha te tocará Brasilia.

Ella se levantó de la mesa sin decir palabra. Se secó las lágrimas y entró en el ascensor. Nunca volvió a verlo.

Al llegar a su casa, Maxi la esperaba en el aeropuerto para llevarla al apartamento de ambos. Los placares que le correspondían a él estaban vacíos. Al costado estaban las cajas con todas sus pertenencias. Ella intentó contarle lo que le había sucedido con Adrián, pero él le pidió que le ahorrara los detalles, que mejor se separaban sin más

explicaciones. Al día siguiente él viajó a su ciudad natal, la que amaba y había extrañado desde que la siguió para que ella pudiera aceptar ese fabuloso trabajo que la haría recorrer el mundo y que al final le había arrebatado a su mujer.

Si antes la vida de Anita fue un tormento provocado por la culpa, el estrés, la pasión, el trabajo, ahora estaba peor por el fracaso, la culpa potenciada (porque se responsabilizaba, con razón, de la separación con Maxi), el dolor causado a su madre y al hombre que la había motivado y acompañado para que creciera y se realizara profesionalmente.

Quedó sola, más sola que nunca. Antes sus ojos estaban arrugados de tanto llorar por tener que plantearle la separación a Maxi; ahora lloraba amargamente por su fracaso, porque se jugó todas las ilusiones a un hombre que no valía la pena. No pasaba un día sin recordar las palabras de su madre: no le hagas a Maxi lo que nos hizo tu padre; dile antes de que sea tarde.

Ella quedó sola, con los recuerdos de sus dos hombres que a veces hasta se le mezclaban en la mente. Se mudó a un muy coqueto apartamento en una zona de ensueño, lo decoró con todo gusto y sin escatimar gastos, pero nada sirvió para devolverle las ganas de vivir.

Análisis con Inteligencia Emocional

Palabras clave en esta historia:

- Amor
- Pasión
- Enamoramiento
- Compromiso
- Culpa
- Diálogo
- Comprensión
- Duelo por pérdida de amor
- Sufrimiento
- Egoísmo
- Claridad en la comunicación
- Buenos consejos maternos
- Trabajo
- Dinero
- Mudanzas
- Emigración
- Viajes

Hay muchas señales de que un amor ya no lo es; de muchas formas las personas, aun inconscientemente, comienzan a demostrar que el sentimiento que los unió ya no está, o por lo menos, se debilitó. Algunos indicios son obvios, como cuando ya no se soporta nada del otro, y otros son más sutiles, como no reírse más por los cuentos o chistes de la pareja. El humor es un muy buen termómetro.

Hay tres niveles en los que se perciben los cambios: 1) el deseo por el otro se desvanece y se comienza a rehuir el sexo; 2) se pierde la amistad, la complicidad que había en la pareja; la comunicación baja, los proyectos se van dejando de lado y el aburrimiento gana la batalla; 3) por último se pierde la ternura, el respeto, el dolor del otro ya no duele ni su alegría reconforta. Lo que se opone al amor no es el odio, que también vincula a las personas. Lo que se opone es la indiferencia, que hace desvanecer todo detalle de unión.

La confusión de Anita terminó en lo que ella creyó que era amor correspondido. Cuatro personas se amaron entre sí, algunas más, otras menos. Todas apostaron al amor, a la comunicación, a los buenos sentimientos. Anita esperó que Adrián se jugara por ella, pero él eligió al amor de varios años. Ella cambió a su rutinario hombre por lo que suponía era la aventura, el estremecimiento permanente, el frenesí amoroso. Todo en vano, él no estuvo dispuesto a seguirla. No era práctico ese amor. Debían hacerse muchas mudanzas, muchos cambios de trabajos y alguno saldría perjudicado. No sería Anita, que ya tenía una muy buena y consolidada posición en la empresa. Serían los otros tres, que bailaron al son de su música.

El que mejor aplicó Inteligencia Emocional en esta historia fue Maxi. Se mantuvo tranquilo, siguió el enamoramiento de su pareja desde lejos pero sin perder detalle. Nunca se alteró: si hay que separarse, que sea sin traumas ni heridas. Planeó todo con tiempo y calma. ¿Piensas que fue demasiado frío? No, fue cauto; no quiso sufrir, ni llorar arrastrándose por el piso para mendigar el amor de Anita. Eligió separarse sin secuelas. Elegir es uno de los verbos más importantes de la Inteligencia Emocional. Escuchó a Anita y las explicaciones que entre sollozos e hipos pudo darle. Escuchar es el otro verbo trascendente de la Inteligencia Emocional. Si escuchamos, podemos elegir.

Adrián, por su parte, fue egoísta porque no le importó el sufrimiento de Anita. Además, faltó al compromiso que le había hecho y para desconocerlo hasta se burló de lo que “ella había entendido”. Ana María Alcorta fue la más perjudicada. No aplicó lo aprendido sobre Inteligencia Emocional y se dejó llevar por la pasión que tiñó de amor, hizo sufrir a su madre y a Maxi, ese hombre seguro y firme como una roca que, a su manera, la había amado con locura. Se fue atrás de una ilusión. Si alguna virtud tuvo, fue hablarlo con Maxi sinceramente, pero tarde. Esa conversación debió llevarse a cabo un año y medio antes, cuando su mamá se lo aconsejó. Dos años después, nada valió la pena.

No hay amores perfectos porque es un sentimiento humano. Aunque haya acuerdos o disensos, no debe lastimar lo fundamental. Siempre se acepta un grado de toxicidad pero el amor también tiene límites: si afecta la salud mental o física; si uno de los dos no lo quiere; si afecta al crecimiento o el desarrollo personal; si viola los principios

fundamentales de la persona. Si la dignidad o la vida están vulnerables, mejor hacer las valijas y huir. Amar bien es amar en paz. Aun cuando haya problemas, el vínculo no puede ser una tortura ni una humillación. Tolerar no es soportar. La dignidad y la integridad física, mental y espiritual no son negociables.

Nadie muere de amor. Esta lección debería estar en la primera hoja de cualquier libro de seducción amorosa. Si Adrián dejaba a su novia, seguramente ella no moriría. Si alguien tenía posibilidades de no poder vivir sería él, angustiado por la culpa de haber terminado la relación de esa forma. Pero él eligió la posición más cómoda de esta historia: no abandonó la relación estable, no tuvo que pasar por el trago amargo de confesárselo a su pareja; viajó con Anita por el mundo, muchas veces siendo invitado por ella, y cuando tuvo que decidir sobre su futuro, acorralado por Anita, eligió lo seguro. Las aventuras son para otros escenarios, pensaba; para mi país, para mi ciudad, para mi gente: mi adorada novia-concubina, Analía.

Los tres resistieron de distinta forma y con diferentes intensidades; Analía no sufrió, por lo menos ante los ojos de todos, porque nunca podremos saber si ella conocía la aventura de su pareja. Nunca dijo nada, y si lo sabía, ella también demostró gran aplicación de Inteligencia Emocional. Si hacía un escándalo antes de tiempo, corría el riesgo de perderlo. Ya decidiría en el momento adecuado, pero mejor para ella, ese momento nunca llegó.

MI MADRE ME ABANDONÓ DE CHIQUITA

–Ceci, ¿me puedo quedar a dormir en tu casa? Dale, decime que sí.

–¿Otra vez, Paulita? Ya te quedaste la semana pasada y mi papá no quiere tener problemas con el tuyo.

–¿Qué problemas? No me importa lo que pueda pensar él.

–No hables así, porque si mi padre te oye no nos dejará que te quedes.

–Dale, decime que sí. Preparo el bolso y me voy contigo.

–Está bien, pero solo por esta noche porque tengo que hablar con mi padre y mi abuela. No entienden este deseo tuyo de quedarte tanto en casa.

–Bueno, pasando a otro tema: ¿viste qué vieja y arrugada está la profe de Matemáticas? ¿Será porque la dejó el marido?

–No seas mala. No me gusta que hables así. La profe es divina con nosotros y no me fijo si está arrugada o si la dejó el esposo, salvo que precise algo de nosotros.

–Ayyyy, Ceci, parecés la Madre Teresa. Siempre con esos buenos pensamientos.

–No, yo no soy una santa ni mucho menos, soy común. La que está muy mala últimamente sos vos. No sé qué te está pasando pero deberías revisar un poco tu vida y medir tus palabras.

–Ahora ya no sos la Madre Teresa, ahora sos la profe de modales y educación. Yo no me veo mala, soy como soy. Deberías aceptarme sin cuestionarme.

–Y lo hago, ya ves que hasta te dejo quedar en mi casa sin entender por qué querés hacerlo, pero algunos de tus comentarios los encuentro malignos.

–Bueno, dejate de juzgarme y sigamos estudiando.

Estos diálogos son muy frecuentes entre Cecilia y Paulita. Son dos jóvenes de quince años que frecuentan el mismo colegio privado; Ceci como alumna regular y Paulita como becada, porque su padre es el portero del lugar. Hernán, el padre, vive a los fondos del colegio en una preciosa pero humilde casita que le da la institución. Paulita, llena de ambiciones, vive con su madrina en el centro de la ciudad en una casa común de clase media. Por supuesto que prefiere dormir y vivir en lo de Ceci, cuyo padre es un cirujano plástico muy renombrado y famoso, lo que le ha permitido tener una situación económica más que acomodada.

Es mejor ser rica y sana que pobre y enferma, había leído Paulita en una revista femenina en una declaración de una artista famosa, y había adoptado esa frase como su lema para siempre. Entre vivir con su madrina que, aunque sin apremios no tenía lujos, y con su amiga en una mansión llena de riquezas, obviamente que prefería estar con Ceci. Vivir con su padre, en aquella humildad, no pasaba por su mente; no estaba entre las opciones de esta desubicada y ambiciosa jovencita.

Y como expresa el dicho: “el hombre propone y Dios dispone”, y en este caso dispuso un movimiento de ajedrez en la vida de la afligida Paulita. Su madrina debía trasladarse al interior del país por motivos de trabajo, y tendría que abandonar en pocos días la comodidad de su casa citadina. Paulita no solo no quería vivir en el interior, sino que no podía dejar el colegio a la altura del año que estaban. Solo lo pensó un momento. Habló con su madrina, le agradeció todo lo que hizo por ella, tomó su equipaje y se fue a la humilde casa de su padre a los fondos del colegio. Allí ni deshizo las valijas. No pensaba quedarse más que el tiempo suficiente para convencer a su amiga de que la dejara vivir con ella lo que quedaba hasta finalizar el año lectivo. Serían dos meses. Para Ceci no significaba nada y para ella era la diferencia entre la vida y la muerte. La familia de Ceci no se desestabilizaría económicamente por recibirla en su casa, y para ella no había opción: vivía en la casa de su amiga o se tiraba debajo de un tren.

—¡Qué exagerada, Paulita! No es para tanto. No me digas así porque me preocupo por ti. De nuevo tendré que preguntar en casa y tú tendrás que pedirle autorización a tu papá. De lo contrario, no vienes.

—Si yo soy exagerada, vos sos una pesada. ¿Qué tengo que preguntarle a mi padre, si no vivo con él?

—Si, pero vivís con tu madrina, que es lo mismo, y si querés venir a casa, tendrás que tener el permiso de tu papá. El mío lo va a exigir para dejarte quedar.

—Bueno, te prometo que le pediré, pero ¿puedo ir llevando mis cosas? No las desempaqué porque sabía que me dirías que sí.

—Yo no te dije que sí aún. Te dije que le hablaras a tu papá.

Esta conversación podría haber llevado horas, porque una no estaba dispuesta a ceder y la otra no pensaba consultar al padre. Para Paulita el padre era un hombre extraño. Desde que tenía nueve años y estaba en cuarto año escolar, vivía con su madrina. Antes no se había ido de su lado porque era muy chica y no tenía a dónde ir, pero desde que pudo martirizar diariamente a Hernán diciendo que no quería vivir a los fondos del colegio, no había parado hasta que le permitió vivir con Adela, su madrina. Esta era una enfermera joven, dinámica, soltera y sin hijos. Vivía de sus dos trabajos y, si bien no era rica, tenía un buen pasar. Paulita no sentía ninguna necesidad física (su madrina cubría todos sus gastos) ni emocional (la trataba como a una hija). No soportaba la idea de que sus compañeros se fueran en el bus escolar o en sus hermosos autos guiados por sus madres o choferes que venían a buscarlos y ella, como una pobre chica, se fuera para el fondo de las instalaciones del colegio.

El abandono de la madre cuando ella apenas tenía meses, la pésima relación con el padre al que acusaba de todos sus males y la vida con más necesidades que sus

compañeros habían hecho de esta jovencita una persona amargada, envidiosa y sarcástica. Sus amigos la trataban como a una igual; era ella quien establecía en su mente las diferencias. Le había caído bien a Cecilia, quien la tenía como su amiga íntima y a Paulita no le podía haber pasado algo mejor.

Cecilia habló con su padre, abuela y hermano, quienes formaban su familia, y todos aceptaron que Paulita viviera con ellos hasta el fin del año escolar. El hermano, Santino, no quedó muy conforme. Apenas la conocía pero había algo que no terminaba de gustarle en su personalidad. La abuela, Cata, era una divina y accedió enseguida, y el doctor preguntó lo que ya sabían todos: si la familia de Paulita estaba de acuerdo.

En casa de Ceci ignoraban con quién vivía y cómo estaba formada su familia. Muy someramente, Ceci les explicó durante el desayuno la situación de su amiga. La vida de esta familia rica tampoco era sencilla. Su adorada madre había fallecido hacía un año, y el padre no paraba de llevar nuevas novias a la casa. No le duraban nada porque él no quería compromisos, y porque cada vez eran más jóvenes y ambiciosas.

Dadas así las cosas, Paulita, sin consultar a su padre sino solamente comunicándosele, se mudó a lo de Cecilia. Todas las mañanas llegaban en el auto familiar, conducido por un chofer al que pronto Paulita tomó como su esclavo y maltrató desde el primer instante. Ceci debió pararla alguna vez y señalarle cómo era el trato con los empleados de su casa. Nadie entendía las razones de tanta maldad; en lugar de estar agradecida y aprovechar cada momento en esa casa y con esa familia, no perdía oportunidad de discutir con Santino, hostigar a los empleados y fanfarronear frente a sus compañeros que llegaban en bicicleta mientras ella entraba en auto con chofer.

Al padre de Ceci, con tantos motivos para ser vanidoso y tan sencillo como era, no le gustaba nada esta actitud de la muchacha, y se lo hacía saber a su hija y a ella misma en ocasión de las comidas familiares. Nadie entendía, pero Paulita, en el acierto o en el error, tenía muy justificados motivos.

—Yo no te entiendo, Paulita. Sos muy agresiva, te peleás con todos, para todos tenés una palabra hiriente. ¿No pensás que esta situación de la que te jactás se termina a fin de año? Mi padre está bastante arrepentido de haber accedido.

—Nadie me entiende. Vos menos que nadie me puede entender. Desde que abriste los ojos a la vida te han mimado, cuidado y te han dado todo tipo de lujos y atenciones. Yo nací en un hogar humilde pero sano, mis padres eran obreros honestos, pero no tenés idea de lo que es no tener una madre que te acaricie, que te escuche, que te aconseje. Por eso odio la vida con mi padre, porque seguramente mi madre nos abandonó por su culpa. ¡Vaya a saber cómo la trataba! La pobre no habrá podido soportar y se tuvo que ir.

—Paulita, tu historia es triste pero ya pasó y deberías estar agradecida que tenés un montón de personas que te quieren y te ayudan. El colegio te dio una beca y una casa, tu padre una educación, tu madrina una casa y educación en tu etapa juvenil, yo te di mi amistad y ahora mi familia te permitió vivir con nosotros. ¿No tenés en cuenta todo esto?

—Sí, pero sé que se terminará pronto. Todas las noches me duermo preguntándome qué razones habrá tenido mi madre para abandonarnos cuando yo tenía cinco meses. Era

una bebida, yo no le pude haber hecho nada.

–Seguramente no. Ella habrá tenido sus motivos, aunque ahora no la entiendas.

¿Nunca más supiste de ella? ¿Sabés dónde vive? ¿Te gustaría volver a verla?

–No sé, tengo miedo de verla. Mi padre nunca más tuvo noticias. Puede estar en cualquier punto del planeta.

–Si querés ubicarla, yo te ayudo. Tenemos que encontrar una punta para empezar a buscar. Tu padre debe de saber algo y tal vez tu madrina también.

–No, no saben nada. Ya les he preguntado un montón de veces.

La vida trascurrió sin mayores sobresaltos. Las chicas estudiaban en el colegio y al volver disfrutaban de la casa y todas sus comodidades. La habitación que le habían dado a Paulita era más grande que toda la casa de su padre; la piscina era un deleite, la comida deliciosa y muy variada, y siempre había alguna mucama o chofer dispuestos a satisfacer sus deseos. Era difícil no acostumbrarse a esa vida.

Un buen día, una señora llamó al colegio preguntando por Hernán. Como no lo encontró, dijo que llamaría en otro momento, que le dijeran, de parte de Nair, que había llamado. Paulita se enteró por su padre, quien le contó que a la única Nair que conocía era a su madre. La jovencita se estremeció, a pesar de que lo disimuló con una expresión de maldad más severa que la de costumbre.

–Cuando vuelva a llamar, pedile el teléfono y la dirección.

–Pero yo no quiero saber nada de ella, después de tantos años ¿para qué puede volver?

–No te pregunté si querés saber de ella o no. Poco me importa tu opinión. Te dije que le preguntes, porque soy yo la que quiere saber.

–La habrá dejado el macho con el que se fue. Seguramente se aburrió de ella, la habrá llenado de hijos, y ahora pobre y sola querrá volver.

–¿Cómo que se fue con un hombre? Siempre me dijiste que ella nos abandonó y nunca supiste por qué. Ahora me decís que se fue con un hombre.

–Sí. Nosotros trabajábamos en la fábrica de plásticos del centro de la ciudad. Éramos dos obreros dignos, prolijos y competentes. Muy bien conceptuados, y vivíamos en el barrio obrero al lado de la fábrica. Un día ella empezó a coquetear con el dueño, más bien el hijo del dueño, porque don Héctor hubiera sido incapaz de seducir a una empleada. El hijo, sí, era un bandido. Poco le importaba si era empleada, si la mujer estaba buena. Tu madre cayó en sus redes, se encegueció y se fue tras los cantos de sirenas.

–¿Nos abandonó para irse con el dueño de la fábrica? ¿Con un empresario? Sería rico, seguramente.

–Sí, toda la familia era rica. Bruno, que así se llamaba, era el hijo mayor del dueño y había empezado a trabajar en la empresa hacía poco tiempo. Don Héctor quiso que se iniciara de abajo para conocer bien su fábrica y lo puso en la línea donde trabajaba tu madre. Juntarla con él y perderse fue una cosa sola. Él, que no respetaba nada, la invitó a salir, y al poco tiempo vino un día y me dijo que se iba con Bruno. Vos eras una beba. Me ayudó a criarte la mamá de Adela hasta que murió. Por dignidad tuve que abandonar

la fábrica. Don Héctor me pidió disculpas en nombre de su hijo. Estaba más dolorido que yo por la conducta de Bruno. Mi hermano me recomendó para que entrara como portero en el colegio y lo demás ya lo sabés.

–Ahora que me contás estos detalles, que ignoré toda la vida, te exijo que le pidas el teléfono o la dirección.

–Pero puede que no viva en la ciudad o capaz que ni en el país...

–No importa, aunque viva en África, quiero saber cómo ubicarla.

Pasaron cuatro días sin más noticias de la madre de Paulita. Ella estuvo más ácida e hiriente que nunca, pero también más pensativa. Cecilia le preguntó muchas veces si le pasaba algo y Santino, que no la soportaba mucho, le exigió que mientras que estuviera alojada en su casa se controlara, porque su padre y su abuela no tenían por qué aguantar a una malcriada que nunca se sabía con qué humor se levantaría.

Finalmente, Nair volvió a llamar y tampoco ubicó al padre, pero esta vez dejó un teléfono que la secretaria del colegio le dio a Paulita. Por supuesto que Hernán nunca se enteró de esta llamada; Paulita tenía otros planes. Después de muchas dudas y dolor, decidió llamar al teléfono que le habían dado.

–Hola. ¿Podría hablar con Nair? ¿Es usted?

–No, ella no está. ¿Quién la llama?

–No importa –dijo y colgó antes de que la otra persona pudiera reaccionar.

El dolor y la amargura que eran su constante estado emocional se incrementaron luego de esta respuesta. Nuevamente estaba en punto cero.

–Bueno, Paulita, ya que llamaste una vez, tenés que volver a insistir.

–No te metas en mi vida, Santino. El hecho de que viva en tu casa no te da derecho a digitar mi vida. Yo sabré qué será lo mejor.

–Por lo menos contale a tu papá que tenés el teléfono.

–A mi padre no le importa, si ni siquiera quería pedírselo. Lo tengo porque cuando llamó no lo encontraron y ella optó por dejarlo. Pero ya está, pasemos a otro tema. ¿Vamos a la piscina? ¡La tarde está divina!

Este era su estado natural. Cuando algo le dolía mucho, lo enmascaraba con algún acto superficial. Pasaron los días y se animó, por tanta insistencia de sus amigos dueños de casa, a volver a llamar.

–Hola. ¿Podría hablar con Nair?

–Sí, un momento. ¿De parte de quién?

–De Paulita. Dígale de parte de Paula.

–Bueno –dijo la voz femenina que atendió.

Rápidamente volvió al teléfono y dijo:

–¿Paula? Dice que por qué motivo es.

–Nada, no importa –dijo la joven y cortó la comunicación.

Si era amargada y sarcástica, los días sucesivos fueron peores. Nadie entendía qué le pasaba pero siempre sus respuestas eran hirientes y sus comentarios amargados. Santino se animó a preguntarle y recibió una respuesta que no dio lugar a más comentarios. A nadie debía importarle su situación.

Un buen día, tuvo que ir a la casa de su padre a los fondos del colegio a buscar un libro para preparar los exámenes finales. Al salir, se encontró con una mujer morocha con cara serena y triste que le preguntó por Hernán. Paula, sin intuir qué acontecía, le preguntó quién era y por qué quería verlo.

–Soy Nair. Hace días que lo busco. ¿Tú quién sos?

–No importa –dijo la joven luego de asimilar el impacto de tener enfrente a su madre.

–Mirá, yo fui su esposa. Bueno, lo soy todavía porque nunca nos divorciamos. Hace años me fui de su lado porque me enamoré de un hombre rico y poderoso. Me dejó hace un par de años porque se entusiasmó con otra más joven y más linda. He deambulado desde entonces; me dio vergüenza volver y detallarle mi experiencia. No sé por qué te estoy contando esto a vos, que seguramente no te interesa.

–Será porque yo soy Paula, la beba que usted abandonó a los cinco meses.

–Paulita, ¡qué linda y grande estás! Se ve que tu padre hizo un buen trabajo. Dame un abrazo.

–Ni loca –dijo Paulita apartándose–. Usted no es mi madre hace quince años. No alcanza con parir a un bebé para decir que se es su madre. Hay que amarlo, cuidarlo, educarlo. Usted huyó con el primero que le prometió lo que mi padre no hubiera podido darle nunca.

–No es así, mi niña. No me juzgues con tanta severidad. Me enamoré. ¿Qué podía hacer?

–Controlar lo que sentía y pensar que tenía un compromiso con un hombre pobre pero trabajador y bueno, y una hija de apenas cinco meses. Fue desalmada al dejarlo solo conmigo. Ahora, seguramente, debe querer nuestro perdón. Con el mío no cuenta porque yo realmente pasé todos los días de mi vida imaginando cómo sería y cómo disfrutaría el día que la encontrara, y ahora que la tengo enfrente, siento que la odio.

–No me digas así, hija.

–Yo no soy su hija. Mi madre fue Adela. quien me cuidó junto a su mamá. Ellas y mi padre me dieron económicamente todo lo que pudieron. Amor tampoco me faltó; salvo el suyo, claro.

Paula estaba sorprendida de cómo defendía a su papá. ¡Quién lo hubiera dicho! Es que la indignación que sentía de ver a su mamá con tanto desparpajo le hizo olvidar el odio por su padre. El pobre no tenía la culpa de nada y ella había estado hostigándolo toda la vida.

–Vengo a hablar con Hernán para preguntarle si me perdona y si me deja vivir con él acá o me puede dar plata porque no tengo a dónde vivir.

–¡Pero mire que es atrevida, usted! Ahora se acuerda de nosotros. Yo la llamé hace una semana y una señora, que dijo ser su amiga, me respondió que usted preguntaba quién era Paula y por qué asunto llamaba. ¡No se acordaba ni de mi nombre y ahora quiere nuestro perdón! Yo no la perdonaré mientras viva, y mi padre no sé porque es medio tonto y muy bueno. Capaz que la perdona, ahora que vivir acá no creo, porque esta casa es del colegio y no pienso que pueda dejar entrar a cualquiera.

–Yo no soy cualquiera. Soy su esposa.

–¡Buen momento para recordarlo! ¿Y qué pasó con el dinero de su amante? ¿No le dio nada? ¿Una casa, por lo menos?

–No, nada. Estuvimos juntos más de diez años. En ese período viajé mucho con él y fui feliz, pero de plata ni hablamos. Él pagaba todos mis gustos, pero jamás me dejó ahorrar un peso. Luego que me dejó, debí luchar para sobrevivir. Vengo ahora porque estoy ahorcada.

–Bueno, señora, me voy. Si me hace el favor de salir porque voy a cerrar la puerta con llave. Si quiere, lo espera afuera. En unas horas termina su horario de trabajo y vendrá para acá como todos los días de los últimos quince años.

–No te vayas así. Dejame darte un abrazo.

Paula no oyó más nada. Cerró la puerta con llave, cosa que nunca hacían, porque las instalaciones del colegio eran muy seguras, y se marchó. La madre quedó esperando a Hernán. Cuando este llegó, le planteó lo mismo que le había dicho a Paula. “Su esposo”, como ella lo llamaba, se mantuvo callado e impactado por el reclamo luego de quince años. ¿Se precisaba ser atrevida o desesperada para volver en esas condiciones!

–No, Nair, no puedo dejarte vivir acá porque la casa no es mía. Yo te perdoné hace muchos años, pero no quiero volver a verte y mucho menos vivir contigo. Nuestra historia, linda al comienzo y muy dolorosa después, ya terminó.

–Vi a Paulita ¡qué linda está! Se ve que hiciste un buen trabajo en su educación.

–Me ayudaron su madrina, Adela, y la mamá de esta. No es solo mérito mío, pero seguramente tampoco tuyo. No hay más que hablar.

–Paulita me dijo que nunca me perdonaría, pero yo pensé que vos, por el recuerdo de aquel amor que nos tuvimos, reaccionarías de otra forma. Estaba segura.

–Pero te equivocaste. No te guardo rencor, porque ya sufrí mucho por tu causa; ya te perdoné pero no quiero volver a verte. Volvete por donde viniste.

Llorando desconsoladamente, Nair abandonó la casa de Hernán. Por suerte ningún empleado o profesor del colegio la vio salir. Una vez afuera, se dirigió al refugio que el gobierno tenía para los “sin techo”. Allí la recibirían mejor.

Paula no quiso comentarles la conversación a ninguno de los hermanos de la “casa de ricos”, como la llamaba. Por muchos días reflexionó sobre el dolor de conocer a su madre, de verla pobre, de comprobar que quería venir a abusar de la bondad de su padre. Ella, en el fondo, se había ilusionado cuando su padre le contó que lo había dejado para irse con el hijo del dueño de la fábrica. La supuso rica, poderosa, bien vestida, fina. Se encontró con alguien más pobre que ella, derrotada y pidiendo vivir de favor. Ciertamente, no era la madre que le hubiera gustado tener.

Paulita, luego de dar los exámenes de fin de año y de salvarlos con notas altísimas, se decidió a hablar con su padre. Fue dura la conversación. Hubo muchos reproches que terminaron en un final feliz: la hija perdonó al padre, lo entendió y selló la reconciliación con un abrazo fuerte. Volvió a vivir con él y pudo comprender el origen de su equivocado delirio de grandeza: era genético, solía decir. Entendió que su origen era humilde, pero que si se esforzaba podría lograr todo lo que se propusiera y que en lugar de envidiar la riqueza ajena podía generarla.

Para completar esta historia, Santino, que comenzó a extrañarla cuando Paulita se mudó con su padre a la humilde casa a los fondos del colegio, la conquistó con dulzura y mucho diálogo. Se hicieron novios y se aman hasta ahora locamente.

Análisis aplicando Inteligencia Emocional

Palabras clave en esta historia:

- Amor
- Traición
- Ambición
- Odio
- Rencor
- Reconciliación
- Perdón
- Búsqueda incansable

Siempre me pregunté qué motivos puede tener una madre para abandonar a un hijo. Esta historia me dio uno de entre los muchos que, cuando me dediqué a estudiar el tema, encontré. Este relato no es de amor de pareja, sino de amor maternal y filial. De ese vínculo que rara vez se rompe y que los actos más descarnados y hasta violentos no suelen destruir. Hay madres ambiciosas, inseguras, muy jóvenes, inmaduras, muy carenciadas, rencorosas, de familias muy moralistas, muy religiosas; hay hijos no deseados, fruto de violaciones, de parejas desparejas, de padres con mucha diferencia de edad, de padres muy pobres o muy ricos. En fin, que si desmenuzamos el tema nos encontramos con muchas posibilidades que afloran y otras tantas que, seguramente, no pasan ni por la imaginación más febril.

Que una familia esconda a su hija embarazada, la obligue a abortar o apenas tenga el hijo lo regale (porque ni siquiera es darlo en adopción) no puede sorprender, sobre todo en determinados estratos sociales o con creencias religiosas y morales que convierten cualquier acto en pecado o motivo de vergüenza. Lo que más me llamaba la atención era que la joven madre resolviera tener a su hijo, luego de llevarlo nueve meses dentro de sí, de sentirlo vivo y pujante, y abandonarlo, en algunas ocasiones sin mayor interés por saber a qué manos iba a dar.

En algunos países, es muy común que los bebés se den en adopción y hay organizaciones privadas que vinculan a potenciales padres adoptantes con madres que no desean conservar al bebé en sus vidas. Durante el embarazo se van conociendo todos, y los padres adoptivos viven el período de gestación como si fuera propio. Preparan la llegada del niño como un acontecimiento personal y festivo. Eligen el nombre, le arman y decoran el dormitorio, participan a toda la familia de la espera del bebé que tanto han

buscado. Suelen ser parejas impedidas de tener sus hijos biológicos, parejas homosexuales, y hasta algunas mujeres que no quieren estropear su figura con un embarazo. La madre que lo da en adopción, generalmente es una mujer muy joven, hasta puede ser adolescente, que no está preparada para ser madre, que no tiene medios para criar a su hijo, y hasta puede que ni sepa quién es el padre. Vive su embarazo cuidada y protegida, como no lo hubiera estado si tuviera al hijo sola y quisiera conservarlo.

En nuestro país esta posibilidad no existe. Las adopciones legales deben hacerse a través de un organismo del Estado que estudia a la familia adoptiva exhaustivamente, que tiene una lista de aspirantes y que requiere de un sinfín de detalles administrativos y sociales que convierten el trámite en algo engorroso, largo y lento. Claro, trampas a la ley existen siempre y algunas personas se acomodan para hacerlo al margen de las reglas.

Lo que siempre me resultó más llamativo e incomprensible es que la madre tenga al bebé, lo mantenga a su lado y luego de un tiempo lo abandone, ya sea renunciando al padre con toda su prole o dándolo a alguien que estima que lo puede criar. Este planteo no tiene ánimo de juzgar; simplemente es como pensar en voz alta. Cada uno va por la vida como puede, y hay decisiones que revisadas una vez pasado el tiempo pueden dar escalofríos, pero son irreversibles.

En la presente historia, la madre, deslumbrada por la vida que le ofrecía el hijo del dueño de la fábrica, no dudó en abandonar a su marido y a su hija muy pequeña. Tal vez pensó en volver al poco tiempo, una vez establecida y con una vida de ensueño. Quizá no lo especuló y solo pensó en sí misma. De pronto, su nueva pareja no quería hijos cerca y menos si eran ajenos y pequeños. Pero al estudiar el tema, he visto muchas otras razones.

Encontré otros motivos: por ejemplo, una joven que no solo no está madura para ejercer su maternidad sino que no tiene con qué mantener a su hijo. Lo abandona en manos de sus padres, abuelos de la criatura, y emigra del brazo del amor de turno. Los abuelos, personas jóvenes, lo anotan como propio y el nieto pasa a ser el hijo. Suena enredado pero se da muchas veces. En algunas ocasiones, el niño nunca llega a saber la verdad y trata a su madre como a una hermana.

Una señora joven pero madura, que tuvo diez años de matrimonio y tres hijos con el mismo esposo, un día se va del hogar conyugal abandonando a todos los integrantes de la frágil familia. El padre tiene que encontrar otro trabajo para mantenerlos a todos y buscar desesperadamente a alguien que le ayude a cuidarlos en su ausencia. Los niños son chicos pero entienden la situación y saben que de la noche a la mañana se han quedado sin madre. Han de pasar muchos años para comprender y aceptar la decisión. La madre entendió que era una mala influencia para sus hijos. Hacía tiempo que el alcohol se había apoderado de su vida y no solo le resultaba cuesta arriba encargarse de sus hijos en sus horas sobrias, sino que la martirizaba la idea de darles malos ejemplos. Su vida estaba jugada; había intentado todo para dejar la adicción, sin éxito. Lo mejor, para su mente enferma, era dejarlos en manos de su padre, que los cuidaría con amor y desempeñando los dos roles.

Todo ser humano, todo niño tiene derecho a conocer su origen, a saber quiénes son sus padres (si es posible) y a no ignorar su condición de adoptivo. Hoy día, que la ciencia avanza rápidamente y que se puede detectar y prevenir enfermedades genéticas, más que nunca es preciso saber el origen biológico. Hay legislaturas que lo impiden, hay padres que desaparecen, hay adoptantes que optan por no mencionarles su origen. Cada uno puede actuar como su conciencia o la ley le indiquen, pero cuando su resolución afecta a otra persona hay que tomarla midiendo milimétricamente las consecuencias. Salvo que la familia adoptante se mude de país, siempre hay alguien que lo sabe y se lo cuenta al hijo. Esto de conocer la verdad de manera indirecta afecta la mente del hijo para siempre. Algunos odian a quien los adoptó por el engaño y a sus padres biológicos por el abandono. Aquella situación que se elaboró para cuidar al niño no hace más que perjudicarlo.

Si el padre hubiera actuado con Inteligencia Emocional hubiera impedido que su hija creciera con rencor hacia la madre que los abandonó. Superada la situación y la angustia, lo saludable hubiera sido dar vuelta la página, lo que le hubiera permitido enamorarse nuevamente, formar otra pareja y hasta tener otros hijos. Una persona que queda suspendida en el tiempo, que se congela en el momento del abandono y deja transcurrir la vida sin participar, es alguien que desconoce los principios de esta maravillosa disciplina.

La joven que creció en un ambiente de abandono, deseando siempre lo que no tenía y despreciando lo que su padre podía ofrecerle tampoco desplegó una buena Inteligencia Emocional. El sarcasmo que demostraba en todas las situaciones y el ansia por herir aun a las personas más queridas, demuestran que no era feliz, que con gusto hubiera dado años de vida para alcanzar la imagen de la felicidad que tenía en su mente caprichosa. El perdón y la empatía, emociones básicas, faltaron en esta historia; en su lugar dominaron las situaciones el rencor, el odio y la envidia.

UNA AYUDA FINAL PARA TUS PROPIAS CONCLUSIONES

El amor es un tema inagotable, y mientras leías las historias, te identificabas con alguna y revivías las emociones sentidas entonces, fuiste percibiendo que sin amor la vida no tiene sentido; pudiste ver que aun con dolor, aun con sufrimiento, siempre es mejor vivir que permanecer inmovilizado por el temor o por el ego que paraliza si presume que algo puede salir mal. La vida es una aventura, es un riesgo, y si el final no es el que deseamos, no importa, hay que sacar la enseñanza positiva del sufrimiento, incorporarla como conocimiento de vida y avanzar. Así como no puedes bañarte dos veces en el mismo río, tampoco puedes vivir dos situaciones iguales; las siguientes tienen forzosamente que estar enriquecidas por las experiencias anteriores y deberán vivirse con la sabiduría añadida.

Índice

Portadilla	4
Legales	5
Prólogo	6
Nociones de Inteligencia Emocional	9
Amor	13
Amor, empatía, perdón	25
50 años de casados	37
La culpa fue mía por perdonar tantas veces	46
No me quiero casar	54
Y hasta cambié de barrio	61
Te esperé 25 años	69
¡Déjame ir al baile, por favor!	77
Ocultar y mentir	85
La viva imagen de mi padre	96
Me enteré por su testamento	104
Amor de la infancia	113
Me dejó por un crucero	121
Se fue el amor de mi vida	131
No puedo más con la culpa	139
Mi madre me abandonó de chiquita	150
Una ayuda final para tus propias conclusiones	160